

LA ALDEA SIN HOMIBRES

NOVELA

~~LA ALDEA SIN HOMIBRES~~

Se apagaban los últimos resplandores del estío. Algunos días podían verse aún las montañas del noroeste idealizadas por la distancia: azules, limpias, con sus cimas salpicadas de nieve y sus flancos surcados por las sombras violáceas de sus valles y hondonadas. Pero a la proximidad del otoño la cordillera empezó a mostrarse coronada de nubes plomizas o borrada por la lluvia o la niebla. Detrás de ese espeso telón desaparecía también el monte de Hernam, las colinas del sudoeste, las tierras de labor, la alameda y los pastos. A cien metros de la aldea, el campanario y el grupo de casas que la formaban, permanecían invisibles. El caminante quedaba envuelto en vapores acuosos y era una sensación extraña avanzar a pasos lentos y sordos por ese caos, decirse que el mundo no existía aún, que uno podía esperar de él las cosas más maravillosas.

De pronto surgía de la nada uno que otro elemento real: un castaño, un abedul, una barraca de leñador, una aldeana cargada con un haz de ramojo o un soldado. El sueño se desvanecía. Hernam era una aldea ocupada por el enemigo; no podía ofrecer al caminante más que su dolor y su odio.

En la falda del monte, no lejos de la aldea, estaba enterrado el cuerpo del capitán Drel, ahorcado en el robledal por los resistentes. En lo alto del bosque, ocultos en las cuevas, se hallaban los guerrilleros de la región dispuestos a vengar a sus compañeros

ejecutados como rehenes.

(A trescientos metros de Hernam, perdido ahora en la niebla, se levantaba el ^{cementerio de fusilados} ~~Cementerio de fusilados~~. La tierra fangosa comenzaba a alfombrarse de hojas muertas. Plantas humildes, algunas floridas aún, surgían aquí y allá en un artístico desorden: azaleas, redodendros, campánulas, dalias... Más allá veíanse campos de césped cuyo verde palidecía bajo las gotas de humedad.)

(Entre dos jóvenes cerezos, aureolada por la niebla, como suspendida en el aire, flotaba la cruz de Bastian Mons, jefe de los rebeldes, y a derecha e izquierda, a lo largo del santo recinto, se alineaban las otras treinta y una. Grabado toscamente en el madero cada una llevaba un nombre: repetido hasta tres veces como el de Kart. Toda la juventud de la aldea estaba allí durmiendo para siempre bajo la tierra húmeda: trabajo, amor, esperanza, prosperidad...

De pronto se ponía a soplar el viento, se despejaba la niebla, lucía un pálido sol que no calentaba ni alegraba. Las hojas desprendidas de los frutales se posaban ligeras en el suelo bajo los ciruelos, los cerezos y los manzanos, formaban poco a poco una tupida alfombra matizada de amarillos claros y oscuros, de ocre y de carmines. Algunas de estas hojas navegaban también por el espacio, caían, se amontonaban ante las puertas cerradas de los heniles, de los hórreos..., huían dando tumbos por los caminos, se perdían en los campos muy lejos del tallo que les dió vida. Para los árboles el viento también era la guerra: les sacudía, les maltrataba, les hería. Despojándoles de sus vástagos, dejaba sus ramas desnudas y sus troncos estremecidos.

Cuando soplaba el poleo la atmosfera se purificaba, era clara y diáfana. Por el pálido azul de la tarde pasaban las primeras, co

nejas con su graznar agorero y a gran altura volaban las grullas agitando lentamente sus grandes alas. Alargados cirrus imitaban monstruosos esqueletos de ballena, alas gigantescas de ángel, pistas de esquí celestes y desvanedizas.

El río, ancho y liso en la llanura, estrecho y caudaloso en el valle, parecía adormecerse: su marcha era más lenta y su canción más grave.

El bosque lucía su lujoso manto de otoño extendido por el monte. A media altura, los robles y los abedules pintaban pinceladas rojizas sobre el verde imperturbable de los abetos. Más abajo, en las colinas y lomas cercanas, el nogal, el serbal, el acebo, el avellano y el castaño silvestres mezclaban sus colores: morado, lila, púrpura, ocre, amarillo, gris...

Las tierras de labor ponían su mancha oscura a lo largo de los caminos, entre la alameda y el monte. En toda la extensión de los campos no se veía ya ni rastro de verdor, sólo se destacaban en ellos las siluetas de las enlutadas labriegas curvadas de sol a sol sobre los surcos. Aquí y allá se levantaban altas columnas de humo y el olor acre de los residuos quemados y del estiércol se extendía por la campiña.

Como las demás mujeres de Hernán, Marta Mons trabajaba en las patatales. Sólo cuando la luz del crepúsculo descendía por las colinas del Oeste, la joven recogía los frutos. Cuando regresaba a casa, con ellos volvía al poblado. Allí aspiraba con placer el olor de la tierra. Por un instante esa fragancia le daba la ilusión de una vida normal, como la de sus hermanos y los mozos del pueblo. Sus risas.

Empujaba la puerta del zaguán que chirriaba al abrirse y al cerrarse. Dejaba en el suelo las herramientas y el saco de patatas y exhalando un profundo suspiro, trataba de enderezar su entumecido cuerpo. Desde la entrada oía ya las voces extranjeras. Desvanecía la sensación de estar en casa propia en épocas normales. La cocina, la mejor habitación de los bajos, grande y acogedora con sus grandes armarios de roble, su hermosa mesa rectangular y su hogar flanqueado de bancos, era el lugar preferido del teniente. Por eso Marta no se acercaba nunca allí.

Habían pasado ya seis meses desde el fusilamiento de sus hermanos y cuatro, ^{desde} ~~que~~ el nuevo jefe de la tropa ocupaba su casa. Pero Marta no se consolaba de la ausencia de los unos, ni se acostumbraba a la presencia de los otros.

Después de ordeñar las vacas, de cuya leche requisada por el teniente sólo tenía derecho a un litro, subía Marta al comedor-pasillo que nunca había ocupado nadie. Encendía un hornillo portátil, se calentaba un tazón de leche, la sorbía apoyada en el muro. Oía desde allí el alegre chisporroteo de la leña de la cocina y la conversación de los militares. Se imaginaba a los dos hombres sentados cerca del hogar calentándose las manos y hablando de caza, de guerra, de mujeres... El teniente debía estar hundido en el sillón con las piernas cómodamente extendidas y la vista fija en las llamas: hablaba bajo y sosegadamente, mientras el ordenanza charlaba por los codos. Marta no comprendía que el oficial pasara la velada saboreando esos interminables discursos entrecortados de risas groseras. Aborrecía a los dos hombres por un igual, pero al oír charlar al soldado su odio se concentraba en él. Oyéndole comprendía el placer de matar aunque después tuviera que pagarse. Del posible remordimiento ni se acordaba. Cyril Baumann, el párroco de Hernam, el que durante varios años ha-

bía tratado de despertar la conciencia y mantener la fe de los aldeanos, estaba actualmente en un campo de concentración, a miles de kilómetros de allí. La Iglesia llevaba ya más de dos años cerrada: todos los sacerdotes de la región se hallaban movilizados o presos. En el alma de los campesinos la fuerza del dolor ahogaba la clemencia.

Marta iba a acostarse con el último sorbo de leche. En su dormitorio, situado en el piso, no se oían las voces aborrecidas; la joven podía invocar al espíritu de sus hermanos Bastian y Pedro, contarles que el enemigo estaba instalado en su propia casa, ocupaba el dormitorio de Bastian, que había sido el de los padres, dormía en el lecho donde nacieron los tres hermanos y murieron, con un intervalo de dos meses, el padre y la madre, se calentaba con la madera que, en previsión del largo invierno, habían ellos cortado y amontonado, disponía de la ropa de cama y mesa, gastaba las reservas de legumbres secas y el grano de sus campos. Aquella tierra de sus antepasados no era ya de los Mons, sino del invasor, del ocupante. Y ella la cultivaba!

Pero era en vano que la joven campesina repitiera una ^y/mil veces sus acusaciones contra el enemigo. El espíritu de los fusilados callaba como si después de su gran tragedia los pesares de Marta les dejaran indiferentes.

■

En Hernam los días festivos no se distinguían en nada de los laborables. No se decía misa ni había culto alguno religioso. Las aldeanas proseguían sus interminables tareas repartiéndose entre los labrantíos y la casa. Pero, un domingo, Marta comprendió de pronto que no podía más con su soledad. Se pasaba las semanas sin ver ni

hablar a nadie, pensando siempre en la tragedia y en lo que habría podido ser su vida si aquélla no hubiese sobrevenido. Aquel silencio doloroso le aplastaba el pecho como una losa. Decidió llegarse ~~hasta~~ casa de la viuda Egger situada casi a un kilómetro de la aldea. Para ir allí tenía forzosamente que pasar por delante de la vivienda de Marieta Rohe; lo más lógico era que se detuviese a platicar un rato con ella. Pero, aún más allá de la muerte de Nicolás, Marta aborrecía a la hermosa joven que le había robado su amor. Nicolás y Marta habían sido novios desde niños y aunque no se hubiese hablado de matrimonio, los Krefeld y los Mons esperaban casarlos un día. De pronto Nicolás se enamoró de Marieta (como casi todos los chicos de la aldea, un día u otro) y ésta parecía corresponderle. Sólo que unos meses después, la muchacha dejaba a Krefeld por un nuevo galán. Cuando estalló la guerra la codiciada Marieta era la prometida de Gregorio Retz y las otras muchachas principiaban a respirar suponiendo que Marieta se casaría, engordaría y dejaría de causar estragos entre el elemento masculino.

A excepción de Miguel Ingrid, todos los aldeanos se habían declarado en rebeldía refugiándose en el monte con sus escopetas de caza y sus viejas pistolas. Marta soñaba de nuevo con Nicolás. La decisión y la valentía del joven Krefeld en su nuevo papel de resistente y guerrillero estaban causando admiración en la comarca. Marta esperaba perdonarlo y reconquistarlo. El audaz asesinato del capitán Drel, caído en una emboscada en la cual la irresistible Marieta tuvo un papel preponderante, había complicado las cosas. A partir de aquel día los resistentes no se atrevieron a salir del bosque donde las tropas les tenían sitiados.

Burlando esta vigilancia, Marta y otras mujeres de Hernam, lograron llevarles provisiones. Dos o tres veces Nicolás Krefeld y Mar-

ta Mons se habían visto y hablado. Y aunque las palabras que cambiaron eran sólo de amigo a amigo, Marta creyó hallar en ellas pábulo a una nueva esperanza. Luego vino lo irremediable.

En todo esto iba pensando Marta por el camino y anhelaba con toda su alma que la valerosa viuda hallase ^{no} un tema de conversación que la distrajera de sus cavilaciones.

Si hubiera podido fijarse en la naturaleza habría visto que aquella tarde se revestía de sus mejores galas de otoño: la luz dulcísima de un pálido sol ponía aquí y allá pinceladas ocres y púrpura. El silencio era perfecto, sólo el grave rumor del escondido río se levantaba y se esparcía armonizando con el color suave de las plantas y de los prados, con el olor acre de la tierra removida.

"¿Qué hay, Marta?", le preguntó la viuda extrañada de verla llegar. "Siéntate".

"Siempre quería venir a saludarte, pero ¡tengo tanto quehacer!"

"No habías puesto los pies en casa desde antes de la tragedia."

Las dos campesinas se quedaron mudas mirándose con ojos secos y brillantes. Ambas pensaban en aquellas horas terribles, pero no querían evocarlas.

"Ya han llegado las primeras cornejas", dijo de pronto Erika.

"Heraldos del invierno", comentó Marta.

"Un día de estos va a nevar".

"Habré que arrancar y coger las últimas patatas".

"Eso es lo que las tenga", suspiró la viuda.

Marta se levantó

"¿Ya te vas? ¡Visita de médico, chica!"

Se dirigieron ambas a la puerta y de pronto Erika se paró:

"¿Quieres ver la habitación de Mauricio?"

Marta miró a Erika con extrañeza.

"Ellos la han respetado", explicó la viuda. "Verás, le hablé al

teniente y mandó a sus soldados que bajo ningún pretexto penetraran en ella".

En efecto, la habitación estaba igual que el día que fusilaron a Mauricio. En el velador veíase un cenicero con una colilla y un libro abierto con una ramita de acebo por señal.

"A mi pequeño le gustaba mucho leer. En esta página estaba la vigilia de... ¿Cómo iba a sospecharlo, el pobrete?"

Marta veía como en un sueño la colilla, el libro, la ramita de acebo con sus bayas muéstias. No pensaba en Mauricio, sino en Nicolás.

Del respaldo de una silla colgaba una chaqueta y una corbata. Erika las señaló con la mano.

"Las llevaba puestas el día antes, un domingo, ¿recuerdas?"

La cama no se había tocado tampoco, estaba tal y como la dejara Mauricio al levantarse: la almohada guardaba aún la huella de su cabeza.

"¡Huele!" dijo Erika obligando a Marta a inclinarse sobre el lecho. "¿No sientes una fragancia de agua de colonia?"

Antes de salir de la habitación le mostró la fotografía del muchacho. Estaba sobre la cómoda en un gran marco dorado y delante un ramito de siemprevivas y una lámpara votiva.

"¡Hijo de mis entrañas!", exclamó Erika con fervor. "¡Sólo tenía dieciséis años y lo fusilaron!"

Marta sintió un alivio inmenso al salir al campo. Contempló con placer los árboles amarillentos, las praderas verdes y húmedas, los tablares negruzcos... La tierra recién labrada exhalaba una fragancia sana, estimulante. En el cielo desmayado, nubes plomizas se amontonaban sobre el bosque y sus contornos se teñían de una rosa pálido ideal.

Llegaron tres soldados con sus botas enlodadas; saludaron a las

campesinas.

"¿Dónde duermen?", preguntó Marta cuando hubieron entrado.

"En la buhardilla".

"¿Cómo se portan contigo?"

"Bien. El teniente les tiene a raya; es un hombre bastante humano".

"¿Humano?", saltó Marta con rencor.

"Conmigo lo es. Como a enemigo, claro, le aborrezco, como a hombre le tengo simpatía".

"¡Simpatía!", casi rugió Marta. "¡Bien se ve que no le tienes en casa!"

"Paciencia, chica, ya les llegará su San Martín".

La esperanza de que un día estos odiados militares fueran vencidos y expulsados del país, puso una leve sonrisa en los labios de Marta y en seguida una especie de hermosura se extendió por su rostro.

"¿Crees que llegará ese día, Erika?"

"¡Y a no tardar!"

Marta envidiaba la fe de la viuda.

"Dios te oiga", suspiró.

2
M
M M

Cuando ya nadie lo esperaba y su madre le daba por muerto, llegó a la aldea Miguel Ingrid. Bueno, no precisamente Miguel Ingrid, sino lo que quedaba de él. La piel se le pegaba a los huesos como la de las momias; tenía las orejas transparentes, la piel amarilla y los ojos tan grandes que se le comían la cara. Ada no le reconoció y tuvo él que decir:

"Soy Miguel, madre".

Hasta su voz había cambiado; era más baja, más bronca, como si le saliera de las tripas.

Ada le miraba con mal disimulado espanto. No llegaba a creer que aquel esqueleto movable fuera su hijo. Se había acostumbrado a amarlo muerto, a imaginárselo joven y hermoso. Sabía que tenía que alegrarse de verle vivo..., si a eso podía llamársele vivir. Sabía que tenía que abrazarlo, porque desde tiempos inmemorables las madres abrazan a los hijos que vuelven de la guerra. Pero no podía decidirse a hacerlo.

Miguel se acercó a ella y la besó. Con un esfuerzo Ada puso también sus labios temblorosos sobre la frente huesuda y ardorosa.

Miguel temblaba, Ada preguntó:

"¿Tienes frío?"

"Tengo fiebre", dijo él y se dejó caer en una silla. "Ahora siempre tengo fiebre."

Ada reaccionó de pronto. Miguel estaba enfermo, tal vez moribundo y seguramente hambriento. Púsose a calentar leche y a cortar rebanaditas de pan para hacer una sopa.

"¿La quieres con sal o con azúcar?"

¡Oh, Dios, Ada tenía aún azúcar!

"Con azúcar, madre". Y a pesar de sus barbas hirsutas una ola de rubor se esparció por sus mejillas. Sentíase de nuevo lo que había sido siempre, un muchacho enfermizo que su madre contemplaba y mimaba.

"Voy a prepararte el lecho", dijo Ada.

Le puso sábanas, dos mantas y una colcha rellena de plumón. Luego volvió a la cocina, llenó una botella de agua caliente y la colocó en la cama.

Miguel comía con una especie de ansia; sorbía la leche azucarada y lamía cuidadosamente la chchara por no desperdiciar ni una gota. Observaba todo lo que hacía su madre con sus grandes ojos relucientes y asombrados, como si las maniobras caseras fueran una revelación para él.

De pronto Ada se acercó, le dijo en voz baja:

"¿Sabes la espantosa tragedia de Hernam?"

~~"Hernam"~~ "Sí"

"Es ahora una aldea sin hombres", suspiró Ada. "Todos fusilados".

"Me han dicho que Hans Anrhem y Martin Rohe viven", dijo Miguel.

"Sí... Anrhem se escondió entre dos vacas en el establo, a nadie se le ocurrió buscarle allí."

"¿Y Martin?"

"Martin logró escabullirse mientras estaban aún detenidos en el Ayuntamiento; se ocultó en las letrinas."

"¿Lástima!"

"¿Por qué lástima?"

"Podría habérsele ocurrido lo mismo a un joven".

"Eso es lo que le reprocha su mujer; no puede perdonarle que él viva y el hijo esté muerto."

"Yo también estoy muerto", murmuró Miguel

Se levantó, fue a su cuarto, desnudóse y se acostó. Los dientes le castañeteaban.

"¿Cómo te encuentras ahora?", preguntó Ada acercándose al lecho.

Con la botella de agua caliente bien abrazada, contestó él:

"Mejor".

Ada lloraba por fin; gruesos lagrimones se deslizaban por sus mejillas. No se decidía a apartarse de su hijo como si temiera perderlo de nuevo. Su instinto de madre renacía, calentándole las entrañas, llenándoselas de zozobra y a la vez de calor.

La noticia cundió: Miguel Ingrid no estaba muerto, Miguel Ingrid el poquita cosa, el cobarde, el que no se atrevió a entrar en la resistencia, estaba de nuevo en la aldea. Nadie se alegraba de ello, nadie acudía a felicitar a la madre ni a saludar al chico que guardaba cama devorado por la fiebre y la tos. Sólo Martín, el pacifista, el de las ideas extravagantes, se presentó en casa de Ada a preguntar por su hijo.

Ada lloraba asegurando que Miguel estaba demasiado enfermo para sanar. La pobre madre no comprendía por qué no habían licenciado al muchacho antes de verle moribundo.

"¿Es que todos tienen que morir?", se lamentaba. "Los unos por rebelarse, los otros por obedecer, pero a fin de cuentas ¡la muerte!"

Martín reía con una risita sarcástica.

"¿Crees tú que si no estuvieran seguros de que iba a morir lo soltarían? Ahora, el pobre, ya no les sirve ni para carne de cañón.

Iba muchas tardes a ver a Miguel. Le hablaba de la tragedia de Hernán. No llegaba aún a comprender cómo había podido librarse de que le fusilaran y no escondía su satisfacción. Luego le hablaba de su drama personal; Edwiche, su mujer y Marieta, su hija, no se consolaban de la pérdida de Andrés y de Gregorio. El que el viejo viviera

y los dos jóvenes, el hijo y el novio, hubieran desaparecido, les parecía una injusticia incalificable. No se lo decían directamente, pero se lo daban a entender con miradas y gestos.

Miguel escuchaba indiferente. ¿Qué le importaba a él esa hazaña de heroísmo y martirio y los dramas de familia de Martín? La bastaba su propio heroísmo de soldado mártir y anónimo y su tragedia de incurable. Desde que llegó a Hernam no había vuelto a levantarse de la cama. Tosía, escupía, temblaba y sudaba. Pasaba de la exaltación febril al decaimiento absoluto. Cuando la fiebre subía, el cerebro de Miguel se libraba a una actividad intensa. Volvía a encontrarse en el frente; caminaba por una carretera fangosa, corría al asalto de una posición enemiga. Las piernas se le doblaban y el pulso le latía presuroso. El cabo le gritaba: "¡Adelante, cobarde!". El casco, la mochilla, el fusil le pesaban más y más. Miguel no tenía ya fuerzas para llevarlos. Iba a caer en el camino y todo el regimiento le pasaría por encima. De pronto tenía que ponerse a tirar, pero no encontraba el arma. Las balas enemigas silbaban a más y mejor y el fulgor de las explosiones le cegaba.

Miguel se despertaba sudando y gimiendo. Había pasado más tiempo rodando por los campos de concentración y los hospitales que en el campo de batalla; sin embargo, su obsesión eran las trincheras, las marchas forzadas, los combates...

Soñaba a menudo que estaba en un hoyo tiritando de frío y de miedo. No descargaba el fusil, se dejaba escurrir en el lodo. Su cuerpo se hundía allí como en un mullido lecho. Pero el barro le llegaba a la boca, entraba en ella, tenía un sabor nauseabundo. Cerca de Miguel flotaba un islote cuya base lamían las aguas cenagosas. Llegaba a él chapoteando: era un montón de cadáveres. Uno de ellos, el de su mejor amigo, un muchachito pelirrojo y pecoso, le decía con sonrisa patética

"Súbete, súbete". "No, no", gritaba Miguel con horror. Pero los muertos se escurrían con malicia debajo de él. Y no tenía otro remedio que dejarse llevar por esa extraña armadía fabricada de piernas, troncos, cabezas y brazos humanos. No le dejaban escapar y el más aferrado era su amigo el pelirrojo.

"Miguel, Miguel, ¿qué te pasa, hijo?"

Miguel abría los ojos, miraba con espanto alrededor. Veía con alivio su alvoba campesina y a Ada cerca de su lecho.

"Madre, ¿qué hora es?"

"No sé..."

"¿Cuándo amanecerá?"

"Todavía no me he acostado. Quizás, dentro de tres horas."

¶

Hubo unos días de bonanza, una especie de veranillo durante el cual, como por milagro, Miguel se sintió con ánimos de levantarse. Fue envuelto en una manta hasta la puerta de la calle y allí se quedó unos momentos muy quieto deverando con los ojos el camino con una súbita inclinación a la sociabilidad. Espiaba los pasos lejanos esperando que alguien se acercara, le ^{iera} ~~veía~~, le hablara... Pero sólo apercibió a un soldado extranjero que salía de casa Mons y cuando iba ya a entrar vió a Marta con el hato, camino del abrevadero. Miguel deseaba con toda el alma que la muchacha levantara la vista y le saludara, pero ella no le vio o fingió no verle. Entonces Miguel, sin esperar a que volviera entró en la casa, se dejó caer en una silla junto al hogar.

Las trébedes se hallaban sobre el fuego con un puchero encima. La tapadera empezó a saltar y el jugo a rechirvir y a verterse. Miguel miraba ^{embobado} ~~estupido~~ como las llamas lamían la panza del recipiente y la tapadera dejaba escapar ligeras nubes de oloroso vapor.

La casa de los Mons era la más opulenta del pueblo y sus tierras las mejores y más extensas. "Por eso Marta es tan orgullosa", pensaba Miguel. "Aun después del drama que la dejó sola en el mundo, ella sigue despreciándome".

"¿Cómo te encuentras, hijo?", preguntó Ada al entrar.

"Bien..."

La campesina retiró la sopa de las trébedes, le metió la cuchara de palo y la cató.

"Ya está blandita. ¿Tienes gana?

"Hambre", dijo Miguel. Pero de pronto recordó a la vecina.

"Pasó Marta con su hato; fingió no verme.

"Imaginaciones tuyas, hijo. ¿Cómo quieres que...

"¿Ella?", interrumpió Miguel. "El demonio del orgullo!"

"No te habré reconocido".

"¿Aquí, en la puerta de mi propia casa? ¿Cómo si hubiera tantos hombres en Hernam!

"Precisamente".

Ada llevaba un plato a la mesa.

"¿Comerás aquí o en la cama?"

"Aquí". Y de pronto: "¿Qué quieres decir, precisamente?"

"Quería decir", explicó la anciana, "que desde aquello, Marta no es la misma."

"Para despreciarme es la misma".

"Hazte cargo de su desgracia, dos hermanos, el novio...

"¿Nicolás? Ya no se frecuentaban".

"Pero ella le quería."

"Es éso motivo para que me niegue el saludo después de tres años de ausencia? ¿Y qué ausencia!

"Come, hijo, no pienses ya en eso. ¿Qué más da?"

"Da", ^{insistió} contestó él. "¿La he ofendido en algo?"

"No has sido resistente," suspiró Ada como si le doliera también el falso estigma que pesaba sobre el soldado.

Miguel dejó de comer, fijó en la anciana su mirada reluciente:

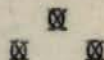
"¿Sientes que no me fusilaran con ellos?"

Las lágrimas inundaron los ojos de Ada. Precisamente Miguel volvía a llenar toda su vida. Sentía una especie de doloroso orgullo al decirse que era la única madre de Hernam que tenía ^{aún} un hijo vivo. Y aunque esta vida era tan débil y estaba tan amenazada, Miguel se movía ^{todavía} ~~aún~~, miraba y hablaba ^{todavía} ~~aún~~, no era tan cadáver como los otros. Cada día, cada hora que pasaba sin que se lo llevara la muerte le parecía a Ada un regalo de la Providencia. Por eso antes de acostarse se arrodillaba ante el Cristo de su cabecera y cerrando los ojos, porque el cuerpo agonizante del Salvador evocaba la próxima agonía de Miguel y sus descarnadas mejillas y su mirar muriente le recordaban demasiado los de Miguel, le daba las gracias por la tregua que le concedía.

"Las mujeres de Hernam prefieren los muertos a mí", dijo de pronto Miguel. "Habría que estar muerto para que alguna de ellas me visite

Ada suplicó:

"¡Calla, calla!"



Había llegado el invierno: los días eran cortos, las veladas, interminables. La escarcha y la nieve cubrían las tierras de labor, nadie se movía ya de la aldea sino para algo transcendental. En la montaña, arroyos y cascadas se helaron. Los resistentes emboscados tuvieron que abandonar sus madrigueras, Algunos lograron escapar, otros fueron capturados por los ocupantes y expedidos a campos de concentración o de castigo o a trabajos forzados.

Los lobos volvieron a circular por el monte: los más audaces o tal vez más hambrientos, bajaban por el valle hasta la llanura y las huellas de sus pasos quedaron impresas en la nieve, muy cerca de Hernam.

La aldea volvió a sumirse en lúgubre silencio. En cada casa, desde la más acomodada a la más mísera, la chimenea humeaba todo el día y el olor de la leña quemada llenaba la atmósfera.

Marta no podía ya guisar y comer en el comedor-pasillo. Ahora se preparaba los alimentos en la cocina, en el mismo fuego que los dos hombres. El ordenanza se encargaba de traer el agua, destrozarse la leña y alumbrarla. Cuando Marta terminaba sus innumerables tareas domésticas, el fuego chisporroteaba ya. Sin desplegar los labios Marta esperaba que la cena del teniente estuviera lista y entonces se preparaba su colación. Aceptaba guisar y comer, calentarse y remendar ropa al lado de los militares, ~~mantenidos~~ pero no cambiaba una palabra o una sonrisa con ellos. Y esa mudez altanera de la joven y sus acusadores ropajes de luto levantaban una muralla de frío entre ^{ella y} los dos

hombres. Delante de Marta el teniente no podía ya recrearse con la charla del ordenanza. Esta, contrariado por el persistente silencio y distracción del oficial, peroraba más y más con la esperanza de captar su atención. Describía con tosca sencillez las primitivas costumbres de su país: ceremonias religiosas y profanas donde reinaba un candor casi salvaje. Pero estas historias de amor, de superstición, de violencia, que Greiz escuchaba antes con gusto, no lograban ahora interesarle. Su rostro permanecía rígido y su boca crispada.

El soldado miraba a Marta. La campesina no debía entender su lengua.^R Lástima grande porque tal vez lo que él decía le habría interesado. Pero la joven permanecía con la boca cerrada y la mirada fija en el vacío.

A las siete y media de la noche ya habían terminado todos de cenar. El fregado estaba también listo; empezaba la interminable velada de silencio y violencia. Aburrido de hablar solo, sin lograr interesar ni ~~a~~ a su teniente ni a la campesina, Pietrot se callaba también. Oíase sólo el crepitar de la lumbre y el tic-tac del monumental reloj de péndulo.

Marta obraba exactamente como si estuviese sola. Pero no podía olvidar que dos intrusos se hallaban en la cocina observando sus movimientos, oyendo su respiración y los suspiros que a veces no llegaba a reprimir. Al cambiar una que otra palabra entre ellos, los dos hombres cuchicheaban y al caminar con sus recias suelas claveteadas, procuraban no hacer ruido. Sin embargo, Marta veía sus grandes sombras proyectándose en los muebles o en la pared, oía el roce de sus pasos y sus voces apagadas, aspiraba involuntariamente el olor de cuero de sus botas y la fragancia del tabaco de sus pipas.

Para evitar esa intimidad dolorosa, Marta pasaba una parte de la velada en el establo hablando y acariciando a las vacas. Los pacíficos e inteligentes animales parecían comprender su soledad y

sufrimiento. Paloma, llamada así por su impecable pelo blanco, era la preferida: mansa y afectuosa. Marta la llamaba desde la puerta y el animal volvía la cabeza y le contestaba con un suave mugido. Cuando la campesina lloraba abrazada a su cuello, la vaca fijaba en la mujer sus pupilas de mirada triste rodeadas de pestañas rubias. Con el húmedo morro rosado le apartaba las manos del rostro, empujaba con insistente dulzura para apartar el brazo de la labriega y colocarlo alrededor de su propio cuello. Con movimientos cuidadosos y hábiles frotaba su sedoso testuz contra la mejilla y el pecho de la joven. Codorniz, estaba celosa de la blanca. Cuando Marta permanecía mucho rato con su preferida, hablándola y acariciándola, Codorniz torcía el cuello, miraba de reojo y resoplaba. "No seas envidiosa", le gritaba Marta. Y se acercaba a ella para acariciarla también. Al verla llegar, Codorniz, lanzaba un sonoro resoplido y sus ojos brillaban. "Envidiosilla, envidiosilla!", le decía la joven frotándose la mejilla con su frente. Luego le daba un largo beso entre los ojos, allí donde se dibujaba una alargada estrella de seis puntas.

Pardiña y la Roja, eran más positivas, ~~y~~ mucho menos afectuosas; se interesaban únicamente por el pienso, prescindían de las expansiones sentimentales de su ama, ~~pero~~ daban muchos litros de leche.

Marta aspiraba con agrado el olor dulzón del heno y el vaho caliente del estiércol. Pero tenía que volver a la cocina y aceptar la enojosa presencia de los militares. Su aborrición hacia Pietrot Lomja aumentó aún. No soportaba la vista de su cráneo redondo y mocho, su rostro aplastado, sus ojos oblicuos, su voz gutural y su risa estúpida. Cuando ~~se~~ miraba ~~esta~~ por casualidad ~~se~~ al soldado, ^{sus ojos} (despedía) chispas de odio y sus puños se crispaban en el bolsillo del delantal. El teniente se dio cuenta de los sentimientos de la campesina y una de aquellas veladas interrumpió a Pietrot en medio de su

peroración

"!Bueno, ahora márchate!

Eran sólo las ocho y la orden inesperada y brutal; los ojos del soldado se llenaron de estupor. No se movía como si no hubiera comprendido.

"Puedes disponer", dijo Greiz.

"A las órdenes, mi teniente".

Desde el principio de la ocupación el teniente le había distinguido honrándole con su amistad. Bien claro estaba que el oficial era el oficial y el soldado, el soldado: uno mandaba, el otro obedecía; aquel enlodaba las botas y el bajo de los pantalones y éste los cepillaba y les daba lustre; el teniente dormía en la cama, ensuciaba los platos y el ordenanza estiraba las sábanas y las mantas y fregaba la loza. Pero todo esto sucedía en una atmosfera de indulgente compañerismo y ahora... de pronto... Por qué atroz e insondable misterio había dejado de amarle el teniente? Pietrot no podía atribuir esta desgracia a un simple cambio de humor o a un capricho. Alexis Greiz representaba para él la perfección; la perfección no puede dejar de ser perfecta. Precisaba para ello la intervención de fuerzas superiores enemigas. Pietrot no soñaba siquiera en definir las. Sabía que eran misteriosas y terribles, capaces de dominar al hombre. El amor del oficial hacia el rústico ^{montañés} ~~campesino de las llanuras~~ era tan maravilloso e inexplicable como inexplicable y amargo era su brusco despertar. Las causas de semejante catástrofe tenían que buscarse en los astros.

Pietrot Lemja había cogido el capote, el casco y el fusil, caminaba a oscuras resistiéndose a encender el farol que iba a alumbrarle en el camino. Sentía unas gotas tibias y pegajosas escurrirse por sus mejillas y prefería que esa vergüenza se desarrollara en la

sombra. Antes de salir encendió un fósforo y prendió fuego a la mecha. Oyó soplar ruidosamente al viento y se dijo "Cuidado, Pietrot, esta noche las fuerzas del mal andan desencadenadas". Una violenta ráfaga le hizo retroceder; permaneció unos segundos esperando que se calmara. Por fin salió.

La ~~obscuridad~~ ^{noche parecía} estaba poblada de sombras ~~que todavía más densas, pa-~~
~~recían~~ ^{van} avanzando a contra corriente como una multitud hostil que empujara al soldado soplando en sus oídos y en su boca, abofeteándole el rostro, aullando amenazas e imprecaciones.

A lo lejos bramaba el bosque como una fiera suelta: sus bramidos se extendían por el espacio, se acercaban veloces y el monstruo de los mil troncos y las mil ramas con sus millones de hojas y de pinchos, parecía precipitarse sobre la aldea, con la intención de apoderarse del único hombre que circulaba por el camino y arrastrarle hacia el monte donde erraban las almas de los fusilados.

El lúgubre lamento se alejaba de súbito, se perdía en lontananza. Oíase entonces el sollozo del río detrás de la alameda y el triste gemido de la veleta de la escuela abandonada.

Pietrot Lomja habría dado el alma por hallar un compañero. Pero todas las casas tenían las puertas cerradas y las ventanas apagadas. Ansioso de llegar ~~a su alojamiento~~, el soldado apresuró el paso. Así llegó a ^{su alojamiento en} casa de Sofía Kart.

"Buenas noches" - dijo al entrar, pronunciando con lentitud y esmero estas dos palabras que el teniente le había enseñado.

Sofía contestó con un gruñido.

Desde que los ~~asesinos~~ ^{ocupantes} fusilaron a sus tres hijos junto con los demás aldeanos, y su nuera, enloquecida de dolor, huyó de Hernam para no volver más, Sofía había abandonado sus tierras; cultivaba sólo el huertecillo detrás de la casa donde estaban también los corrales

y la zahurda. Pasaba las semanas sin acercarse a la puerta de la calle, huyendo de los hombres, complaciéndose sólo entre los animales domésticos. Estos eran sus compañeros y su familia: les hablaba con cariño, les permitía entrar en la casa, comer en sus recipientes personales, subirse y dormir en ~~las~~ sillas y hasta en su lecho. Los propios cerdos penetraban a veces en la cocina, husmeaban los pucheros y al quemarse el hocico gruñían poniéndose a correr hacia fuera. Entonces Sofía soltaba una carcajada y les gritaba que su cochina casa no era lugar para tan distinguidos personajes. Siempre se dirigía a ellos usando nombres de persona y a menudo, tratamiento. Les preparaba una enorme bazofia que dejaba en el centro del corral: les decía solemnemente: "La comida está servida, sus señorías".

Un hombre vestido de uniforme era para Sofía una visión de espanto, le recordaba algo que deseaba olvidar, algo confuso ya en su memoria pero siniestro aún: la plaza de la iglesia, unos cuerpos yacentes, las pupilas demasiado abiertas de Johann mirando con fijeza al cielo, el rictus de Mateo en su rostro rígido y blanco, las manos frías e insensibles del pequeño Aloys... Cada vez que veía al soldado le gritaba con furia: "¡Abur hijo de perra! Pietrot no comprendía estas palabras ni las otras siempre insultantes que Sofía le dedicaba pero la figura desgredada y andrajosa de la maniática le causaba escalofríos. La tenía más miedo a Sofía que a diez guerrilleros armados. Antes de acostarse arrastraba el catre apoyándolo en la puerta para que Sofía no pudiera entrar pues temía que viniera a asesinarle mientras dormía.

Aquella noche, preocupada por la actitud del teniente no lograba conciliar el sueño. Rememoraba todos los accidentes del día: acciones, palabras, gestos. Todos sus actos ~~no~~ tenían ^{la misma} ~~as~~ ~~que una~~ finalidad: complacer al teniente, ser útil al teniente, distraer y hacer reír al

teniente y a cambio de ésto conseguir que el teniente le permitiera estar con él todo el tiempo posible.

Se revolcaba nervioso por el jergón: el catre rechinaba y crujía y Pietrot suspiraba.

De pronto oyóse un recio golpe en la puerta acompañado de una voz chillona: "¡Hola, perro extranjero!, basta ya de triquitraque!"

A Pietrot se le puso piel de gallina. Contestó con su voz profunda de bajo: "Mi dormir ahora mismo".

Tranquilizóse al oír el ruido de las galochas de Sofía escaleras abajo.



Entretanto Greiz recordaba las apacibles veladas de verano y otoño, cuando la dueña de la casa no comía aún en la cocina. Pietrot despachaba la limpieza de cacharros y loza y él, invariablemente le invitaba a sentarse a su lado. Asaban cebollas y castañas en el rescaldo, fumaban la pipa o cigarrillos aromáticos, bebían té caliente y a veces un trago de aguardiente de cerezas. Pietrot tenía siempre algo que contar y las ingenuas parrafadas del soldado distraían al oficial.

Algunos compañeros de armas envidiaban a Alexis Greiz el haber sido destinado a esa aldea donde sólo había mujeres y niños. En cuanto a él aquel vivir ocioso comenzaba a pesarle. No había siquiera intervenido en las últimas detenciones de rebeldes ocurridas en Glos-ters y aunque esta caza al hombre por veredas y matorrales con la captura final de pobres diablos mal armados y hambrientos no le pareciera ninguna hazaña, casi lamentaba que no hubieran ocurrido en Hernam. En el frente por lo menos, se decía, ante el brutal espectáculo de la destrucción y la muerte, en la áspera embriaguez de defenderse y de

atacar, el hombre no tiene tiempo ni deseo de pensar y menos de analizar. Es más sencillo y ^{más} confortable que estarse preguntando a cada rato: "¿qué sentirá éste o aquél? ¿Por qué lo pensará y sentirá? ¿Es ésta o aquella palabra la que ~~hecho~~^{de} que pronunciar ~~yo~~, es ésta o aquella acción la que deb~~o~~^o practicar?"

Mientras pensaba en todo ésto el joven teniente se había sacado del bolsillo de la guerrera un libro que abrió y trató de leer. A la luz mavilenta del candil veía las letras juiciosamente colocadas formando palabras y un grupo de palabras formando oración pero el pensamiento que encerraba ese maravilloso conjunto se le escapaba. Entre su poder de captación y la idea impresa se levantaban sus propios pensamientos: Esa labriega, silenciosa y ceñuda, le odiaba y él no había hecho nada para merecer ese odio. Le costaba comprenderlo.%%

Marta también luchaba por desviar su pensamiento del teniente. Con la mirada fija en las llamas o en la labor no podía por menos de registrar cada uno de los gestos del extranjero. Veía con el rabillo del ojo como tenía el libro abierto, como lo cerraba de pronto dejando un dedo en la página, oía su lenta respiración, aspiraba el perfumado humo de su cigarrillo. Ese hombre imaginábase sin duda estar en su propia casa, creía que los muebles, los cacharros, hasta el aire de la habitación le pertenecían. Pero ¿cómo se equivocaba! El espíritu de las cosas vinculadas a los Mons y al país, se resistía a ser suyo. El teniente reanimaba el fuego y el fuego despedía llamas y chispas de odio; de los leños se levantaban vapores de odio.

Marta Mons podía haber ido a pasar la velada con Catalina Krefeld, la que hubiera sido su suegra, o con los Ingrid, donde Miguel se alegraba tanto de su visita: prefería quedarse en casa aunque fuera sufriendo y rabiendo. Porque, pese al teniente, la cocina era su cocina y la leña su leña y el candil su candil. Como una vestal del

CA P. IV

hogar, la joven campesina permanecía día tras día fiel a sus muros, fiel a su chimenea encendida y a su silla baja de cuero donde también se habían sentado a coser su madre y su abuela. Poco a poco olvidaba al teniente, llegaba a imaginarse que estaba sola. Entonces evocaba uno a uno los miembros de la familia Mons. Le parecía verlos llegar a ocupar sus respectivos sitios cerca del fuego. Bastián y Pedro hablaban de las labores del campo y Marta se afanaba por recordar sus teorías de perfectos labriegos: como se labra un bancal, como se abren los surcos, se siembra el grano o el plantel, como se prepara y se extiende el estiércol, como se hermosea y se conserva el heno fragante y apetitoso. Marta hubiera querido decir a sus hermanos lo hermosas que estaban las vacas y lo lindísimo que era el ternero recién nacido y la gran cantidad de manzanas, clasificadas por especies, que se hallaban en el granero, pero de pronto se le aparecía el cementerio de fusilados y la trágica realidad de su vida. Lanzaba una mirada de odio al hombre sentado a su lado y rápidamente sus ojos volvían a las llamas. Era una fantasmagoría de amarillos y rojos que la fascinaba. Mirando fijamente ese culebrear incesante, ese deslumbrante artificio, su imaginación volvía a desbocarse. Y de nuevo creía oír la voz algo burlona aunque afectuosa de Bastián: "No te andes con sentimentalismos, hermana, cástate con un hombre sano y trabajador, buen macho, buen labriego". E inmediatamente Marta se representaba a Nicolás Krefeld. De niño jugaba con ella a coleccionar piedrecitas de colores y pulidos cristales recogidos en los islotes del río, mariposas disecadas, saltamontes... Más tarde recorrían juntos las praderas cubiertas aún de agua-nieve, en busca de ramilletes de primaveras y de solitarios crocos azulados. En mayo cazaban orugas y erizos por los márgenes y los jarales y en otoño iban en compañía de otros zagales y zagalas a la recolección de castañas y bellotas. Con la juventud

jaranera del país pasaban por las veredas del bosque camino de Glosters o de Mulstein donde se reunían para bailar al son de un violín desafinado que pulsaba un viejo zíngaro errante. Una mañana de primavera Nicolás había besado a Marta en la mejilla: "Te quiero, Marta". Beso y declaración iban acompañados de una fragancia embriagadora de violetas y narcisos silvestres, del ^{susurro} ~~bisbiseo~~ de las ^{hojas}, del ^{murmuro} ~~la oración~~ de los arroyos...

Marta despertó bruscamente de su endueño: acababa de caerse al suelo el libro que leía Alexis Greiz. Los ojos secos y brillantes de la joven se fijaron en el teniente con rencor: "Si vosotros no le hubieseis fusilado, ^{habría} ~~abandonado~~ ^{pronto} su escopeta de caza, se ^{habría} ~~afaitado~~ sus barbas de querrero, ^y ~~cogiera~~ ^{endo} otra vez el arado y la hoz, ^{labrara y} ~~fuera a los~~ ^{segaría} ~~campes a labrar y a segar~~ ^{pus campos de nuevo}. Y una tarde de primavera, cuando las hojas bisbisean y los arroyos rezan extrañas oraciones, me habría dicho: "Marta, ¿quieres ser mi mujer?"

[Greiz levantó también los ojos y los fijó en Marta. No podía resistir ni un segundo más aquel silencio hostil que les envolvía.

"¿Tiene usted alguna queja contra Pietrot?", dijo bruscamente.

"¿Quién es Pietrot?"

"Mi ordenanza. He notado que su presencia le resulta a usted ~~insoponible~~ desagradable.

"¿A mí?" exclamó ella con fingido asombro. "No sé por qué la presencia de ese hombre sería más aborrecible que la de usted."

"¿Aborrecible?" repitió el extranjero con lentitud como queriendo comprender bien el sentido de esa malsonante palabra. Sus ojos grises, que no se habían desviado aún de los de Marta, tomaron una expresión dolorosa. Quiso explicar algo y aunque hablaba sin dificultad la lengua del país, las palabras ^{le} salían difícilmente de ~~la~~ garganta:

"No olvide que nuestros gobiernos han firmado un armisticio. Unos lo aceptan, otros no. ¿Cómo saber quiénes son los aliados, quiénes los enemigos?"

"Yo, enemigo", dijo Marta sin vacilar.

"Muy bien", aceptó el teniente después de unos segundos de reflexión. "Seamos enemigos pero leales. Mandé salir a mi asistente porque creía que ese era el deseo de usted. En cuanto a mí... siento no poder librarla de mi presencia. No hay una casa en Hernam donde fuera acogido con agrado."

Al terminar estas palabras estaba ya de pie.

"Buenas noches", dijo, y abandonó la habitación.

■

Aún no eran las ocho de la noche y ya Pietrot tenía terminado el fregado. Estaba mirando al teniente con aire indeciso y pesaroso. Greiz levantó la mirada, disimuló una sonrisa:

"¿Pietrot Lomja!"

"¿Mi teniente?"

"Coge una silla y siéntate aquí, cerca del fuego."

El corazón del soldado saltó de júbilo. Obedeció sentándose en la punta de la silla. Miraba al jefe con el rabillo del ojo.

"Mi teniente, ¿puedo realmente quedarme aquí, a su lado?"

"¡Animal!", exclamó Greiz. "¿No acabo de decírtelo?"

Unos segundos después el ordenanza preguntó:

"¿Puedo fumar la pápa, mi teniente?"

"Fuma lo que quieras". Greiz no podía ya contener la risa.

"¿Sabes lo que vas a hacer, Pietrot Lomja?"

De un brinco el soldado estuvo en pie.

"¿Qué, mi teniente?"

"Sube a mi habitación, tráeme de aquel cajón que sabes, una botella de vino tinto."

"Sí, mi teniente."

Llegó pronto con la botella.

"Mi teniente, está helada."

"Ponla cerca del fuego."

Marta estaba allí, como cada noche, esforzándose en mostrar indiferencia. Remendaba un delantal y fingía ocuparse únicamente de su labor. Pero no se le escapaba nada de lo que hacían los dos extranjeros. Por primera vez desde que el oficial vivía en su casa, le veía no como a un militar enemigo sino como a un hombre cualquiera, un hombre con sentimientos ajenos a la guerra, a la ocupación, un hombre con unos ojos capaces de mirar con amistad, con una boca apta a decir palabras sencillas y sonreír, un hombre con un alma misteriosa y variable como la de los demás hombres.

De cuando en cuando el oficial tocaba la botella. Pietrot, en cuclillas, miraba aquel objeto como fascinado. Sin poderse contener alargaba hacia él su mano velluda.

"¡No toques!" le gritaba el teniente.

Por fin el vino estuvo a punto y el jefe permitió al soldado destapar y servir la bebida. Como Marta suponía, llenaron tres vasos. El líquido granate exhalaba un delicioso perfume.

Marta componía en su mente las palabras con que iba a rehusar, serían cortas pero terminantes. Sin embargo, cuando el teniente le presentó el vaso, ella lo tomó sin saber qué decir.

Alexis Greiz alzó el brazo en ángulo recto:

"A tu salud, Pietrot".

"A la suya, mi teniente".

Los dos hombres se volvieron hacia la campesina esperando que

ella primero
~~ella~~ bebiere. Marta se llevó el vaso a la boca. Su mano temblaba y algo de líquido se derramó sobre las losas. A penas tocó el vino con los labios lo apartó vivamente dejándolo encima del poyo.

Los dos hombres bebían con placer. El teniente hizo chasquear la lengua.

"¡Delicioso!"

Los ojos del soldado brillaron.

"Un puro néctar, mi teniente."

Seguían bebiendo con seriedad y lentitud saboreando cada sorbo. Pietrot Lomja se había acercado a la ventana y con las uñas rascaba la capa de candelizo que empañaba el cristal. Pegaba su chata nariz a la superficie helada.

"¿Mi teniente?"

"¿Qué hay?"

"Por favor, venga a ver."

Greiz se acercó, miró a través del vidrio.

La tierra reposaba bajo un manto plateado y fosforescente. La casuca de Ada Ingrid, con su tejado cargado de copos, el declive y el camino unidos bajo el mismo lienzo de nieve, el chorro helado y mudo de la fuente envueltos en clarores espectrales evocaban un paisaje milenario privado de vida desde siglos atrás. Los frutales, en formación ascendente sobre el margen, no recordaban sus flores de primavera ni sus frutos de otoño, eran plantas de leyenda, filigranas de plata, estalactitas y prismas de cristal tallado, ristras y medallones de diamantes recortando sus encajes de pálidas irisaciones sobre el cielo imponderable, hondo, y luminoso.

"Un paisaje de cuento de hadas," comentó el teniente. Y volvió el rostro hacia Pietrot y hacia la campesina. Pero ésta se hallaba ya de pie camino de la puerta. Masculló un "Buenas noches", y salió

con precipitación .

Greiz miró a Pietrot y alzó levemente los hombros. El ordenanza le correspondió con un gesto de impotencia .

Marta llegó a su habitación tiritando. Parecía que le echaran una tras otra, capas mojadas sobre los hombros. Se acostó y se hizo un ovillo. Tenía la sensación de haber cometido un delito irreparable. Beber con el oficial de ocupación!; Cómo si aquello no hubiera sucedido, cómo si en algún lugar de la aldea, en la taberna de Anrhem o en casa de los Krefeld, estuvieran sus hermanos platicando o discutiendo y fueran a llegar de un momento a otro. Cómo si la aldea siguiera su vida normal, la que gozaba dos años antes, la que parecía que iba a durar siempre!

Entonces Hernam era un lugar apacible poblado de hombres jóvenes y sanos que trabajaban, jugaban a los bolos y cortejaban a las muchachas sin sospechar lo que les aguardaba.

Cada familia tenía su casa propia más o menos grande y próspera, sus tierras de labor y sus vacas, alguna yegua, aves de corral y cerdos.

En Hernam no había cura, ni médico, ni procurador ni cine ni sala de baile pero sí una escuela a la que acudía, cuando le parecía bien, toda la chiquillería local y la de dos o tres aldeas menos favorecidas por el ministerio de Instrucción Pública.

El maestro era una gran personalidad, quizás la más importante del lugar. Los labriegos reconocían su sabiduría aunque le querían poco a causa de su carácter reservado y huraño. Se llamaba Hasselt, no era del país, no tenía los mismos gustos ni las mismas costumbres que los lugareños. Pero había enseñado a leer a los mozos y mozas de la localidad y ejercía cierta influencia sobre los alumnos actuales y antiguos. Nadie ignoraba que él era el único del pueblo capaz de redactar una instancia o una comunicación. Cada vez que la administración del estado ponía al alcalde en un aprieto, ^{este} acudía a Hasselt para que lo resolviera: únicamente él comprendía el galimatías administrativo y oficial, únicamente él era capaz de hacerle frente por medio de una carta ^{de} o un documento.

El cura de Mulstein iba a Hernam cada ocho o ^{quince} ~~diez~~ días a decir misa. ^{Confesaba a} ~~Las aldeanas~~ ^{que} esperaban su venida para descargar sus pecados y comulgar, Extremunciaba a los enfermos, si los había en estado alarmante aunque no se hallaran en trance de muerte y casaba a los jóvenes que lo deseaban.

Al marcharse, el sacerdote decía a los fieles:

" Hasta el domingo próximo."

Pero a veces, no por su malquerencia sino por falta material de tiempo, no se le veía en tres semanas. Varias aldeas estaban bajo la feligresía de Mulstein. Estos villorrios o poblados se hallaban muy distantes los unos de los otros y el cura, a pesar de su buena voluntad y diligencia, no llegaba a decir misa más que en dos o tres de ellos cada domingo.

Marta lo recordaba como si fuera ayer. Llegaba a Hernam en una desvencijada bicicleta con un maletín colgado del manillar donde traía el caliz, las obleas, la vinajera, la casulla, la estola y el manipulo. La hora de su llegada, y por lo tanto, la de la misa, variaba entre ^{(y las once} las ocho ⁾ de la mañana. Nadie se apuraba en Hernam por semejante detalle. Los domingos, ^{hombres y mujeres} se levantaban temprano, como de costumbre y si las labores del campo o los quehaceres de la casa se lo permitían, ~~hombres y mujeres~~ se preparaban a oír misa. ~~esperar al sacerdote.~~ ^{Ellos} ~~Los~~ hombres se lavaban, se rasuraban, se mudaban la ropa e iban uno tras otro a formar corro ante la puerta del templo. En verano la concurrencia de fieles era más escasa. Sólo los viejos se reunían a la sombra de los chopos y allí esperaban pacientemente la llegada del sacerdote. En invierno no se movían de la orilla del fuego hasta que oían el toque de campana. Entonces algunas mujeres, no todas, abandonaban precipitadamente los fogones, se arropaban en el pañolón, se ponían la cofia medio atravesada y corrían a la iglesia. Siempre llegaban cuando el cura estaba ya oficiando. A la hora del sermón, si de sermón había tiempo, Cyril Baumann les decía con cierta amargura.

" Para vosotros, vale más una fanega de centeno o un guisado de patatas, que Dios."

*

Desventurado Cyril Baumann, ¿dónde andaría ahora arrastrado como tantos otros por la tormenta?

Personaje importante (del país, también desaparecido), era Thoss, el cartero, ~~un~~ hombre algo misterioso y fantástico del cual se había perdido el rastro desde el principio de la ocupación. Se ignoraba donde vivía y en que región había nacido. Andaba a pie de un pueblo a otro recogiendo y repartiendo la escasa correspondencia de los aldeanos. Llevaba unas polainas de piel de becerro, siempre las mismas. No se las quitaba ni en invierno ni en verano. Completaba su indumento, más o menos oficial, una vieja gorra con galón deslucido y una grasienta talega de cuero de color indefinible ~~de~~ colgada de la bandolera. Thoss, como el cura, no tenía horas ni días fijos para llegar. Venía y se iba cuando le parecía bien y los lugareños ~~siempre~~ lo recibían con gusto porque el fantástico hom-
brecillo siempre tenía una historia o un chisme a punto. Les traía no-
ticias, más o menos fidedignas, del mundo exterior, de las ciudades, de los gobiernos ~~y~~, además les hacía reír, contándoles sus aventuras. Lo que menos les importaba de Thoss ~~es~~ ^{era} que les trajera una carta porque una car-
ta para los lugareños era poquísimas veces motivo de regocijo más pronto de preocupación o de duelo. Nadie negaba a Thoss una rebanada de pan y una tajada de carne curada; de vez en cuando puig ~~asumada~~, suponían que no percibía sueldo del gobierno. Su cargo debía ser honorífico. El cartero vivía sin duda de los convites que le ofrecían aquí y allá en los villorrios y en las casas de campo.

A menudo llegaba al pueblo grintando:

" ¡Hoy no hay carta para nadie!"

Su nariz roja, sus ojillos inyectados vivos e inteligentes agradaban a los labriegos.

A veces traía un periódico que entregaba al maestro a cambio de un vaso de sidra. Thoss se marchaba y el periódico daba la vuelta a la aldea iba de casa en casa hasta que todos lo habían leído ~~de~~ a pesar de sus ocho y hasta diez fechas atrasadas.

Por uno de esos periodicos se enteraron de que en un lugar para ellos impreciso, de Europa, había estallado la guerra. Las noticias eran ~~alarmantes~~ ~~espantosas~~ ~~Europa iba a arder por los cuatro costados~~. Unas naciones

se revolucionaban contra el gobierno, otras se preparaban a invadir el país cercano; allá y acullá, gobernantes y generales eran aprisionados y fusilados. En una columna del diario se hablaba de justicia, de derecho, de orden, de intervención militar y política, en otra se trataba a los propios reyes de traidores y de perjuros. Todo éso con frases pomposas hinchadas de énfasis, de las cuales el más instruido de los campesinos de la región, no comprendía el sentido.

Los aldeanos no se alarmaron aún; no creían que aquella gran tragedia hubiere de alcanzarlos. Les parecía que seguiría desarrollándose en un mundo extranjero y lejano como había sucedido hasta entonces. Hernam estaba a centenares de kilómetros de esos lugares; grandes extensiones de bosques casi impenetrables, la separaban de las ciudades con sus prodigiosos adelantos y sus aglomeraciones humanas. Nunca ninguno de esos hombres que exaltaban en el periódico la cultura y la civilización occidentales, había soñado en llevar hasta Hernam y otras aldehuelas vecinas de la misma categoría, esa famosa electricidad que alumbra las casas y las calles sólo con darle vuelta a un botón. Nadie se había preocupado tampoco de procurar un médico a los campesinos. En Hernam, en Gosters, en Meaully y en otras aldeas más lejanas aún, los enfermos se curaban o se morían sin el auxilio de la ciencia. Se les aplicaban remedios caseros a base de cataplasmas, infusiones de hierbas y, a veces, exorcismos profanos. Tampoco había llegado allí ningún tribuno, intelectual o político, a exaltar el patriotismo de los jóvenes ni a hacer proselitismo cívico.

Los hombres no tenían otro ideal que la tierra y la familia; trabajaban de sol a sol en los campos: araban, sembraban, estercolaban, regaban y recolectaban. Durante los rigurosos meses del invierno, componían sus casas, ajustaban ventanas y puertas, arreglaban los muebles... Las mujeres y los niños les ayudaban en todo. En primavera y en verano eran ellas y los rapaces los que llevaban el ganado a pacer. En otoño, vacas y potros permanecían en el establo hasta que pasaba la estación nevosa. Para darles de beber tenían las labriegas que romper a hachazos la espesa capa

" Bien, dijo el sargento, y se marchó a otra aldea con la misma orden.

Los últimos reflejos del día se apagaban ya, cuando volvía a redoblar el tambor. El pueblo entero se reunió frente al Ayuntamiento. El pregonero leía en voz alta; deletreaba como los niños en la escuela. ^{No respetaba} ~~No hacía~~ ni comas ni puntos y separaba las palabras por sílabas ligándolas las unas ~~con~~ ^a las otras. Resultaba difícil enterarse de lo que decía. Sin embargo la alarma prendió en el vecindario; habían comprendido que se trataba de movilización. Nadie quería dar crédito a la noticia. El maestro había arrebatado el papel de las manos del pregonero. Leía ~~atento~~ con el ceño fruncido. No cabía la menor duda: llamaban a los jóvenes de veinti-dos y veintitres años. En Hernam no había más que dos de esa edad: Nicolas Krefeld y Miguel Ingrid. Al oír la noticia ambos palidecieron. Sus madres, que estaban allí también, prorrumpieron en sollozos. Ada, la madre de Miguel, dijo a éste con una vaga esperanza.

" A ti no te tomarán, ^{no} tienes el pecho bastante ancho."

Toda la aldea sabía que Miguel Ingrid era enclencle y enfermizo. Su madre se lamentaba siempre de ello delante del vecindario. Ahora parecía alegrarse de la miseria física de su hijo.

Nicolas había dicho al maestro:

" ¿Ha leído usted bien?

" Lee tu mismo"

Nicolas leyo deletreando. No podía dar crédito a sus ojos ni a su entendimiento: la movilización! Debía incorporarse inmediatamente, debía coger un arma, dispararla contra otros hombres que no conocía que no le habían dicho ni hecho nada, tenía que exponerse a que esos hombres lo hiriesen, lo matasen! Tal vez dentro de quince días, él, Nicolás Krefeld, uno de los muchachos más valientes y guapos de Hernam sería ya un inválido o un cadáver! Eso no podía ser ¡no sería!

Catalina Krefeld seguía sollozando junto a su hijo, Pascual Krefeld no trataba de consolarla, se mordía los labios, apretaba los puños hundidos en los bolsillos del pantalón.

~~Toda la aldea tenía los~~

Toda la aldea mantenía la vista fija en Nicolas, la primera victima en Hernam de esa orden inexorable y monstruosa. (A Miguel nadie le compadecía; no creían que lo dieran por válido)

Nicolas se puso a liar un cigarrillo con algo de ostentación. Todos pudieron ver que sus manos no temblaban al llevarselo a la boca y encenderlo. En seguida masculló algo referente a las vacas y se encaminó a casa sin preocuparse al parecer de su madre que seguía llorando presa de indescriptible dolor.

Sin darla a nadie las buenas noches, Catalina y Pascual lo siguieron. ~~Nadie se dio cuenta de nada~~. En la placeta reinaba el silencio; sólo se oían los sollozos cada vez más débiles de Ada Ingrid. Pero de pronto, como fruta que madura lentamente, una que otra palabra se desprendió del grupo de aldeanos y en seguida otra y otra. De pronto estalló una discusión entre el maestro y Martin Rohe. Hasselt era patriota, el otro, pacifista. Al primero la guerra le parecía inevitable y heroica, al segundo, estúpida e inhumana.

Ada Ingrid contemplaba a su hijo enjugándose las lagrimas con el delantal. Al verlo tan amarillo de rostro con las orejas tan transparentes y separadas y el pecho hundido sentía por primera vez en su vida, una especie de melancólica satisfacción. Ahora los mozos sanos y fuertes de Hernam no miraban ya a Miguel con ojos de despectiva conmiseración, sino con envidia. Miguel sería el único y quien dieran por inútil en la oficina de alistamiento. El interesado lo pensaba también y de súbito una oleada de superioridad le hacía levantar la cabeza y mirar a los otros mozos con una mueca burlona.

Fue al otro día a presentarse a Kirch con la esperanza de volver en dos o tres días. Tenía que caminar cerca de tres leguas de 25 al grado. Ada le puso en un zurrón un pan que había amasado y cocido exprofeso para el ~~muchaño~~, unas lonjas de tasajo y una tarterita con ganso en conserva.

Miguel dijo procurando reírse.

"Echa, madre, no voy a morir de hambre por el camino!"

" El camino es largo y hay cuestras."

" Deberías guardar ésto para mi vuelta, así lo celebraríamos juntos.

Añadió con fingida alegría:

" El médico descubrirá en seguida lo que hay aquí". Y se tocaba el pecho con la mano huesuda.

Ada lloró de nuevo al despedirse de su hijo. Miguel la reñía.

" Callate, mujer, cállate, Voy a volver pasado mañana ^a o lo ^{sumo} en tres días.

Pero cuando se quitó el gorro para recibir la bendición maternal, también por sus ^{escuálidas} mejillas se escurrieron dos lágrimas.

*

~~Nicolas~~ ^{Nicolas} Krefeld no hablaba de incorporarse. Llegó el día siguiente al de la orden de movilización y él se levantó como de costumbre, sin emitir el menor comentario se fué al bancal. Pascual estaba ya allí y ambos comenzaron a preparar los montones de estiercol sin hablarse ni mirarse. De vez en cuando el padre le echaba una ojeada al hijo. Nicolas fingía no verla. Luego el propio Nicolás observaba de soslayo a su padre. Entonces era Pascual quien ~~fingía~~ disimulaba. Si por casualidad se encontraban sus miradas ambos se apresuraban a mirar a otra parte.

Pascual parecía descubrir aquella mañana el físico de Nicolás. ~~xxxxxx~~ Nunca hasta entonces se había fijado en ciertos detalles de su persona. Admiraba de pronto los movimientos ágiles y armoniosos del muchacho, el color de su piel tostada por las intemperies, la ondulación natural de sus cabellos castaños donde la brisa del monte se introducía levantándolos por encima de la frente, aplastándolos por delante de los ojos. Al pensar que ese cuerpo joven, sano y hermoso estaba destinado al fuego y a las balas, Pascual sentía formarse en su pecho una explosión de rabia y de odio. Odio, sí. Por primera vez en su vida, experimentaba ese sentimiento inconfortable. Odio hacia éstos, no sabía quienes, que venían a arrebatarse su hijo a arrancarlo de la tierra secular. Tierra labrada con las uñas, regado con el sudor de varias generaciones de Krefelds. Era alcalde de Hernam, por desdicha; había recibido la orden de movilizar a los mozos de veintidos y veintitres años. Le parecía el más inhumano y estúpido de los deberes man-

dar a su único hijo que dejara la azada y el rastrillo condenando los sembrados a la ruina y obligarlo a empuñar un fusil, mandarlo a la muerte él, su propio padre!

De pronto Nicolás sintió hambre, consultó la altura del sol, comprendió que había llegado la hora de almorzar. Colocó las herramientas en el suelo ~~yxxia~~, se acercó a su padre.

" Me quedo a comer aquí."

Pascual lo miraba interrogativamente.

" He traído tasajo y patatas."

Sin esperar la aprobación del viejo, fue a sentarse en un margen. Sacó las provisiones y principió a comer con apetito.

Pascual ~~se iba~~ ^{regresaba} paso tras paso ~~hacia~~ la aldea, iba con la cabeza ~~baja~~ ^{baja} y los labios apretados, ~~era~~ como avergonzado de volver del bancal sin su hijo. A la puerta de su casa, esperándolo al parecer, estaba Hasselt.

" Miguel fue ya a presentarse" ~~era~~

A Pascual el corazón le dió un brinco, Sentía que una ola de ~~calor~~ ^{rubor} le subía por el rostro. Pero su voz se conservó serena y baja al preguntar.

" ¿Tiene usted hijos, Hasselt?"

" Que pregunta, gruñó el maestro, "soy soltero!"

" Ah", se limitó a decir Krefeld y, sin añadir más palabra le volvió la espalda y entró en el portalón; ~~ni~~ siquiera volvió la cabeza.

Hasselt se alejó murmurando.

" ¿No viene a comer el chico? preguntaba Catalina.

" Se llevó comida al bancal" explicó el viejo. Pero ambos sabían ya que a su Nicolás le iban a aplicar un epíteto del que difícilmente se libraría ~~en~~ en su vida: el desertor. Miguel se había presentado ^a y Miguel no le aceptarían, volvería al pueblo triunfante mientras el chico debería esconderse, huir.... ~~Se~~ Había que librarlo a la muerte o dejarlo ~~con~~ con el estigma: el desertor...el desertor....

La paz de los campos era perfecta. No se veía un alma en toda la extensión de los labrantíos. Nicolás se daba cuenta en aquel momento de lo que era la felicidad. ^{hallarse} ~~estar~~ lejos de Ada Ingrid, no ~~habiendo de~~ ^{hallarse} presentarse su orgullo de madre afortunada, lejos del patriota Hasselt, ~~que~~ ^{estas horas lo} ~~estaría~~ ^{también} ~~estaría~~ acusando de cobarde, lejos ~~así mismo~~ de la hermosa y altiva Marieta Rohe novia ahora de Gregorio Retz, sabiéndose se querido aún, por encima de todo y para siempre, de Marta Mons...

Después de devorar el tasajo y ~~las~~ patatas Nicolás se había tumbado en el suelo con las manos cruzadas bajo la nuca. Respiraba el olor de la tierra y el humo del estiercol. Veía una extensión inmensa de cielo azul pálido, casi blanco, escuchaba el armonioso silencio de los campos desiertos de las praderas y de los bosques cercanos, el bronco rumor del río a lo lejos y, aquí y allá, ~~vidiendo~~ ^{viendo} de la falsamente dormida aldea, el inquieto ladrido de un perro.

Unas cornejas pasaron graznando, Nicolás las contó: cinco, era de buen augurio.

Cerca de su cabeza zumbaba un abejorro adormecido y a Nicolas le ~~entraba~~ también ~~gana~~ de dormir.

Nunca como en aquel momento había ~~saboreado~~ ^{saboreado} con tanta emoción la paz y la armonía de los campos. Sentía impulsos de arrodillarse en la tierra, decirle a Dios su agradecimiento. Y de pronto recordaba que esa dicha pertenecía ya al pasado. Unos bárbaros, allá a lo lejos, lo habían decretado así. Los campesinos tenían que abandonar sus labrantíos y sus aldeas, empuñar un fusil, ponerse a jugar a guerreros, matar, morir.

Nicolas sentía ahora un inquina feroz hacia esos hombres de estado. Se los imaginaba panzudos y bigotudos, repletos de manjares y vinos generosos, hacían grandes discursos y firmaban ~~ordenes~~ ^{órdenes} para que los otros fueran a matarse. Pensaba también en los que había que ir a combatir. No sabía quienes eran ni la lengua que hablaban. Ignoraba sus ofensas y el motivo intrínseco que los elevaba a la categoría de enemigos. No llegaba a sentir

la diferencia entre esos que se veía obligado a matar y los supuestos aliados para ayudar a los cuales tenía que sacrificar su hacienda y su vida. Los primeros no le inspiraban ni inquina ni odio, los segundos, ni simpatía ni compasión. Por unos y por otros iba a tener que abandonar esa tierra suave y olorosa y la esperanza siempre renovada de reconquistar a Marieta o consolarse finalmente con el amor de Marta.

Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo escapar a Hasselt, ese forastero exaltado y a la autoridad del alcalde, su propio padre?

Nicolás devoraba el espacio ^{con} ~~en~~ la mirada. Irse, si pero ¿a dónde? En cuanto llegara a un poblado o a una ciudad le cazarían como a una liebre. Sólo le quedaban los ~~xxxxxx~~ bosques. Hacia el noroeste se elevaba la cordillera fronteriza poblada de abetos en su parte alta y de robles y de servales en las laderas. Se escondería allí. Pero esos bosques comenzaban ahora a teñirse de los colores del otoño, las noches se alargaban, el aire se enfriaba y el sol despedía muy poco calor.

Si fuera en primavera! En otoño, con la proximidad del invierno; cierzo, escarchas, ventiscas, el suelo cubierto por varios pies de nieve, las fuentes y los riachuelos helados, el monte se ponía imposible.

La vuelta de Pascual le sacó de su ensimismamiento. Púsose en pie de un salto, miró a su padre con el ceño fruncido.

" No me incorporaré."

Pascual callaba.

" Prefiero morir libre que andar con el rebaño."

Pascual callaba aún. ¿Qué se imaginaba Nicolás al decir morir libre? ¿Qué diferencia había entre ser cazado en la espesura como un lobo o morir en las trincheras ametrallado? En ambos casos el chico moriría libre. El morir es tal vez la única cosa que nos procura la libertad ansiada. Pero no era el morir lo que interesaba a Nicolás, sino el vivir, pobre rapaz! Podía llamarse vivir esconderse en las cavernas del monte y huir ^a bosque traviesa ante los guardias?

Miraba a su hijo con dolorosa perplejidad. Nicolás parecía esperar ~~que~~ la aprobación y la complicidad de su padre. Entonces Pascual le puso una

mano sobre el hombro.

" De acuerdo, muchacho."

Siguieron trabajando en el estiercol hasta muy entrada la noche. Casi a tientas llenaron aún dos sacos de patatas.

Cuando regresaron al pueblo caía una lluvia fina y persistente ; producía un ruidito suave y acariciador con sus miles de gotitas vertiéndose sobre las hojas. Olía a humedad y a humo de leña. Esa sutil fragancia evocaba ya las noches de invierno con sus largas veladas y el hogar encendido y chisporroteante.

Habían llegado a la puerta de su casa, Pascual le dijo a Nicolás.

" Dile a madre, que vuelvo en seguida."

Fue a encontrar al maestro.

" Hasselt, tien usted que ayudarme a redactar mi dimisión.

" ¿Cómo! gritó el patriota, En estos graves momentos...

Pascual le atajó:

" No soy alcalde para tiempos de guerra."

Entonces el maestro pronunció una ~~arenga~~ donde no faltaban los conceptos altisonantes. Pascual Krefeld no le escuchaba. Oía de vez en cuando una palabra que lucía como una llamarada en la oscuridad de su mente: patria, deber, conciencia, responsabilidad.... No interrumpía al patriota, esperaba con paciencia que el raudal de elocuencia se agotara. Aprovechó una pausa para decir.

" ¿Quiere usted ayudarme a redactar ese documento, Hasselt?"

El maestro comprendió con amargura: aunque estuviera hablando tres días seguidos el campesino no cambiaría de opinión. Con gesto de impotencia, y de fastidio, gruñó :

" Como usted quiera."

Y el documento se redactó. Dios solo sabe quien iba a llevarlo hasta las autoridades encargadas de leerlo pues Thoss ya no venía. Pero ese detalle no parecía preocupar a Krefeld. Firmó debidamente, ~~cerró~~ ^{cerro y selló el} sobre, ~~lo cerró sobre~~ , lo depositó en el buzón municipal.

Ya no se consideraba alcalde de Hernán, no tenía pues que formalizarse

contra la deserción y la huida de Nicolás.

*

El domingo siguiente no hubo tampoco misa en la aldea. Pero por la fuerza de la costumbre los hombres se reunieron frente a la iglesia. Lucía pálido el sol, el vientecillo llegaba fresco del monte, picaba en las mejillas recién rasuradas de los lugareños y hubiera picado también en las manos si no las llevaran bien hundidas en los bolsillos del pantalón.

Los Krefeld no estaban allí y el corro de aldeanos comentaba el caso del pobre Miguel Ingrid el cual no había vuelto aún de Kirch. Ada empezaba a inquietarse, las otras mujeres la consolaban.

" Hay miles y miles de reclutas, no le habrá tocado aún el turno de pasar la visita médica."

Hablando de Miguel, Martin, el pacifista, decía a los hombres:

" Ese ya novuelve. Para blanco de fusil o de ametralladora, el cuerpo de Ingrid sirve como cualquier otro. Se necesita carne de cañón. No van a desperdiciar la suya!

Luego se volvía al grupo de los jóvenes.

" Uno de estos días el sargento va a venir a por vosotros." Pero al divisar entre ellos a su hijo Andrés, la expresión de su rostro tornose ceñuda y amarga.

" Yo seguiré el ejemplo de Nicolás Krefeld, dijo Bastian Mons.

" Todos deberíamos imitarlo, opinó su hermano Pedre.

" Y con nosotros ~~todos~~ los demás hombres de la nación" dijo Johann Kart. Entonces no habría guerras"

" Si quieren matarse a todo trance, que vayan ellos."

" ¿Quien son ellos? saltó Hasselt.

" Los gobiernos, explicó Andrés.

" No decís más que necedades," gruñó el maestro.

Martin Rohe lo miro con desprecio.

" Nosotros decimos necedades, otros las hacen "

" Entonces, vociferó Hasselt, "¿todo el pueblo está contra el gobierno? Nadie quiere ir a la guerra?"

" ¿Quien de vosotros ^{tórtolos míos} quiere ir a la guerra ?" preguntó Martin en son

de mofa.

Nadie contestó.

" Es una vergüenza," exclamó el patriota.

" Alístese usted" propuso Martín.

Hubo un momento de silencio.

" Lo malo es que nos llevarán a la fuerza" observó Gregorio Retz el no vio de Marieta que había callado hasta entonces.

" Yo prefiero emboscarme" saltó Andrés con decisión.

" Eso, aceptó Bastian, que vengan a buscarnos allí."

Hasselt abandonó la placeta gritando:

" , Desertores, pandilla de desertores!"

*

Nicolás había perdido la paz interior. Cada sombra, cada rumor se le antojaban guardias que venían a prenderlo. Se levantaba con el día, se iba al bancale. No volvía hasta entrada la noche y se encerraba en casa. Permanecía sentado cerca del fuego porque las noches comenzaban ya a ser fresquitas y miraba con fijeza las llamas. A cada instante la mirada recelosa se le iba hacia la puerta cerrada. Esa puerta podía abrirse de pronto, dar ~~paso~~ a hombres vestidos de uniforme. Unicamente ^{en} la soledad de la campiña se sentía seguro, sobre todo cuando veía mucho espacio en derredor. Temía atravesar una arboleda donde podían fácilmente ~~esconderse~~ ocultarse un grupo de soldados. Al fijarse en el grueso tronco de un abedul, sentía calofríos. Se ocultaría alguien detrás?

Entretanto Miguel Ingrid no volvía y nadie sabía nada de él. Ada trabajaba en los campos, en la casa y en el corral; sus ojos no paraban de derramar lágrimas. Hablaba sola acusándose de la partida de su hijo.

" Maldita de mi, madre sin entrañas, yo lo he perdido."

Una mañana llegó inesperadamente Thoss. Traía la nariz más colorada que de costumbre y los bigotes más alborotados. Fue directamente a casa de los Ingrid, dijo a Ada que Miguel había sido aceptado e incorporado a un regimiento de infantería. Ya estaría a estas horas comino del frente.

Ada, en su inmensa congoja no se acordó de recompensar al cartero como

CAP.
VII

~~debe~~, no le dió pan ni tasajo ni siquiera un vaso de sidra. Sollozaba con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza reclinada en ellos. Thoss le golpeaba la espalda, le decía alguna palabra de consuelo que la pobre madre no oía. Y de pronto echó a correr dejando a la mujer sola con su dolor. Estaba ansioso de soltar otra noticia, destinada a los Krefeld.

Encontró a Catalina sola, le participó que los guardias iban a venir a por Nicolás, lo llevarían directamente al calabozo militar de Kirch, lo someterían a juicio sumarísimo y lo fusilarían en seguida. **por desertor.** Si tardaban aún es que estaban muy atareados encarcelando y fusilando a otros desertores.

Catalina no deplegaba los labios, escuchaba al cartero con los ojos muy abiertos y la boca crispada. ^{Le} ~~Se~~ sirvió un plato de carne con nabos y un vaso de sidra.

Mientras Thoss saciaba el hambre y la sed, llegaron Hasselt y Martin, interrogaron al cartero sobre la marcha de los acontecimientos mundiales. Este no sabía gran cosa, su opinión era que todo andaba de mal en peor. Llevaba dos o tres periodicos que el maestro y el pacifista pagaron con media hogaza y unas tajadas de carne en salazón.

Thoss tuvo de pronto mucha prisa; seguramente llevaba noticias sensacionales destinadas a algun vecino de otra aldea. ~~Se~~ marchó después de vaciar el contenido del buzón municipal donde se hallaba aún la dimisión de Pascual Krefeld.

Su paso por la aldea y la lectura de los periódicos, aumentaron aún la inquietud de los lugareños. La conflagración se extendía por diferentes países. Los papeles impresos decían que no se librariaⁿ de ella ni las naciones más pacíficas ni las más insignificantes. Esa riada bélica iba a invadir hasta las ~~aldehuellas~~ aldeas más remotas, arrastrarlo todo a la hoguera.

En Hernam como en Glosters y en ^Meauly, no se hablaba más que de la guerra. Las mujeres decían llorando:

" Van a incorporar a todos los hombres "

" Van a mandarlos al frente sin distinción de edades. "

" Nos quedaremos solas con los viejos y los niños."

" ¿Quién cuidará entonces de las labores del campo y del ganado mayor?"

" Se perderán las cosechas."

" Se morirán las vacas faltas de forraje."

" Es la ruina y la muerte para todos."

Pero en el fondo de sus almas esperaban aún que tardarían algo en llamarlos, o que la guerra se ~~acabaría~~ antes de lo que pensaban o que algun hombre se escaparía de ir al frente...

Los hombres, con ~~una desorientación~~ ^{un desconocimiento} absoluta de la situación internacional, comentaban las razones ~~más~~ o menos válidas que pudieran asistir al gobierno para entrar en la conflagración. Hasselt, como siempre, hablaba ~~más~~ que los otros. Fueran los que fueren los motivos que obligaban al país a participar en la contienda, el deber de los ciudadanos era obedecer. no revelarse.

" Porque", seguía más y más exaltado, "si la tierra secular es insultada e invadida por los extranjeros y no defendida por los nacionales, llegará pronto su destrucción total y con ella la ruina de todos."

Martin Rohe, el pacifista le atajaba:

" El deber de un gobierno es mantener a todo trance la paz de ~~la nación~~. Todos sabemos por tristes y no lejanas experiencias, que una guerra, aún ganándola, es siempre un desastre para un país.

" Habla usted, replicaba Hasselt, cada vez más arrebatado, como si el concepto de patria no existiera."

" ¿Patria? exclamaba Martin. ¿Qué quiere decir patria?"

" La tierra donde nacemos, el aire que respiramos, la bandera con los colores nacionales y su lema"

" ¿Ha dicho usted tierra? Muy bien, Para mí la única patria es la tierra que han labrado mis abuelos con el sudor de su rostro, la que ~~labro~~ yo y labrará mi hijo y los hijos de mi hijo. Mi casa, mis campos y ^{familia} ~~mis hijos~~ son mi patria. ¿Dónde está la otra a la cual tengo fatalemente que sacrificar todo lo que amo en el mundo, todo lo que yo considero más sagrado?"

dad." No vale la pena de hacerme abandonar el arado y el abono de mis campos para llegar a Kirch y hallar a mi hijo allí."

El guardia miraba fijamente al campesino, su serenidad le desconcertaba.

" Pero, es verdad que su hijo está en Kirch?"

Sin precipitarse Pascual contestó.

" ¿Para qué le voy a mentir?"

El cabo tomó una decisión.

" Está bien," dijo, "Le doy veinticuatro horas de tiempo, Si después de este plazo su hijo Nicolás no se ha presentado a las autoridades militares de Kirch, venimos a por usted, nos lo llevamos y lo fusilamos sin más forma de proceso."

Pascual Krefeld no bajó la cabeza al contrario, sonrió alzando los hombros con perfecta tranquilidad.

" No se vayan ustedes sin tomar algo."

Los hombres vacilaron un momento.

" ¿Qué haces ahí parada, mujer? gritaba Pascual a Catalina, " Saca los chorizos y el aguardiente."

*

Elevaba Nicolás más de dos horas vigilando. Mucho antes del atardecer su mirada se había clavado en las ruinas de la torre, mancha parduzca sin perfiles acusados, pérdida casi en la vasta llanura. El ruinoso edificio fué palideciendo hasta hasta mezclarse con las sombras de la noche, desapareció por entero confundido con ellas. Pero el joven Krefeld no le apartaba la mirada. Temblaba de frío y de impaciencia pensando que tendría que pasar allí una noche más, cuando creyó distinguir una mancha roja y luminosa. La mancha se agrandaba, brillaba con más fuerza. Pronto se convirtió en la única cosa viva y palpitante en aquel mundo de sombras. Por el color y el tamaño de las llamas, comprendió que se trataba de una señal. Púsose en seguida en camino.

Llegó a Hernam antes de ~~medianoche~~ las nueve de la noche.

La aldea parecía dormida, vuelta en silencio y sombras. Pero sobre el tejado de su casa, vio Nicolás flotar una nubecilla de humo. Comprendió que

Una voz muy debil decía dentro de Nicolas: "No, tu te quedas en casa con madre y en los campos, yo me presento en Kirch, ~~que~~ que suceda lo que Dios quiera" Pero esa voz no le salía del cuerpo. Y Pascual seguía mirándolo con ~~las~~ pupilas brillantes, ~~de deciden.~~

Catalina suspiró .

"¿ Que les digo a los guardias cuando vengan a por vosotros?"

" Diles que estamos trabajando en el bancal, que vayan vallí a por nosotros

" Y al no hallaros volverán y me prenderán."

"X Tu asegúrales que no sabes una palabra .Finge sorpresa y hasta indignación por nuestra conducta."

* Volvió el rostro hacia Nicolás.

"¿ Vamos?"

Entonces el muchacho comprendió que su padre lo tenía ya todo preparado para huir y ^a su admiración y ^a su agradecimiento hacia Pascual se mezclaba la confusión y la vergüenza de su ^{propia} cobardía.

Media hora después Catalina estaba sola en la gran casa. Marido e hijo se habían alejado ~~xixixixix~~ después de haberle dado instrucciones. Nadie podía prever cuando volverían.

Sentada a la orilla del rescoldo, Catalina no se atrevía ni a sollozar

*

Siguieron primero el camino que bordea la ladera del monte como si quisieran ganar la cordillera fronteriza. De pronto, Pascual, que iba delante, tomó un senderillo a la izquierda, principió a trepar por la espesura. La oscuridad era completa, precisaba conocer el terreno palmo a palmo para orientarse de noche en aquella ~~xixixixix~~ maraña selvática.

Pascual no vacilaba y Nicolás lo seguía pisándole casi los talones. Hasta que el viejo se paró ~~bruscamente~~ en seco con lo que no pudo evitar que Nicolás se le echara encima.

"¿ Que pasa, padre?"

" Se acabó la vereda. "

a través del bosque .
Continuaban trepando ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ Las piernas del viejo

~~campesino~~ vacilaban entonces ,tropezaban con ~~la~~ ^{con} plantas espinosas, ramas des-
prendidas de los árboles . Oíase ^{le} la respiracion precipitada y jadeante.
sentia pesar y vergüenza , ~~al verlo vacilar y oírlo jadear.~~
Nicolas ~~seguía xprresandose xprresandose xprresandose~~
Pascual ~~era viejo~~ ^{no serviría ya} para esos trotes. No debía haberle permitido que
dejara la casa ~~que~~ ^{se} se expusiera a los peligros de ~~esa~~ ^{semejante} aventura.

Hasta entonces siempre había pensado en Ingrid con cierto desprecio,
siempre se habia considerado superior a él. Y, de pronto le sucedia lo
contrario. A Ingrid no le perseguían los guardias, Ingrid gozaba de la
consideración de los demnas ciudadanos, Ingrid no sacrificaba a su madre.
Podía ir por el mundo con la cabeza alta .Ese pobre muchacho enclencle y
dócil, incapaz de revelarse contra ningun poder constituido, podía apoyar
la mejilla en una almohada y dormir con la conciencia en paz. Obediencia
y resignacion, virtudes que Nicolás despreciara hasta entonces, pues pare-
cian propias de cobardes, se le presentaban ahora como dotadas de cierto
heroismo.

Pascual seguía jadeando y suspirando. Nicolás iba a decirle: " Vuelve
a la aldea, padre, yo seguiré hasta Kirch por la ladera del monte" Pero
ninguna palabra salía de sus labios apretados.

Un momento después Pascual prorrumpia en maldiciones y juramentos.
Al hirlo jurar por todos los diablos, Nicolas se tranquilizaba . El viejo
era aún fuerte, sus reacciones eran las de un hombre joven.

Pascual se detuvo de pronto. Acababa de hallar la gruta que iba bus-
cando.

" Ya estamos en nuestra nueva casa."

Entró seguido de Nicolás.

" Supongo que deberemos compartir la vivienda con las aves nocturnas"

" Habrá ^{con} que contemporáizar ~~en~~ ellas "

En la concavidad de la roca sus voces resonaban como una deflagración

Pero ya no tenían más que decirse. ~~hallaron~~ Sentáronse a la puerta
de la cueva, porque, a pesar de todo, allí era algo más claro ^{en} que ~~al~~ inte-
rior, devoraron en silencio una parte de las provisiones preparadas por
Catalina. Y, en seguida, se envolvieron cada uno en su manta y se durmieron

Así empezó para los Krefeld, aquella existencia dolorosa de emboscados, mezcla de ~~hocio~~ y de miedo. Se pasaban el día en el escondrijo cuya entrada disimularon con ramas. Unas veces temblaban de frío, otras de miedo o de impaciencia. No se atrevían a cazar venado ni ~~a~~ encender una hoguera temiendo que el ruido de los disparos o el humo del fuego los denunciara a sus perseguidores. Siempre estaban con el oído alerta. El susurro del viento en las ramas o el paso de algún corzo o cervato por ~~la~~ maleza, se les antojaban pasos cautelosos de hombres en acecho.

No hablaban nunca entre ellos parte por precaución, parte porque padre e hijo se sentían de pronto extranjeros el uno al otro. Y, en efecto, ¿qué tenían de común aquellos dos hombres acorralados, inactivos, recelosos y tristes, con aquellos Krefeld de antes, campesinos activos y sanos, alegres y decididos. ?

Sólo se atrevían a salir de la caverna cuando la oscuridad reinaba en el monte. Se quedaban de pie cerca de la entrada, espiaban los rumores y las sombras nocturnas. Respiraban ~~avidamente~~ el ciercecillo de las cimas, lo savoreaban como un nectar. Pero se cansaban pronto de aquella ~~inactividad~~ inmovilidad y volvían a tumbarse al fonde de la madriguera.

No se separaban nunca de las escopetas. Nicolás estaba decidido a no dejarse cazar. Tiraría contra el primero que intentara ponerle la mano encima, fuera quien fuere.

" A mi vivo, no me cogen," decía a su padre.

Pascual detestaba la violencia pero estaba también decidido a matar. Lo que unas semanas antes le parecía aún monstruoso, se le antojaba ahora lógico y natural: defender la vida y la libertad de su hijo, defender sus propias vida y libertad.

Las dos escopetas estaban allí al alcance de la mano, única garantía de que no los tratasen como a reses destinadas al sacrificio.

Dos veces por semana, Catalina les llevaba un zurrón con provisiones. Lo dejaba en un lugar convenido de antemano y Nicolás iba a recogerlo. ~~pero~~ la madre y el hijo no se encontraban nunca: Catalina no tenía hora fija para salir. Su marcha dependía de hechos imprevisibles. La luna,

pobre y pálida forma melancólica y fría, retrasaba o adelantaba la salida de la labriega; su reflejo, a veces muy pálido ~~a~~ ^{bajo} través de las nubes, esparcía por los campos y los bosques una claridad espectral que llenaba a Catalina de terror. Cuanquier cosa ~~en~~ (aquella luz, parecía extraña y fantasmagórica y, por lo mismo, terrífica).

Para evitar en lo posible enojosos encuentros, salía por detrás de la casa, por el lado de los corrales, tomaba a campo traviesa hasta llegar al bosque. En la soledad de las espesas arboledas, profundas y altas como bóvedas de gigantescas catedrales, se sentía presa de una invencible desolación. Era terrible tener que atravesarlas durante la noche cuando las sombras convierten lo pequeño en inmenso, lo amable en espantoso, lo insignificante en trascendental. Las oscuridad deformaba los objetos y el silencio agrandaba los sonidos. El ruido de sus propios pasos en la hojarasca se le antojaba el roce cauteloso de un animal selvático, o, lo que es peor, ~~en~~ un guardia escondido. Parábase con los ojos dilatados y el oído en acecho; en las frondas reinaba una quietud amplia y profunda como la misma noche. Todo parecía dormir, animales y plantas. "Pero los lobos caminan sin hacer ruido" pensaba de pronto la labriega. Y en seguida el corazón precipitaba sus latidos, tenía que pararse para respirar. Un momento después, las palpitaciones se le calmaban, se tranquilizaba pensando que aún no había llegado el invierno, la nieve no cubría los bosques ni la llanura; los lobos no saldrían hasta que el hambre les obligara a ello.

~~Una~~ Apresurando el paso y sin detenerse a descansar, la labriega empleaba sus cuatro buenas horas en ir y venir. Tenía que volver a casa antes de ^{del} amanecer ~~xxxxxxxxxxxx~~ para evitar que la viera algún ~~vecino~~ vecino madrugador.

En el bosque la atormentaba el temor a las fieras, en la aldea el temor a los hombres. Los guardias iban a volver, era extraño que aún no hubiesen venido. Al no encontrar ni a Nicolás ni a Pascual, se la llevarían a ella. Catalina se horrorizaba al ~~xxxxxxxx~~ ^y imaginarlo. Si la encarcelaban, [¿]quien llevaría el alimento a los dos emboscados, [¿]quién cuidaría de los animales domésticos?

De vez en cuando y sin saber a que atribuirlo en medio de todas sus preocupaciones, sentia un inusitado y calido amor a la vida. Su mision en la tierra no habia terminado aún. Tenia que asistir a la boda de Nicolás con una bonita y acomodada muchacha de la aldea, seguramente Marta Mons ya que Marieta Rohe se decidió ya por Gregorio Retz. Tenia que asistir al nacimiento del primer hijo y cuidarlo y mimarlo mientras el padre y la madre estaban en los labrantios o en los corrales.

Pero estos dulces pensamientos duraban poco: una sombra, un rumor los desvanecia. Un haz de leña abandonado al borde del camino, un tronco muerto con una o dos ramas desnudas abiertas como brazos, se le antojaban un guardia pronto a echarse encima.

Una vez en casa era todavia peor porque de alli no podia escaparse. Cuando vinieran a prender a Pascual y a Nicolás mostraria ella bastante aplomo para hablarles segun las instrucciones de su marido? La creerian los gendarmes ^{cuando} (afirmara ignorar el paradero de los dos fugitivos?

*

Nicolas iba una noche a recoger los viveres. Estaba ya cerca del lugar donde su madre ^{acostumbraba a depositarlos} ~~los depositaba de costumbre~~ cuando oyó en la maleza el leve frote de un cuerpo extraño. Se paró, levantó el gatillo de la escopeta, permanecía inmovil, sólo sus ojos se movían. Iban rápidamente de derecha a izquierda, de arriba abajo. Descubrió un bulto quieto entre los matorrales. Su tamaño y forma eran los de un hombre agazapado. Nicolás apuntó con cuidado; no se trataba de herir sino de matar y de un solo tiro a ser posible. "¿Eres tu, Nicolás? susurró una voz femenina.

El desertor sintió que se le helaba la sangre. Sus manos empezaron a temblar. Parecía la voz de su madre. Sin embargo ^Tseguía apuntando.

"¿Quién és? dijo con el dedo aún en el gatillo, pronto a soltarlo.

El bulto se corrió ligeramente.

" Soy yo, Nicolás"

Ya no quedaba duda; era la voz de Catalina.

" He estado a punto de matarte," dijo con tono represivo.

" Es que el maestro os ha denunciado "

" ¿Como lo sabes? "

" Me lo ha dicho Martin. Esta mañana llegó Thoss. Hasselt le entregó un sobre sellado recomendándole que tuviese cuidado con él. Iba dirigido al capitán Fridmann jefe de la oficina de reclutas. "

" Eso no quiere decir nada. Hasselt puede querer alistarse. "

" No, insistió Catalina, Martin ha hablado con él, sabe que os denuncia. Indica al capitán el lugar aproximado donde os escondeis. Martin ha venido a avisarme, dice que ahí ya no estais seguros. "

Nicolas reflexionaba.

" Y, a donde vamos a ir ahora? "

" Yo que se... "

" Si tenemos que dejar el país más vale que me entregue ahora mismo. Nos detendrán antes de llegar a la frontera. "

Se mantuvieron un momento callados. De pronto Nicolas tomó violentamente a su madre por un brazo.

" Iré a Kirch, me presentaré en la oficina, diré que he estado enfermo. Quizas no me fusilen. Me mandarán a las líneas de fuego o a los sitios de más peligro. No llores, madre, quien sabe, a veces las balas respetan a los soldados, aun puedo escapar a la muerte. "

Dió un paso en la oscuridad, apretó los puños.

" Pero antes, he de ajustarle las cuentas a Hasselt. "

*

Al día siguiente, muy temprano, los Krefeld regresaron a la aldea. No parecían ya los mismos que cuando se fueron. Iban rotos y sucios, llevaban barbas hirsutas y largas cabelleras, miraban de soslayo con miedo y con provocación.

A penas se habían secado los pies y la ropa cerca del fuego que encendió Catalina, y engullido las sopas deliciosamente calientes que la mujer les preparó, cuando Pascual cogió de nuevo la escopeta.

" Vuelvo en seguida. "

Comprendió Nicolas que iba a hablar con Hasselt.

" Deja que te acompañe, padre."

Pascual empujó a su hijo haciéndolo sentar de nuevo en la silla.

" Me basto solo."

Cuando hubo salido, Catalina sacó un rosario de la faldriquera, empezó a rezar.

Nicolás trató de burlarse de su madre, reíase con risa bronca y destemplada, la labriega lo miraba severamente y seguía rezando.

Nicolás cesó de reír, quedose quieto y silencioso mirando de reojo a Catalina hasta que se le humedecieron los ojos.

" Hay que darle de comer a los cerdos," dijo ella de pronto y siguió pasando las cuentas una tras otra sin dejar de rezar avesmarías.

Nicolas se fue a la zahurda.

Pascual había llegado ya a casa del maestro. Lo halló sentado ante una taza de leche humeante. Mojaba pan en ella sin dejar de leer el periódico que tenia extendido ante los ojos sobre la mesa. Cuando Krefeld empujó la puerta, el maestro creyó que se trataba de alguno de sus alumnos.

" ¿Que quieres? gruñó sin levantar la vista del papel. El periodico publicaba noticias muy interesantes. Después de haber ocupado varios paises, el enemigo invadía ya el territorio nacional. Se libraban tremendas batallas y... por inexplicable que parezca, los invadidos las ganaban. Para un ferviente patriota como Hasselt estas desconcertantes nuevas resultaban consoladoras. El maestro era de esos hombres que sienten un respeto sagrado y otorgan una fe ciega a cualquier papel impreso. Cuando al fin levantó la vista y vió a Krefeld armado, palideció y quiso levantarse de un salto. Pascual le había puesto una mano en el hombro y esa mano pesaba como hierro.

" Quieto," dijo.

" He de ir ahora mismo a la escuela," masculló Hasselt echando una ojeada al reloj de péndolo.

La boca del cañon de la escopeta de Krefeld le rozaba el hombro.

" Si los guardias se llevan a Nicolás, tu no escapas con vida."

Le tuteaba por primera vez y ese tuteo mostraba su desprecio.

Con voz aguda de falsete el maestro chilló:

"¿A mi con esas? Soy yo el desertor, acaso?"

"Eres el denunciante, maldito. Te parece poco, cobarde?"

Hasselt había logrado dar un salto, se hallaba cerca de la puerta.

"No he venido a matarte, rugió Krefeld, solo a advertirte. Si detienen al chico date por muerto."

Hasselt estaba ya en la calle, vociferaba para que toda la aldea le oyera.

"¡Desertores, encubridores y ahora asesinos!"

"Vete en seguida de Hernam, vociferó también Pascual, Vete pronto si no quieres salir con los pies pa adelante."

*

Pero ni los guardias vinieron a detener a Nicolás ni Pascual hubo de ejecutar su amenaza: Las tropas enemigas invadieron toda la región, ocuparon Kirch y, entre otras poblaciones fronterizas, Mulstein, cabeza de partido, Meaully, Glosters y Hernam.

Hasselt desapareció una noche y nunca más volvió a hablarse de él.

En el Ayuntamiento ondeaba ahora la bandera del ocupante y un pasquin enganchado en la puerta principal pedía a los aldeanos respeto y obediencia hacia las autoridades de ocupación.

De momento nada se exigía a los ocupados, los militares se mostraban con ellos considerados y casi amables. El Estado Mayor de la región se había instalado en Kirch y los militares aparecían poco por las aldeas.

Los lugareños empezaron a creer que la ocupación era preferible a la guerra; ~~nadie~~ ^{no se} les hablaba ahora de movilización, los desertores se convertían en aliados.

Los hombres trabajaban en los campos, nadie se metía con ellos.

Poco tiempo después principiaron las requisiciones y unos días más tarde el capitán Drel, jefe del grupo de aldeas reunidas a la jurisdicción de Mulstein, mandó llamar a Martin Rohe, el único aldeano que comprendía y champurraba el idioma del ocupante.

El joven militar recordaba muy bien que el día de la ocupación, había platicado amistosamente con el viejo campesino y éste le había dicho: "Soy pacifista. No creo en las fronteras políticas ni en las diferencias de raza. No acepto la violencia y creo por encima de todo en la fraternidad universal." A Drel le había gustado el discursillo de Martin. En boca de un enemigo vencido estas palabras le parecían acertadísimas. Si las hubiera pronunciado uno de sus subordinados, se le antojaran insultos a la patria, traición a la idea de nacionalidad, comunismo o anarquía; le habría mandado fisilar sin más forma de proceso.

Enviaba a buscar a Martin Rohe para entregarle el nombramiento de alcalde de Hernam. El viejo campesino no había sido consultado; se le mandaba traducir y colocar un edicto en ser alcalde. Luego le ordenó ~~que tradujera y colocara~~ el Ayuntamiento donde se decretaba la movilización parcial de los jóvenes, (entre los movilizados estaba Andrés Rohe, el único hijo de Martin)

"Estos muchachos", dijo el capitán con tono condescendiente, "irán a trabajar a la frontera, ruso-polonesa". Añadió riendo:

"Es una buena ocasión de viajar e instruirse."

Martin Rohe escuchaba sin pestañear. Mantenía sus ojos vivos y penetrantes fijos en los benévolo del oficial. Su mirada no expresaba ningún sentimiento, parecía una vidriera cerrada donde sólo se reflejaba la luz exterior. El oficial no podía comprender lo que el viejo sentía y por otra parte poco le importaba comprender; lo que interesaba era ser obedecido.

Por primera vez en su vida y a pesar de su profundo pacifismo, el campesino pensaba en matar, toda su alma se hallaba como sumergida en este deseo. No había nunca odiado a nadie y de pronto, como un alud, el odio y la violencia lo avasallaban. Sentía un cosquilleo especial en las manos; le parecía que ellas solas, sin el concurso de su voluntad, podrían rodear el cuello del oficial, tan bien ajustado en la tela rígida y galoneada y apretar, apretar hasta que aquellos ojos infantiles azules como el cielo de un día de verano, salieran de las órbitas. Martin veía esas pupilas limpias y luminosas oía ese odiado lenguaje gutural y cada segundo que transcurría le traía el anhelo más fuerte de extinguir esa luz y ese sonido.

Oyó su propia voz, por lo menos la que salía de su cuerpo, diciendo al oficial de ocupación que todo iría a pedir de boca. Podía marcharse tranquilo.

Cuando Drel hubo abandonado el Ayuntamiento, Martín permaneció un buen rato inmóvil. Luego se dispuso a traducir y a enganchar la orden de los nuevos dirigentes del país. Pero al ir a leer y tratar de redactar aquellas simples pero terribles palabras que destruían para siempre la prosperidad y la paz de la aldea, el pecho se le llenó de sollozos.

Salió del Ayuntamiento con el papel en la mano, la cabeza gacha y así, de hogar en hogar, iba con la noticia, sembraba a su paso la desolación y el dolor.

Reunidos en casa de Pascual Krefeld los aldeanos discutieron la mayor parte de la noche. Unos creían que lo mejor era emboscarse, otros preferían tratar de escabullirse y ganar la zona libre. Ninguno estaba dispuesto a aceptar y obedecer las órdenes del ocupante.

" Si nos presentamos, decía Bastian Mons, podemos despedirnos para siempre de la familia y de la aldea."

" Nos mandaran a labrar sus tierras mientras las nuestras se cubren de hierbajos y se inutilizan."añadía Andrés Rohe.

" En esos climas rigurosos enfermaremos pronto y moriremos,"suspiraba Gregorio Retz, el novio de Marieta.

" Al primer acto de desobediencia nos fusilarán", casi sollozaba de rabia Johann Kart.

" Queda la resistencia pasiva,"insinuó Martin Rohe.

" ¿De qué nos va a servir la resistencia pasiva entre las bayonetas y los látigos?

La voz de Nicolas Krefeld dominó por fin todas las otras.

" Basta de comentarios inútiles, muchachos. Lo que importa es saber si obedecemos o si nos escapamos."

" Escapémonos pero todos juntos. Porque los que se queden pagarán por los demás."dijo Bastian Mons.

" ¿Qué hacemos? preguntó Bastian Mons.

" Qué decidimos? preguntó Andrés.

" Yo decido no presentarme,

" Yo igual.

" Yo lo mismo."

" El que esté dispuesto a presentarse al cuartel general, que levante la mano", propuso Pascual.

No se levantó una sola mano.

Así fue como los hombres de Hernam entraron en la resistencia.

Por unas hojas clandestinas que circulaban por las aldeas, sabían los labriegos que una gran parte de la nación se negaba a someterse al vencedor. Se estaba organizando un ejército de guerrilleros en diferentes lugares del país. Los aldeanos no tenían la menor idea de quienes eran los jefes del movimiento ni donde podrían hallarlos, en caso de haberlos.

A Pascual Krefeld, que casi automáticamente tomó el mando de los resistentes, se le ocurrió enviar a dos o tres emisarios para que indagaran las disposiciones pacíficas o bélicas de los otros aldeanos.

Unas horas después volvían con el informe: en Glosters, en Meaully pocos eran partidarios de la obediencia, la mayoría se habían echado ya al monte. En Mulstein, todo el pueblo, con el cura y el alcalde a la cabeza, se hallaban en franca rebeldía. Ni un solo hombre había respondido al llamamiento de las autoridades militares de la región.

Estas noticias acabaron de decidir a los de Hernam. No tenían más armas que sus escopetas de caza, algunas viejas pistolas y sus cuchillos, pero les animaba la indomable voluntad de no someterse. No se hacían ninguna ilusión respecto de sus probabilidades de éxito. Por otra parte no se trataba de librar batallas a la antigua usanza, salvar al país del oprobio y cubrirse de gloria. Sólo se trataba de resistir, hasta el límite de sus fuerzas.

Por los senderillos del bosque, tan escarpados y estrechos que a veces había que agazaparse para pasar, los rebeldes de Hernam se comunicaban con los de las aldeas vecinas cuyas madrigueras se hallaban también al pie de

las cumbres. Estos, a su vez, recibían instrucciones de los centros de resistencia más importantes. Se les recomendaba sobre todo, que no emprendieran ninguna acción parcial, que se mantuviesen quietos reservándose para el momento propicio.

Las mujeres, que el enemigo vigilaba, podían difícilmente comunicarse con ellos y proveerlos de víveres. En el monte había poca caza y los emboscados no se atrevían a descargar sus escopetas cuyos estampidos resonarían en repetidos ecos de un extremo a otro del bosque.

Espías y mensajeros lograban sin embargo burlar la vigilancia del ocupante, tenían al corriente a aquel puñado de hombres de lo que sucedía en la llanura. Por uno de ellos supieron lo sucedido en Hernam.

El capitán Drel se había desenmascarado, requisaba el ganado, el forraje, las patatas. Ya no trataba a Martín como a un colaborador pacífico sino como a un lacayo. Se alojaba en su casa, ocupaba la habitación vacante de Andrés. " Su hijo no volverá a ocuparla jamás, puedo tranquilamente instalarme en ella hasta el final de la ocupación", le había dicho. Y como si ésto fuese aún poco se había puesto a hacer descaradamente el amor a Marieta. Cuando los resistentes se enteraron de estos detalles, sintieron el odio crecer en sus almas. Olvidando las prudentes recomendaciones de los jefes del movimiento, decidieron emprender una acción parcial contra el capitán y su tropa.

Pascual Krefeld trató de oponerse. Decía que esa acción sería una falta de disciplina y además una grave imprudencia. Pero los jóvenes, sobre todo Gregorio, Andrés y Nicolás, no podían perdonarle a ese militar presumido el haberse instalado bajo el mismo techo que la hermosa Marieta. Objetaron a Krefeld, padre, que estaban hartos de pasar frío y hambre esperando a que uno de esos jefes fantasmas de la resistencia nacional digna ocuparse de ellos y asignarles un papel en la lucha.

" ¿Qué les importa a esos jefazos", seguían diciendo con amargura, que Hernam sea arruinada y sus mujeres deshonoradas?"

" Somos nosotros, los ofendidos, los escarnecidos, los que debemos obrar y

en seguida."

" Tengamos paciencia, muchachos" seguía aconsejando Pascual, "es pronto aún para lanzarse a un ataque. Además, ¿cómo va a luchar con éxito un grupo de guerrilleros por valientes que sean, contra un ejército organizado?"

" No queremos atacar al ejército, sólo queremos atacar a Drel y a sus hombres."

" Estamos anhelantes de acción."

" Si seguimos así acabaremos por matarnos los unos a los otros."

" Primero despachemos a Drel. Luego veremos lo que se hace. Suceda lo que suceda a ese desvergonzado presuntuoso, ya no habrá quien lo resucite, exclamaba con vehemencia Nicolás.

" Marieta quedará vengada," añadía Gregorio Retz.

A pesar ^{de ser} él el novio de Marieta, no mostraba ni la cólera ni la prisa de Andrés y de Nicolás.

Pascual Krefeld, en desacuerdo con el ataque, dijo que de momento dejaba sus funciones de cabecilla. El hermano y el ex novio de Marieta no vacilaron en asumirlas.

Mauricio Egger, hijo único de la viuda Egger, mocete de dieciseis años, se ofreció como voluntario para llegarse a la aldea. Iría y volvería a favor de la noche, se deslizaría hasta su casa, bastante apartada de Hernam, casi a medio camino de Meaully. Solicitaría la indispensable complicidad de Erika y de Marieta para el proyecto vengativo que estaban tramando. El muchacho estaba contento de servir a la causa y al propio tiempo abrazar a su madre.

Dos días después volvía sano y salvo. Había desempeñado su misión, habló con Erika y con Marieta. Las dos mujeres se mostraban dispuestas a colaborar estrechamente en la ejecución del proyecto. Les rogaban que no lo demorasen.

Mauricio debía volver a la aldea con las instrucciones definitivas. Su madre le había puesto unas faldas, un mantón y una cofia. Opinaba que disfrazado de mujer despertaría menos sospechas caso de ser visto de lejos

circulando por los caminos.

Mauricio Egger recibió con agrado las felicitaciones de sus compañeros. Luego se pusieron a madurar el plan procurando no olvidar ningún detalle. El espíritu de los resistentes se había levantado ante la perspectiva de una acción inmediata. Estaban animados y, de momento, el frío y la escasez de viveres pasó a un plan secundario. Todos hablaban a la vez, discutían, estructuraban, modificaban el plan de batallas. Sólo Pascual permanecía pensativo. El entusiasmo de los otros no llegaba a comunicársele. Sin embargo prometió formar como un soldado más, tomar parte en aquella acción temeraria.

Marieta como las otras aldeanas, trataba de sustituir a los hombres en las faenas del campo. Iba a los tablares y al bosque a cortar leña antes de los grandes fríos. Ultimamente permanecía alejada de la aldea casi todo el día. Quizas Gregorio, exponiéndose a ser cazado, se atrevía a bajar hasta dos o tres kilómetros, y, en la espesura del tupido robledal conversaba con ella un momento. Quizas bajaba Mauricio vestido de mujer y mientras fingía ayudar a la joven a cortar o a recoger leña como una auténtica mujeruca del pueblo, le susurraba ciertas instrucciones para la anhelada venganza.

Al atardecer, todas las labriegas regresaban a la aldea, Marieta también, y, a menudo, aceptaba un convite del capitán. Martín y Edwich que no estaban al corriente de lo que se preparaba, ^{yendo} ~~o~~ ir a su hija con el oficial, ~~de~~ ~~ocupación~~, lloraban de dolor y de vergüenza en la cocina.

Al lado de la hermosa Marieta Drel olvidaba por un momento su misión de jefe de ocupación. La muchacha lo atraía y su vanidad de joven oficial vestido con brillante uniforme, le daba alas para creer que la joven campesina comenzaba a interesarse por él. Marieta se mostraba menos esquiva que tiempo atrás, la conquista prosperaba a ojos vistos.

Servidos por un ordenanza tieso y serio como un autómatas, Drel y Marieta comían, bebían, se sonreían el uno al otro y cambiaban algunas palabras. No se decían nada de particular aunque más de una vez trató él de soncarla a propósito de los resistentes. Cuando esto sucedía, Marieta dejaba

de sonreír y la velada terminaba antes.

Otras ~~veces~~ era Drel ~~quien~~ recordaba que aquella muchacha tan atractiva era la hermana y quizás la novia de uno de los resistentes emboscados. Entonces se le fruncía el ceño y callaba. Ante ese cambio de actitud la muchacha se ponía de pie y ,sin decir palabra, abandonaba la estancia. Al ver esto el joven capitán se arrepentía de su torpeza, ^{se} prometía ser más cauto y más emprendedor.

Oscurecía pronto, las veladas eran frías y el comedorcito inhospitalario, por eso Drel y los Rohe veíanse obligados a pasar unas horas juntos en la cocina junto al hogar encendido. Por regla general nadie hablaba; a las escasas preguntas del capitán sólo respondía Martín con la mayor brevedad posible. En aquel silencio embarazoso los ojos del joven no se apartaban de Marieta, expresaban admiración y deseo.

Cuando Edwich y Martín se levantaban para ir ~~a~~ a acostar^{se}, la joven no se movía.

" Vamos, Marieta, "decía Martín disgustado.

Ella lanzaba una rápida ojeada a Drel, La sangre del joven se ponía a circular más aprisa.

La voz de Martín o de Edwich repetía desde el umbral.

" , Marieta, a dormir!

La muchacha se levantaba con lentitud como si le doliera irse.

" Buenas noche, capitán."

Un ~~momento~~ ^{lío} se quedaron un momento solos; Drel no pudo contenerse. Asió a Marieta por la cintura y la besó en la boca. Ella no protestó, ~~pero~~ sus ojos despedían un extraño fulgor. Desprendiose de los brazos de Drel, susurró :

" No vuelva a hacer eso aquí, padre...

" Pues, ^{¿dónde?} ~~dónde?~~"

Marieta había desaparecido pero aquel beso avivaba el deseo del capitán.

Así que pudo de nuevo quedar solo con ella, le propuso que le concediera una cita. La muchacha se mostró turbada pero al cabo de un rato de súplicas acabó por aceptar un paseo a orillas del río. Díjole que no debían ir juntos ~~porque eso causaría escándalo y la gente~~

tos porque eso cusaría escándalo y Martín se pondría furioso.

Varias hileras de gigantescos álamos blancos se extendían a lo largo de la corriente, formaban espesura, daban sombra a una extensión de más de dos kilómetros. Durante las tardes de estío, parejas de enamorados, solían ir a la alameda. Cuantas veces habían paseado Marieta y Gregorio por aquel lugar. Ahora la muchacha estaba allí sola, esperando al capitán. Hacía un esfuerzo para contener las lágrimas que pugnaban por saltársele de los ojos: "Perdon Gregorio, perdon amado mio."

Parecíale de pronto que su novio estaba a su lado, la miraba con sus ojos claros relucientes de amor. Parecíale también que le tendía sus labios insaciables. Casi sentía el contacto de aquella boca amada. Tal vez ~~aque~~ Las horas de voluptuosa dicha no volverían más, que ligera e inconsciente había sido negando a Gregorio la entrega total de su cuerpo cuando él se lo pedía. ~~con pasión~~. Podría jamás demostrarle que se arrepentía de ello? De pronto, oyo un paso marcial en la hojarasca, compuso precipitadamente la expresión del ^{su} rostro, fingió una agradable sonrisa. Sin pérdida de tiempo el capitán la tomó en sus brazos, principió a besarla con ansia. Ella apretaba el rostro, quería evitar aquellos labios pero él volvía una y otra vez a comenzar. Marieta se puso a bromear y le afeaba ~~ella~~ la falda de sentimentalismo pero Drel se reía con cinismo y trataba de acercarse de nuevo a su boca. Entonces la joven comprendió que había cometido una estupidez al no venir armada. Para matar al capitán no hacía falta movilizar a los muchachos. En aquel momento se sentía con fuerzas sobradas para ~~de-~~
var la acción a cabo, despacharlo ella sola.

Entretanto Drel seguía acariciándola y nadie hubiese librado a la joven de una nueva y mas irreparable afrenta si en aquel momento un ruido de pasos que Marieta esperaba ya, no se dejara oír en la ~~bo~~zoa.

La joven se separó del capitán.

"Huya usted, le susurró,

"Que mala suerte," suspiraba el capitán desembriagado.

No se hizo repetir el aviso, acababa de comprender lo peligroso que era para él estar solo en una arboleda con una mujer del país. Pero su pesar

era tan grande que mientras se alejaba camino de la aldea, volvió la cabeza dos o tres veces. Vió a Marieta errar indecisa buscando al parecer algo entre los helechos. Allí estaba Erika escondida, Drel no podía oír ^{lo que} ~~como~~ la joven le ~~había~~ *decía*:

" Que asco. Erika. si yo llego a tener un arma....

" No pierdes nada por esperar, lo cazarán mejor en el bosque.

" No seré yo quien pida clemencia para ese marrano!

Aquella misma velada al quedarse un momento solo con Marieta, el capitán le susurró:

" ¿Cuándo volveremos...

" Habrá que ir más lejos, tal vez del lado del bosque, aquí nos descubbirán ~~de nuevo~~. *Otra vez.*

" ~~Vamos a volver a quedarnos~~

más tarde
Dos días ~~después~~ Drel acudía a una cita que Marieta le había dado después de haberle explicado minuciosamente el camino. No podía el capitán equivocarse y, efectivamente no se equivocó. Pero a penas había llegado a la espesura cuando un grupo de resistentes capitaneados por Nicolás, se le echó encima. El hombre comprendió que estaba perdido. No trató siquiera de resistir. Sólo dijo:

" ¡Perra mujer!"

Nadie comprendía esas dos palabras pues las había expresado en su propia lengua. Por otra parte, poco les importaba lo que dijera el oficial. Sabían lo que necesitaban para condenarlo.

Desarmado y maniatado, el capitán esperaba que se decidiera su suerte. No dudó un solo instante que ésta sería terrible. Se lo decía el odio que brillaba en los ojos de los resistentes, sobre todo en los del que los capitaneaba.

En esto llegó Marieta y el prisionero tuvo aun el candor de creer que la muchacha iba a interceder por él: pediría algo de clemencia. Pero le bastó la sonrisa irónica y vindicativa que le dirigió la muchacha para perder la esperanza entera.

" Lo ahorcaremos para ahorrar balas", explicaba Gregorio a su novia.

Marieta aprobó con la cabeza. Parecía decepcionada, como si la horca fuese poco para la ofensa del capitán. Seguía con la mirada ~~hacia~~ los preparativos de la ejecución sin perder un solo detalle. No se olvidaba de mirar de vez en cuando al reo para observar su expresión. Deseaba verlo tembloroso, acobardado, suplicante. Pero no pudo satisfacer ese deseo, el capitán permanecía sereno y despreciativo con la cabeza alta y la mirada orgullosa.

Vió por fin a su joven pretendiente suspendido a la rama de un roble con la lengua colgando y aquellos ojos tan azules fuera de las órbitas. Esos ojos no cesaron de mirarla hasta que la luz de la vida se extinguió en ellos. Ella tenía los suyos clavados en los del oficial, como fascinada. Había olvidado a sus compañeros y el sitio donde estaba. Hasta que alguien le tiró de la manga.

" ¿Vamos?"

Marieta comprendió que no podía volver a la aldea, debía seguir a los resistentes. Dió algunos pasos con la cabeza vuelta hacia Drel. Por años que viviera no podría olvidar aquella cabellera rubia que veía despeinada por primera vez, con un rizo ~~rubio~~ balanceándose lentamente junto a la cuerda.

*

La desaparición del capitán y de la joven aldeana había causado gran revuelo en Hernam. Alguien ~~había~~ vió salir a la pareja uno en pos de otro por el camino de Meaully. La vergüenza y el dolor embargaban el ánimo de los desventurados padres mientras la inquietud se filtraba en la del sargento Rumpech que asumía las funciones de jefe en ausencia del capitán. Sospechó en seguida que su superior había caído en una emboscada. No le ~~habían~~ pasado por alto los galanteos del capitán ni las coqueterías de la labriega. Personalmente no creía en la buena fe de la ~~aldeana~~ ^{muchacha}. No podía comprender tampoco que el oficial se abandonara a un juego tan expuesto. Opinaba que las mujeres ~~son~~ demonios con faldas y sonrisas y miradas más peligrosas que las escopetas y las pistolas de los resistentes.

Drel y Marieta llevaban ya ausentes de la aldea unas seis horas cuando

el sargento se decidió a obrar. Reunió a los soldados y les comunicó la desaparición del capitán. Tal vez no le sucedía nada de particular pero lo más probable era que hubiese caído en poder de los resistentes. Pocas probabilidades quedaban pues de rescatarlo con vida, ~~pero~~ ^{sin embargo} había que intentarlo y, desde luego encontrarlo vivo o muerto.

Dispuso que le acompañaran a casa de los Rohe, y, ante la expectación y el espanto de todos los vecinos, la tropa armada y formada atravesó la aldea y penetró en el alojamiento del capitán.

Cuando Martín y Edwich vieron su casa invadida por los soldados, pusieron a temblar de miedo. Comprendieron enseguida que algo muy grave iba a suceder. Lo primero que Rumpech les espetó es que quedaban los dos detenidos. Les acusaba de complicidad en el secuestro del capitán, exigía que sin pérdida de tiempo le dijeran el lugar donde estaba detenido.

Ni las protestas de inocencia de Martín ni las lágrimas ni las quejas de Edwich lograron ablandar al sargento. No podía creer que los padres ignorasen las andanzas de la hija. Cansado de discutir y cada vez más enojado comunicó a Martín que de no aparecer el capitán podía considerarse muerto. No sabía que clase de suplicio le destinaría pero, desde luego, sería digno de su traición.

Edwich gemía:

" No sabemos nada, "

Rumpech vociferaba:

" Embustera. "

Y hasta hizo el gesto de abofetearla.

Martín callaba anonadado. Su cuerpo parecía de trapo, las piernas le temblaban hasta el punto de negarse a sostenerlo obligándolo a apoyarse en la mesa para no caer. ~~Tenía la misma sensación que~~ En el lugar donde antes estaba su cabeza, llena de ideas de paz, de concordia y de amor universal, había ahora un punto doloroso, ^{como} un tumor pronto a reventarse.

El sargento había mandado a buscar al anciano Anrhem que, con Martín, constituía todo el elemento masculino de la aldea. Los soldados lo trajeron casi en vilo ^{ya} caminaba como una tortuga.

Rumpech le dijo que tenía que ir al monte y ponerse en comunicación con los resistentes. El anciano era sordo y además no comprendía el champurreo del extranjero.

"Díce que vaya usted al monte, que hable con los nuestros" explicó Martín.

"¿Qué? gimió el viejo.

"He dicho al monte", rugió Rumpech. "Averigüe lo que han hecho los terroristas con el capitán."

"No tendré fuerzas", gimió el anciano, "me helaré allí."

Martín tradujo las palabras de Anrhem.

"No importa", gritó el sargento. "Que vaya y sino que reviente. No quiero exponer a ninguno de mis soldados a otra emboscada."

"Puedo ir yo... insinuó Martín.

"¡Ca! Si va usted ya no vuelvo a verlo.

Entonces Rohe suplicó a Anrhem.

"Vaya usted, cuénteles lo que sucede, que vengan a salvarme, por Dios!"

El anciano seguía gimiendo.

"No volveré, seguro, me moriré de cansancio y de frío."

"Basta", espetó el sargento, y, dirigiéndose a los soldados les mandó que entregaran a Anrhem una manta y un zurrón con provisiones.

"Acompañenlo hasta la salida de la aldea."

Los soldados empujaban ya al anciano hacia la puerta cuando el sargento advirtió a Martín:

"Dígale que les doy veinticuatro horas de tiempo a partir de las nueve de esta noche. Si dentro de este plazo no han vuelto con noticias concretas del capitán, dese usted por muerto, señor alcalde."

Anrhem caminaba ahora por despoblado, arrastraba los pies mientras exhalaba frecuentes y lastimeros suspiros. De vez en cuando volvía la cabeza para ver si alguien le seguía. Estuvo algún tiempo parado observando en derredor, escuchando el silencio profundo de los campos, creía distinguir algún paso furtivo. Satisfecho al parecer de este examen, torció por el camino de Meaully dirigióse y parose por fin delante de la puerta de Brika.

Dispuso que lo acompañaran a casa de los Rohe y, ante la expectac

Llamó quedamente con los nudillos.

" ¡Erika! eh, Erika!"

La viuda reconoció la voz y abrió.

Era una hermosa mujer de unos cuarenta años, alta entrada en carnes, con ojos inteligentes y trazos enérgicos.

Hizo entrar al anciano y escuchó la historia de la desaparición de Marieta y del capitán. La mirada le brillaba de contento.

" Así pues, lo han cazado!"

" De momento los cazados somos nosotros. Martin y Edwich están presos y yo obligado a ir en busca de los resistentes para comunicarles que si el capitán no comparece antes de veinticuatro horas, Martin será ejecutado.

Una sombra pasó por el semblante de Erika.

" Tenemos que salvar a Martin."

Calzose las botas claveteadas, echose una capa por los hombros.

" Vamos, Anrhem."

Erika conocía muy bien el lugar donde Marieta había citado al capitán. Después de un trecho de camino dieron con lo que buscaban: el cuerpo de Drel colgado de una rama, ya rígido.

" Hagámoslo desaparecer", decidió Erika.

Anrhem no tenía fuerza ni maña para descolgar el cadáver, Erika se encargó de la faena. Trepo al árbol, cortó la cuerda con un cuchillo que llevaba a la cintura. Todo esto a oscuras pues la luz del farol podía haberlos descubierto.

" Enterremoslo", dijo la viuda. "Es preferible que el s-argento no ^{descubra} ~~halla~~ la menor huella.

" Puedo encargarme yo de eso, tu ves a avisar a los muchachos.

Erika emprendió la cuesta, Anrhem se envolvió en la manta, se tendió a descansar, ~~durmió~~ ^{durmió} casi inmediatamente. Se despertó cuando clareaba, ~~xxlaxxxm-~~
~~braxxxxxx~~ inmensos girones de niebla flotaban aún por el bosque. El frío y la humedad de la noche habían penetrado en la carne y hasta en los huesos del anciano; a penas podía moverse. Poco a poco se desentumeció, vio estirada a su lado aquella forma inerte y rígida que había sido un

brillante oficial. El flamante uniforme había sufrido poco, galones y botones seguían relucientes e intactos. Anrehm recordaba la arrogante figura del extranjero, su voz autoritaria, su sonrisa fatua... Echóse a reír con una risa cascada de viejo. "Quien te lo iba a decir, joven capitán, hace un par de días, que este pobre viejo sería tu sepulturero?"

Precisaba ocultar el cadáver, cavar una fosa. Anrehm no tenía a mano ni pala ni pico, podía ir a buscarlos a la casa de campo más próxima, pero no estaba seguro de que fueran resistentes, podían denunciarlo... podían fusilarlo... No iría, no, aún le tenía apego a la vida. Quería ver el final de la lucha, confiaba en la expulsión del enemigo. Gozaba de antemano pensando en ése momento. Hanes, el chico de Johanna, se estaba haciendo todo un hombre, pronto podría ponerse al frente de la ^{ha}cienda, entonces el abuelo viviría tranquilo. Ahora no, aún no.

Arrastró el cadáver hasta el lugar más apartado de la arboleda. Sin ahorrar tiempo ni esfuerzo, cavó una fosa sirviéndose únicamente de las uñas. Metió el muerto en el fondo y en seguida la llenó de tierra y de guijarros. Luego amontonó y extendió por encima hojarasca y ramas secas, de tal manera que allí no quedaba rastro de sepultura.

Terminada la fúnebre tarea, Anrehm, que se sentía muy cansado, volvió a tenderse envuelto en la manta. Durmió de nuevo, pero un rato después se despertó sobresaltado; estaba soñando que Rzmpech y los soldados le descubrieran junto al cadáver. El sargento, lo mandaba colgar de la misma rama que sirvió para el oficial. "Por Dios, decía Erika, no lo ahorquen, fusílenlo."

Anrehm no tenía ya sueño. Levantose lento y pesado. En el bosque la quietud era perfecta. Comprendió que estaba libre pero no se sentía con ánimos de volver a la aldea. Prefería huir, buscar refugio cerca de alguien, en otro lugar. Sin salirse del robledal podía llegar cerca de Glosters donde vivía su primo Bretzer, resistente también. Bretzer estaba ahora emboscado pero en la casa quedaban la mujer y la hija. Les contaría lo acontecido, ellas no le negarían hospitalidad.

Mientras él iba buscando su salvación en una casa amiga, en Hernam Martín y Edwich esperaban con angustia el socorro de los resistentes.

Cada minuto que pasaba empeoraba la situación. No se sabía nada ni de Drel ni de Marieta y tampoco de Anrhem. El sargento estaba furioso contra todo el mundo y dispuesto a vengar en el matrimonio Rohe el crimen de los ausentes. Paseaba por la cocina y sus botas golpeaban el enlosado, producían un ruido incesante que se clavaba en las sienes de Martin.

Cada cinco o seis minutos, el sargento sacaba el reloj del bolsillo, y decía :

" Falta aún media hora."

Un momento después repetía la operación:

" Faltan aún veintitres minutos."

Volvió a pasear. Parábase y miraba a los dos campesinos sentados cerca del fuego.

" Ya no faltan más que veinte minutos."

Martin y Edwich no contestaban ni se movían, él con las manos crispadas sobre las rodillas, ella con los brazos caídos en el regazo. El rostro de Martin aparecía blanco y rígido. "Como si estuviese difunto ya", decía Edwich. No estaba segura de sentir bastante pena ni de experimentar el suficiente dolor por lo que iba a sucederle a su marido. Creía que el sargento sacrificaría sólo a Martin y sentía una especie de culpable alegría de poner seguir viviendo aún después de esa atrocidad.

La noche era silenciosa como una tumba incommensurable. Sólo se oía de vez en cuando el paso de los centinelas por la tierra endurecida. La mirada de Martin se fijó de pronto en la de Edwich como si adivinara su pensamiento. Y esa mirada parecía reprocharle algo. Entonces Edwich hubiera querido sentir más esa separación que presentía, hubiera deseado morir junto a Martin como una buena esposa y eso le era imposible. Compadecía a Martin pero no deseaba morir con él.

Martin pensaba vagamente que antes de morir debería pedir perdón a su mujer. No sabía de cierto de lo que deseaba ser perdonado. Quizas de su egoísmo de hombre libre, quizás de sus interminables discursos pacifistas tan inadecuados ahora. Pero él, tan elocuente de ordinario, no hallaba pa-

labras con que expresar lo que sentía. Su cabeza parecía un horrendo agujero en el cual se perdía su pasado de campesino: labranzas, siembras, riegos... Casamiento con Edwich, labranzas, siembras, riegos... Nacimiento de Nicolás, labranzas, siembras...

" Ya no faltan más que diez minutos", decía la voz de Rumpech.

Un momento después se oyó un tiro a lo lejos. Venía de lo alto de la aldea, hacia la entrada del camino de Meaully. El sargento reconoció en seguida el disparo de fusil de un centinela, inmediatamente otro y otro. Supuso que los soldados se las tenían con los secuestradores del capitán. Se echó a correr olvidando a sus prisioneros.

Edwich y Martin se miraron con ojos diferentes, con ojos nuevos donde brillaba ya la esperanza.

A lo lejos, se intensificaba el tiroteo. En la aldea, las puertas de las casas se abrían una tras otra, aparecían luces en la calle, se paseaban por las tinieblas.

De pronto, con una rapidez asombrosa, el tiroteo se desplazó, se acercaba al Ayuntamiento. A las secas y breves descargas de los fusiles modernos se mezclaban las detonaciones explosivas de las viejas escopetas de caza y el estallido casi teatral de las pistolas antiguas.

Las mujeres, corrían asustadas a encerrarse de nuevo en sus viviendas. Una voz femenina gritaba en la oscuridad.

" Cerrad las puertas y las ventanas."

Se oyeron pasos precipitados que venían del lugar del combate. Alguien era perseguido y trataba de escapar. Sonó ~~xxx~~ un tiro casi en la puerta de los Krefeld. Los pasos cesaron de pronto. Las luces desaparecieron, las puertas se cerraban con violencia.

Ahora se luchaba en mitad de la calle, entre casa y casa, delante de cada puerta. A los estallidos de las armas se mezclaban voces de mando y tan pronto esas voces eran en la lengua de los campesinos como en la de los ocupantes. Formas humanas, como sombras de un baile satánico, saltaban, se contorsionaban, arrastrabanse junto a los muros, se levantaban, se volvían a

caer.

Alguien llamaba con el puño a una puerta cerrada, los puñetazos iban debilitándose. Más allá una voz entrecortada gimió :

" Catalina...Catalina...

Uno de los extranjeros gritaba algo en gangosa jerga, otro pedía auxilio con jadeo desesperado.

Aún sonaba algún tiro aquí y allá pero ya cesaba la batalla.

Las mujeres volvían a salir de sus casas con linternas y candiles, proyectaban la luz sobre los cuerpos yacentes. La mayoría eran soldados. Los había con el rostro sucio y desfigurado por los golpes y las heridas, los había serenos y limpios como si durmieran en sus camas.

Uno de los heridos lloraba nombrando muy bajito a su madre. Repetía sin cesar esa palabra que se parece en tantas lenguas : Madre, mère, mother, mutter...Sofía Kart que pasaba por allí, tenía tres hijos entre los resistentes y al oír aquella palabra se paró en seco y escuchó. La luz de su linterna se proyectaba sobre el rostro del herido. Este miró con esperanza, dijo debilmente :

" Tengo sed"

Pero Sofia no lo comprendió. El soldado repetía:

" Sed...sed...

Sofía permanecía inmóvil. Entonces el herido volvió a gemir:

" Madre...madre...

Su llanto fue debilitándose hasta que cesó por completo.

Sofía se alejó. Iba de pronto muy ansiosa buscando a alguno de sus hijos entre los heridos y los muertos. De pronto tropezó con su nuera.

" Oye, Trudy, has visto a Johann?"

" ¡Si, madre! dijo la joven sin disimular su gozo, "vive!"

" ¿Y Mateo, y Alois?"

Trudy no contestó: era como si le bastara saber que su marido vivía.

Marta y Johanna llevaban arrastrando a un herido. Este gemía y se callaba, volvía a gemir y volvía a callar. Sus ~~gemidos eran cada vez más débiles,~~ ^{gemidos eran cada vez más débiles,}

más espaciados.

Pasó la viuda Egger envuelta en su capa; empuñaba el revolver que fue del capitán Drel. Se dedicaba a rematar a los enemigos heridos: "Ni heridos ni prisioneros," le había ordenado Bastian Mons, el nuevo jefe de la guerrilla.

Catalina Krefeld también buscaba con la linterna en la mano. Le parecía haber oído la voz de Pascual llamándola con insistencia. Mientras iba inspeccionando cuerpo por cuerpo, vió al sargento tendido en tierra. Lo reconoció por su corpulencia y por el uniforme. Tenía el rostro destrozado por un escopetazo descargado a boca de jarro. No se movía ya ni respiraba.

Alguien tiró de la manga de Catalina.

"¡Venga volando!"

"¿Le sucede algo a Nicolás?"

Corría en pos de una forma femenina que parecía Marta Mons.

La joven se paró ante un cuerpo yacente: ~~que~~ no era el de Nicolás sino el de Pascual. Permanecía inmóvil con los brazos en cruz y la cabeza vuelta hacia su casa como si aguardarava alguien.

Catalina se arrodilló a su lado, le tocó las manos y el rostro.

"Pascual...Pascual..."

El hombre no contestaba ni se movía.

"Pascual...Pascual..."

"Llévemolo a su casa," propuso Marta Mons.

Las dos mujeres podían a penas levantarlo del suelo. Acudieron Sofía y Trudy y, entre las cuatro lo transportaron hasta la entrada y allí lo tendieron en un sofá.

"Pascual, Pascual, ¿no me oyes?"

Marta tocó la frente y las manos de Krefeld. Las encontró tibias pero los ojos, que parecían mirar al techo con espantosa fijeza, estaban ya vidriados. La joven pasó por ellos una mano. Catalina gritó indignada:

"¿Es acaso un cadáver para que le cierres los ojos?"

Tomó la cabeza de su marido entre las manos, volvió a llamarlo.

"Pascual...Pascual...."

Krefeld tenía un agujerito en la frente, insignificante orificio sangriento rodeado de una masa oscura ya cuagulada. Catalina no podía creer que eso sólo lo hubiera matado.

" Venga conmigo, mujer," le decía Marta. "Krefeld ya no la necesita."

" ¿No le alegra pensar que Nicolás vive?" le decía Sofia a manera de consuelo.

" Y Johann y Pedro y Andrés... ~~trabaja~~ ^{repetía} con júbilo Trudy.

Catalina no se movía. Se resistía a creer que Pascual estuviese muerto. Y si se despertase de pronto? Si volviera a llamarla como un rato antes?

" Veos, vosotras, yo me quedo con él."

Cuando las otras aldeanas hubieron salido Catalina se arrodilló junto a Pascual, le tocó varias veces la mejilla, luego las manos: tenían ya la rigidez de la muerte.

" Es verdad que me has dejado, Pascual Krefeld?"

Y de pronto sintió que aquel objeto largo, estirado y mudo no tenía que ver con su marido: Era horrible y le daba miedo. Levantose de un salto, se dirigió con precipitación a la puerta. Allí se detuvo como arrepentida. Retrocedió hasta el sofá, dijo en voz baja:

" Adios, adios, Pascual Krefeld."

* 10

Rohe, Anrhem y Marieta, con la complicidad de otros resistentes, se ocultaban en Glosters. Los demás, incluso los heridos del sangriento combate, volvieron ^a montaña.

Las mujeres se encargaban de todo: eran labradoras, pastoras, leñadoras, sepultureras... Habían enterrado a Pascual Krefeld y a dos muertos más de la aldea, en el cementerio parroquial, sin responsos ni agua bendita. A los soldados extranjeros los sepultaron en el abandonado huerto de la antigua rectoría.

Se había presentado el invierno con sus nieves y sus ventiscas: el mejor aliado del ejército de ocupación. El comandante de la región ocupada, residente en Kirch, tuvo la habilidad de proponer oficiosamente a los rebeldes una especie de tregua. Les prometió dejarlos en paz ^{exigiendo sólo} a condición que

entregaran las armas y se mantuviesen tranquilos. No podrían ausentarse de Hernan, quedaban allí en calidad de rehén.

Uno tras otro, los resistentes iban regresando: algunos llegaban enfermos, otros con las heridas mal curadas y todos tristes, recelosos, descorazonados.

Una parte de los productos de la tierra y una parte de las resas y de la volatería sería para ellos, otra parte para el ejército de ocupación. Podían pues considerarse muy afortunados. Pero a la primera víctima que hubiere entre los oficiales o soldados de ocupación, todos los hombres de Hernan serían pasados por las armas.

Los resistentes depositaron las viejas pistolas y algunas escopetas en la Casa Consistorial. Dejaron algunos fusiles en lo hondo de una cueva para el momento de la revancha, en la que todos confiaban.

La nieve cubría los campos, los campesinos se movían a penas de sus casas. Sabían que en otras regiones de clima más benigno, la resistencia se organizaba progresivamente. Tenía ya sus regimientos y sus jefes. Nadie empero parecía acordarse de aquella comarca desventurada ni de sus habitantes, ellos, que habían sido los primeros resistentes del país y ahora prisioneros del frío y del ocupante.

A comienzos de la primavera, un coronel que viajaba con su escolta entre Meaully y Kirch, desapareció misteriosamente con los hombres que le acompañaban. La comandancia de Kirch mandó a algunas patrullas con la misión de recorrer las aldeas, los villorrios, los despoblados y encontrar a los desaparecidos vivos o muertos.

Después de largas y penosas búsquedas, una patrulla halló el cadáver del coronel y el de su ayudante acribillados a balazos. Estaban enterrados en la nieve, en lo hondo del robledal, a dos kilómetros escasos de Hernan. Precisaba encontrar y castigar a los asesinos. Pero el Estado Mayor sabía, por repetidas experiencias que abrir un proceso no serviría de nada. Aun que detuvieran a todos los campesinos y los interrogaran uno a uno, no descubrirían a los culpables: nunca se delataban entre ellos.

Para vengar al coronel se acudió a la legión cosaca. Se distinguía

ésta por su arrojo y crueldad. Cada vez que un asunto presentaba mal cariz se daba carta blanca a los cosacos. Era un procedimiento perfectamente hipócrita en cuanto a la justicia pero muy eficaz en cuanto a la afirmación de la autoridad por el terror. Los cosacos despreciaban la vida, lo mismo la suya que la de los otros. Por un quitame allá esas pajas expedían un hombre o varios al otro mundo.

Montados en sus caballos vivos y ligeros como centellas, los cosacos sitiaron Hernam, detuvieron a todos los hombres y los encerraron en el Ayuntamiento. Mujeres y niños quisieron acercarse a sus familiares pero los soldados los rechazaron a culatazos amenazándolos con matarlos allí mismo si no obedecían.

El jefe de la compañía no era cosaco, hablaba perfectamente la lengua del país. Interrogó a los aldeanos uno tras otro, prometiendo, rogando, amenazando. Pero los aldeanos no podían o no querían delatar a los asesinos del coronel; levantaban los hombros y callaban.

Después de una hora de inútiles y constantes interrogatorios, el oficial furioso, los mandó maniatar y llevar frente a la iglesia parroquial cuyas paredes eran altas, lisas y blancas. Los mandó colocar por grupos: a los diez primeros de rodillas con los ojos bendados y las manos atadas a la espalda. Entre ellos estaban Pedro Mons y Andrés Rohe. Y, ante el silencio de toda la aldea aterrorizada mandó formar el pelotón de cosacos y dió el grito de fuego.

Los diez hombres cayeron.

El jefe preguntó a los restantes si querían seguir callando o si alguno podía ahora decir algo sobre el asesinato del coronel. Pero nadie contestó ni se movió. Entonces mandó fusilar a los once siguientes entre los cuales se hallaban Gregorio Retz, Nicolás Krefeld y dos hermanos Kart.

Cuando hubo ya veintiún cadáveres en el suelo, el oficial preguntó a los resistentes que quedaban.

" Y vosotros, ¿teneis algo que decir ?

" Si," gritó con irrefrenable ira Bastian Mons, "que nos despachen cuanto antes!"

Una vez la tremenda labor terminada los cosacos volvieron a montar en sus caballos y ,con un ruido infernal de cascos y de espuelas, abandonaron la aldea.

Treinta y dos cuerpos de hombres, una hora antes jóvenes y sanos, todos los de Hernam menos el de Martin Rohe y el de Anrhem, que lograron esconderse a tiempo, quedaban estirados en el suelo de la placeta.

Después de la tragedia de Hernam la aldea siguió ocupada por un grupo de soldados y un teniente. Y, era de ese oficial de quien Marta acababa de aceptar un vaso de vino.

" Perdon Bastian, perdon Pedro, no os avergonceis de vuestra hermana. He bebido con el enemigo, con vuestro verdugo, soy una mujer indigna! "

*

■

■ ■

Los rigores del invierno habían establecido una ^{nueva} tregua ~~forzosa~~ entre los guerrilleros de la resistencia y las tropas de ocupación. El espíritu de odio y de revancha seguían, empero, latentes. Ya volvería la primavera y con ella las explosiones de violencia, las represiones con su cortejo de sangre y lágrimas. Pero ahora, con quince y hasta con veinte grados bajo cero, las bélicas correrías por el monte a la caza de enemigos por emboscada, parecían cuentos de otras edades.

En Hernam, Meaully, Glosters y Mulstein y alrededor de Kirch la nieve alcanzó aquel año de diez a doce pies de espesor. Los soldados de Greiz se sintieron dichosos ante el espectáculo de la nieve y las nuevas ocupaciones que ésta les procuraba. El cielo se oscurecía, el aire se calmaba, empezaban a caer copos grandes, medianos o chicos: se esparcían, se amontonaban; transformaban los bosques, los campos, las praderas y la aldea entera en un nuevo país. Las colinas y lomas del suroeste, como un mar solidificado, se extendían hasta los confines del horizonte. Las montañas lejanas se levantaban en masa unida y deslumbrante recortando sus picos sobre el cielo, plomizo o gris pálido. El cierzo helaba los labios y las narices de los soldados y llenaba sus ojos de ardientes lágrimas mientras, por orden del teniente, abrían zanjas, escobaban y amontonaban ~~■~~ nieve alrededor de las viviendas y dejaban los caminos transitables.

De Kirch llegó una máquina montada sobre ruedas. Presentaba por la parte inferior, pesada y llana, la forma de un triángulo. Este

vehículo, propulsado por un motor, llevaba un asiento para un mecánico y un ayudante. La punta del triángulo penetraba en la masa congelada, abría en ella un ancho surco, amontonaba a ambos lados de la carretera grandes cantidades de nieve y la calzada quedaba apta a la circulación.

Cuando el armatoste llegaba a Hernam los soldados le rodeaban con curiosidad. Interrogaban a los conductores invitándoles a decir lo que sabían sobre la marcha de la política interior y exterior, evolución de las hostilidades en los lejanos frentes, esperanzas más o menos fundadas que podían concebir unos y otros de volver pronto al país... Hablaban también de la próxima distribución de calzado y tabaco, de las posibles y alarmantes restricciones de víveres, de la persecución de estraperlistas del ejército, (El segundo teniente Reuter había sido fusilado por negociar en embutidos racionados con los campesinos), y también de asuntos amorosos. En Kirch, capital militar y administrativa de la zona ocupada, oficiales y soldados se interesaban demasiado por las mujeres del país provocando ora tragedias como la que costó la vida al capitán Drel, ora sainetes que servían para dar pábulo a chismes y habladurías de la tropa.

En Mulstein, Glosters, Meaully y Hernam los soldados requisaron los trineos de los campesinos y enganchándolos a los percherones del país o a perros ganaderos, se lanzaban de una aldea a otra con el menor pretexto. La nieve les embriagaba como una bebida alcohólica. Se revolcaban por ella, combatían a lucha libre, armaban batallas de bolas. Con tablones y cuerdas improvisaban deslizadores: lanzábanse de lo alto de las colinas hasta los campos, prescindiendo de las maldiciones de todas clases que les echaban los campesinos. Ya no llevaban el uniforme verde-gris sino chaquetas, capuchas y guantes de piel. No parecían militares sino osos amaestrados.

Alexis Greiz también sentía la exaltación de la nieve pero no se atrevía a divertirse con sus soldados ni se veía con valor de corretear solo. Afortunadamente Marta Mons conservaba los esquíes de Bastián y de Pedro, y el teniente le pidió permiso para usarlos. Se llevaba a Pietrot Lomja que era aún más hábil que él. Subían a lo alto del monte y desde allí se deslizaban hasta la llanura. Atravesaban interminables arboledas donde los troncos de los abetos, altos como columnas de nave gótica, sostenían la bóveda de ramas y agujas heladas. A ciertas horas el sol lograba penetrar a través de ese techo nevado, ora derramándose en chorros de irisado polvillo, ora en extravagantes figuraciones de vidrieras policromas: rosáceas, cruces, círculos y tulipanes rosa, morado, amarillo, verde... De pronto una glauca claridad de aquarium sucedía al esplendor de las mil policromías y entonces el blanco tapiz se cubría de extrañas fosforescencias de una maravillosa hermosura. Estalactitas y estalacmitas finas y transparentes caían o se levantaban de una rama a otra y de éstas al suelo. Imitaban suntuosas arañas, esculturales candelabros, guirlandas, crisuelas y pendiles de perlas y diamantes.

Los dos hombres callaban sobrecogidos por la hermosura casi sobrenatural y el silencio impresionante que reinaba en aquellas selvas heladas donde todo, a excepción de ellos mismos, parecía muerto y abandonado.

Al emerger del bosque se presentaba bruscamente la visión de los amplios espacios descubiertos. Valles y llanos se confundían en lo hondo del paisaje, mar o lago inmovilizado y deslumbrante con sus aldeas y caseríos ocultos en la nieve, visibles sólo por el cendal de humo que esparcían sus chimeneas.

Mirando hacia arriba aparecía el mundo caótico de las grandes soledades desoladas: declives vertiginosos, roquedales negruzcos,

ventisqueros de corindón blanco, glaciares con transparencias azulinas... La blanca sierra dibujaba sus festones en el cielo y ese cielo era allí como un vacío inconmensurable, un insondable abismo negro puesto al revés. Fijar la vista en sus incalculables honduras daba vértigo y palpitaciones.

A medida que el espacio se extendía y se ahondaba entre el país poblado y él, Greiz experimentaba una sensación de alivio: su pecho se ensanchaba, su espíritu volaba. Un inmenso deseo de fundirse y perderse en esa pura atmósfera se apoderaba de todo su ser y le pesaba tener que volver a hundirse en el mundo donde los hombres engañaban y odiaban, se querellaban, se perseguían...

Al deslizarse vertiginosamente por las nevadas pendientes, sus esquís parecían tener alas. A penas rozaban el suelo proyectando su cuerpo ingrátido hacia la inmensidad blanca con un suave crujido de seda estrujada.

Y allí estaba también Pietrot manifestando su goce de una manera diferente, física, franca y ruidosa. Deslizábase interpellando a seres o cosas imaginarias. Saludaba a los árboles con gritos salvajes que resonaban por la quebradas y los bosques como los de un jinete ebrio de velocidad y de espacio.

Al llegar a la aldea, oficial y soldado se sentían dichosos, unidos por la complicidad de ese gran deleite y hubiéranse abrazado si no fuera por el pudor que los retenía.

El teniente ^eexpulsaba la nieve de sus botas, tiraba en cualquier parte los peludos guantes y gorro, gritaba alegremente:

"Pietrot, atiza el fuego!"

El soldado obedecía con movimientos torpes de oso. Pero Greiz no sólo no se enfadaba sino que se enternecía ante la torpeza del muchacho. Sin embargo le chillaba con voz de trueno:

"¡Pietrot, no duermas hombre, tengo un hambre canina!

Mientras esperaba la cena Alexis Greiz paseaba por la cocina, desde el hogar a la ventana, preguntándose interiormente si tenía derecho a sentirse tan intensamente feliz. No: no lo tenía puesto que alrededor soldados y campesinos eran desventurados. Ahí estaba el cabo Gerah, casado y con dos criaturas. Greiz sabía que era una absurdidad pedir permiso para él. Sin embargo se proponía hacerlo así que se presentara la ocasión de ir a Kirch y hablar oportunamente al comandante. ¿Y Koula? ¿Qué lamentable que su mujer le hubiese abandonado por otro! ¿Y el taciturno y siempre sarcástico Mirtva? Greiz le compadecía. ¿Qué culpa tenía el muchacho de poseer un carácter tan tétrico y desigual? ¿Y el Peque? (llamado así por ser el más joven de la tropa). Daba lástima verle por los caminos, tan flaco y encorvado bajo el peso del casco y el fusil.

"Mi teniente, la cena está a punto", decía de pronto Pietrot.

"Santa palabra!

¿Qué ganas tenía de sacudir al asistente por los hombros, cosquillearle los costados, oírle reír a carcajadas! ¿Por qué endiablado privilegio ese excelente muchacho, mejor esquiador que él, más generoso que él, más humilde, le servía de criado? Por fortuna iban a repartirse equitativamente la cena, es decir, según el hambre de cada uno: la parte mayor para Pietrot y la pequeña para el teniente.

Pero la llegada de Marta destruía en un instante el estado de exaltación y de dicha producido por la visión augusta del paisaje nevado. La campesina daba a penas las buenas noches, calentábase el consabido tazón de leche y mojaba pan en silencio. Sus ojos no se apartaban de las brasas como si quisiera, en lo posible, evitar a los militares.

Entonces Alexis Greiz se olvidaba de Gerah, de Koula, de Mirtva

y del Peque%. Hallaba lógico y natural que el rústico Pistrot le sirviera y le obedeciera; dábase cuenta de lo absurdo que resultaba querer divertirse con el soldado como dos cachorros, cuando él era el jefe y el otro un individuo de tropa.

Encendía un cigarrillo y fumaba calladamente. Mientras en su interior se obscurecía el luminoso paisaje nevado, soñaba en el final de la guerra y en el retorno a su país.

■

Unos días más tarde Alexis Greiz volvía a pasear a grandes zancadas por la cocina mientras el asistente reanimaba el fuego y preparaba la cena. Acababan de regresar de una de esas excursiones al monte cuyo retorno en esquíes representaba para los dos hombres un goce tan profundo.

→ "Oye, Pistrot," dijo de pronto el oficial.

"¿Mi teniente?"

El soldado había dejado de remover las gachas. Quedóse con la cuchara de palo en la mano y la vista levantada hacia el jefe.

"Contéstame con sinceridad a lo que voy a preguntarte".

"Sí, mi teniente."

"¿Crees tú que en Hernam hay campesinos infelices y hambrientos?"

Lomja volvía a revolver las gachas y tardó en contestar.

"A mí me parece que no..."

Pero mentía. Estaba pensando en Sofía Kart y en su auténtica y no disimulable pobreza, pero el miedo a que el teniente le mandara llevarle algo y tener que acercársele, le daba escalofríos.

"¿Y los Ingrid?" insinuó el teniente.

"Ellos sí", contestó con vehemencia Pistrot; "ellos sí, mi teniente. La ~~peque~~ vieja ha tenido que vender la última vaca que les

quedaba y el chico se muere de tisis".

Sin esperar un momento más Alexis Greiz salió de la cocina. Volvió pronto con un voluminoso envoltorio donde había puesto una lata de carne en conserva, un paquete de galletas y una botella de oporto.

Mientras se calzaba las botas le preguntó al soldado:

"¿Qué hora es, Pietrot?"

"Van a dar las siete, mi teniente". Volvióse y vio que el jefe estaba abrochándose la pelliza.

"Pero ¿va a ir ahora?"

Mostraba un rostro tan compungido que el teniente se echó a reír.

"Díjome usted que tenía mucha hambre, las gachas estás a punto. Se enfriarán, se cuajarán, se quedarán más duras que el cemento."

"Haz dos partes iguales... es decir, desiguales como de costumbre; cómete la tuya y deja la otra cerca del fuego."

"Mi teniente, le esperaré."

"¡Quia! Te mando que comas solo; es una orden irrevocable."

Greiz salió cerrando la puerta.

Marta llegaba en aquel momento, el teniente se apartó para dejarla pasar.

Viendo que las trébedes estaban libres, la campesina colocó en ellas el cazo con la leche.

Miraba con fijeza la superficie blanca y cremosa esperando que se hinchara y subiera. Ya empezaba a despedir olorosos vapores, síntoma de próxima ebullición.

Lomja comía con apetito, la campesina oía el ruido de su masticación, veía sus enormes pies junto al fuego, aspiraba sin querer el hedor de pipa que el soldado despedía a todas horas. "Es como un perro fiel esperando al amo," se decía, "lame la cuchara y el plato, resuella y huele mal." "r".

Entretanto Alexis Greiz se dirigía a casa de los Ingrid.

El frío y el silencio señoreaban en la aldea. Sin el más leve susurro un helado remusgo circulaba por la llanura. Callaba el congelado río, callaba el gélido chorro de la fuente, callaban los árboles grávidos de polvillo blanco. Todo parecía muerto y abandonado. En lo alto del cielo, inconmensurablemente hondo y lejano, los astros lucían y titilaban con brillantes destellos. Parecía distinguírseles ventilados y libres bogando en el espacio a distancias vertiginosas.

Greiz llevaba el paquete bajo el brazo. Iba de prisa con ansias de llegar pronto. Se imaginaba la sorpresa y la alegría que forzosamente habían de llevarse el enfermo y su madre al recibir tamaño obsequio. Pero no estaba seguro de ser bien recibido. No sabía con qué palabras iba a abordarles. Serían sencillas y humildes para no ofender la pobreza y el dolor de los favorecidos.

Se halló de pronto ante la casuca muda, con la puerta y ventanas cerradas que no filtraban ni un hilillo de luz. La humilde vivienda del tísico se le antojaba de pronto a Greiz una fortaleza inexpugnable.

Por fin dejó caer la pesada anilla y un eco sordo y lóbrego se esparció por el interior. Se apagó el eco, nadie vino a la puerta y el silencio ~~volvía a~~ ^{de nuevo} reinar dentro y fuera de la casa.

Greiz volvió a golpear la puerta. Algo se movió por fin en el interior. Oyéronse unos pasos blandos, arrastradizos. Una voz de mujer preguntó:

"¿Quién es?"

Esta sencilla pregunta desconcertó al teniente. Después de vacilar un momento contestó:

"Un amigo".

Pero no debieron creerle pues la voz no volvió a oírse y los pasos se alejaron de la puerta.

Greiz bajó lentamente el declive, el envoltorio le parecía ahora

más pesado. Caminó por la tierra alfombrada de nieve fresca donde sus pasos producían un suave ruido de seda estrujada.

Aún soplaban el remusgo, callaba el río, los árboles, la fuente. La aldea dormía con falso reposo pronta a despertar, a agredir, a destruir al enemigo. "Y yo soy el enemigo" pensaba Greiz.

Pietrot le recibió extrañado pero feliz. Aún no había terminado de comer su porción de gachas y ya estaba el jefe de vuelta. Se apresuró a servirle la cena.

"Pietrot, mañana llevarás esto a los Ingrid".

"Bien, mi teniente".

Y ya no hablaron más aquella noche.

¶

¶ ¶

Una mañana Erika se presentó en casa Mons.

"He visto a esos hombres alejarse en trineo, he pensado: irán lejos, buena ocasión para hablarle a Marta".

Esta la miró con ojos interrogadores.

La viuda bajó la voz:

"Se prepara una gran ofensiva para la primavera; los de Mulstein quieren saber si en Hernam estamos dispuestos a ayudarles."

"¿Qué podemos hacer las mujeres?"

"Como los hombres".

"¿Empuñar un arma?"

"¿Por qué no?"

"¿Y dónde están esas armas?"

"Ellos nos las proporcionarán".

"Bueno, = de aquí a la primavera..."

"Hay que organizar muchas cosas. Es todo el país que va a levantarse."

Marta no mostraba el menor entusiasmo.

"Ya no espero ni creo en nada", murmuró.

"¿Ni en la liberación?"

"¿En la liberación?... Sí... creo y espero en ese momento. Pero cuando seamos libres ¿quién labrará la tierra de Hernam, quién compondrá los hórreos y los heniles, quién se casará con nosotras?"

"¿Qué pensamientos más absurdos!" exclamó Erika. "Lo primero es expulsarlos del país, después ya veremos."

"Yo no sé manejar un fusil", dijo Marta.

"¡Bah! Los de Mulstein preguntan si aquí se colabora con el ocupante o si se lucha con la resistencia."

"¿Y tú que has dicho?"

"Que la aldea ha sido siempre resistente. Que vengan a comprobarlo a nuestro cementerio."

"Bueno, ¿y yo qué tengo que hacer?"

"De momento registrar los papeles del teniente".

Marta reflexionó un momento, luego dijo:

"Es una faena repugnante".

"En la guerra no hay nada repugnante. ¿Es o no repugnante fusilar a treinta y dos hombres inocentes para vengar a uno solo?"

"Más que repugnante es infame".

Los ojos de Marta relucían ahora de indignación.

"Examina los papeles del teniente. Ve si hay algo que pueda orientarnos".

Cuando Erika se fué, Marta se sintió muy turbada. La humillaba el haber aceptado. Pero ¡no iba a rehusar! Hasta entonces había podido mantener la cabeza alta, mirar cara a cara al enemigo: ahora ya no podría.

Subió por fin al cuarto del teniente. Respiró con angustia el olor de cuero y de tabaco rubio que flotaba en la habitación. Dio unos pasos lentos y vacilantes: las piernas le temblaban, sentía un deseo casi irrefrenable de huir.

Acercóse a la mesa y abrió con repugnancia una carpeta bastante voluminosa. Vió un paquete de cartas en cuyos sobres podía leerse:

Teniente Greiz, Alexis Pear

Sector, W

Zona, H

En campaña.

No llevaba sellos de correos sino una estampilla con un emblema.

Marta sacó el pliego de un sobre, trató de leerlo. Como había supuesto, no comprendía ni una palabra. Era una nueva humillación. Todas las cartas parecían de la misma persona: una mujer sin duda. No podía descifrar la firma que consistía en una sola inicial seguida de un rasgo oblicuo.

En la carpeta se hallaba también un mapa de la región en escala de 1 por 10.000. Marta leyó los nombres de los pueblos alrededor de Hernam; vio aquí y allá unas líneas azules y unos puntitos rojos trazados con lápiz.

De pronto tuvo miedo. El teniente podía llegar, cogerla con las manos en la masa. Púsclo todo en orden, bajó precipitadamente a la cocina.

■

Poco más o menos una semana después, Erika volvió a casa Mons. El oficial y el soldado se habían ido a Kirch en trineo.

"¿Hay algo?", preguntó la viuda.

"¿Qué sé yo?" exclamó Marta de mal humor. "No entiendo una palabra de esa maldita lengua."

Entre compadecida y burlona Erika preguntó:

"¿No la habías aprendido en la escuela de Mulstein?"

"Lo intenté pero no me entraba."

"Bueno, ¡vamos a ver!"

Subieron a la habitación del teniente. La viuda se puso a abrir sobres y a leer cartas. Marta vigilaba la calle procurando no acercarse a la ventana.

"Nada", dijo Erika tirando con despecho los papeles sobre la mesa. No apartaba la vista del mapa.

"A no ser que esto... ¿Qué querrán decir estas marcas rojas y

azules? Si pudiese llevármelo y enseñárselo a los de Mulstein..."

"No seas majadera. El teniente se daría cuenta en seguida".

"Si pudiera copiarlo..."

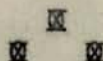
"Todo esto va a traernos nuevos disgustos", dijo Marta nerviosa.
~~mente.~~

"Nada ~~de~~ ^{debe} asustarnos ya", saltó Erika.

"Siempre hay un peor".

"¿Peor que ^{nuestra soledad,} ~~lo que nos rodea~~, peor que nuestra esclavitud
y ~~nuestra~~ vergüenza? La misma muerte sería preferible a ~~todo~~ ^{esto}!"

~~"¿Sabes qué es el su desamparo?"
"Depende de cómo se muera"~~



Marta fué por fin a ver a Miguel.

El enfermo estaba acostado en la cocina donde Ada había trasladado la cama para resguardarle del frío.

La pieza tenía una estrecha ventana que daba al mediodía y a veces, muy raramente, entraba por ella un poco de sol. A través del ahumado cristal y de las telarañas, esparcía su luz amarillenta por las agrietadas losas. Cuando esto sucedía, Miguel clavaba la vista en esa mancha rectangular y soñaba en los países cálidos del sur, países que no conocía más que de referencias, en los cuales, según decían, el cielo es siempre azul y el sol ^{ardiente} ardiente.

El humo del hogar flotaba como azulinos velos juxtapuestos entre los seres y las cosas dándoles un aspecto borroso de vieja pintura holandesa. Y ese humo constante no sólo obscurecía las paredes, las vigas del techo, los viejos muebles y el marco de la ventana, sino que impregnaba el aposento de su peculiar olor y hacía toser al enfermo.

Al ver a Marta, Miguel levantó la cabeza, exclamó:

"¡Por fin!"

"¿Cómo te encuentras?", preguntó la joven.

Miguel tosió, escupió, contestó entre jadeos:

"Mal..."

Marta mintió para animarle.

"Tienes mejor color".

"Es la fiebre", resolvió él.

Sus ojos parecían aún mayores que en verano. Se le comían la huesuda frente, las mejillas exhaustas.

"Siempre quería venir", explicó Marta, "pero no me queda un momento libre, sola para toda la casa".

"Pero en invierno no puedes trabajar en los campos ni apacentar las vacas", ^{insinuó} ~~hizo~~ Miguel.

"¿Sabes?", dijo Ada de pronto, "han requisado otra vez en casa de Rohe y también a la viuda Egger."

"¿Requisado? ¿Qué?"

"Pues uno de los cerdos de Martín y unas gallinas de Erika."

"Y a usted, Ada, ¿no le han requisado algo?"

"A mí nunca. El teniente es muy bueno con nosotros. No sólo no me despoja sino que me hizo traer por su ordenanza carne de lata, galletas, vino de Oporto..."

"Yo no aceptaría", dijo Marta.

Ada gimió:

"¡Triste de mí! Pobres como somos ¿por qué no he de aceptar? Marta se movió nerviosamente.

"Apuesto a que ya quieres marcharte" dijo Miguel.

Pero Marta ni siquiera le oyó.

"Ese quita a los unos y da a los otros" dijo.

"Unos tienen, otros no," replicó Ada enjugándose los ojos con la punta del delantal.

"Y ¿para qué quiere tanta carne de cerdo y tanta ave?", preguntó Marta de pronto.

"Tiene que mantener a doce hombres jóvenes".

"¡Lástima que no revienten de hartos!"

Marta estaba ya de pie.

"Pero ¿te vas?", suspiró Miguel.

La voz de la joven se dulcificó al decir:

"Sí, Miguel, pero volveré pronto. Ahora vendré a menudo."

"¡Quía! Ahora ya no te veo hasta la primavera."

¡La primavera! pensó Marta, ¿dónde estarás tú, pobrecito, para la primavera?

Dijo en voz alta:

"¡Qué disparate! ¡Ya verás como vuelvo!"

"Dicen que para la primavera"... insinuó Ada.

"¿El levantamiento? Bah!"

"Erika pretende que para el verano próximo seremos libres."

"Erika es una visionaria."

Marta se despidió y salió.

Al llegar a la calle vió que estaba nevando. Abundantes copos imponderables y diáfanos se derramaban silenciosamente. En la desolación del paisaje sólo ellos parecían vivir. Revoloteaban y se posaban en la tierra mezclándose al magnífico manto que la vestía o se detenían en las pestañas y en los labios de Marta, evaporándose.

Paraba de nevar un momento y se ponía a brillar el sol. Una luz espectral bañaba la región entera. Las cimas montañosas aparecían a lo lejos refulgiendo en el horizonte. El bosque, con sus árboles gravidos de nieve, como un ejército de gigantes encapotados, parecía avanzar sin ruido hacia la llanura.

Al oeste, entre los altos esqueletos de los álamos, brillaba el río como bruñido acero. Las manchas oscuras y voladizas de los cuervos se destacaban aquí y allá, ora en el cielo gris, ora en la tierra blanca. De pronto levantábanse en bandas, graznando. Pero volvían siempre al mismo sitio, se arremolinaban croando sobre algo que Marta no distinguía aún. Al ver a la mujer huyeron dando graznidos.

Marta distinguió por fin un cuervo caído en la nieve. Hundiéndose en ella las piernas, la campesina se acercó con curiosidad. El ave asustada agitó las alas una de las cuales estaba rígida. Volvió a caer pesadamente y la muchacha descubrió una mancha de sangre. Los ojos del animal herido expresaban sufrimiento y terror.

En otros tiempos Marta le habría recogido e intentado curarlo, pero la guerra había endurecido su corazón. Alejóse del pájaro moribundo pensando que ya no volvería a volar. Aquella noche una espesa capa de nieve lo cubriría. Dormiría su último sueño en el mullido lecho helado. Y al llegar la primavera la nieve se derretiría y el cuerpo incorrupto del ave aparecería entre los crocos y las primaveras. Como si viviera aún sus plumas serían de terciopelo y sus ojos parecerían dos amatistas.



Cuando Marta llegó a su casa encontró al teniente paseando por la cocina. Al ver entrar a la labriega, Alexis Greiz se paró bruscamente.

"Por favor, dígame lo que busca usted en mi carpeta."

Marta aterrada, sólo acertó a decir:

"Yo..."

"¿Qué esperaba encontrar allí?"

Marta pensaba: Si pudiera decirle que Erika me ha obligado a ello, si pudiera confesarle la repugnancia y el sufrimiento que sentía...

"Lo que usted ha hecho es una chiquillada", prosiguió el teniente poniéndose de nuevo a pasear. "No procuraré ningún dato a los resistentes y la coloco a usted en una situación difícil".

La campesina seguía callando. Greiz se paró ante ella:

"¿No comprende que no voy a dejar a la disposición del primero que llegue un secreto de estado o de estrategia militar?"

Esperó un momento por ver si la labriega replicaba, pero ella continuó silenciosa.

"Yo no soy nadie", puntualizó Greiz. "No dirijo nada, no decido nada. Obedezco."

Como yo, y pensó Marta.

"Los que tienen documentos importantes para un espía no están en Hernam ni siquiera en Kirch. Debería usted ir más lejos y exponerse a peligros mayores para obtener provecho para los resistentes."

Marta no desplegaba los labios ni se movía.

"¿Puede usted leer en nuestra lengua?" preguntó de pronto el oficial.

Marta meneó la cabeza.

"Entonces, ¿no se ha enterado siquiera del contenido de esas cartas?"

"No", dijo Marta, con provocante satisfacción.

Greiz se alejó paseando hasta la ventana, luego volvió hacia la campesina.

"Sabe que podría enviarla a la cárcel o ante un pelotón de ejecución?"

Marta palideció. Sus pupilas se dilataron pero no abrió la boca ni se movió.

"Tiene usted suerte de haber tropezado conmigo."

Greiz parecía de pronto de buen humor, hasta sonrió levemente. Sacó la pitillera, escogió un cigarrillo, lo encendió. Tiró la cenilla al fuego: una llamita viva se levantó y se apagó en el acto.

Marta seguía todos los movimientos del teniente con la mirada. Sabía que Greiz llevaba razón, tenía derecho a mandarla arrestar y hasta a ejecutar por espía. No se sentía heroica sino ridícula y profundamente humillada. ^{le daba} ~~Sentía~~ tanta vergüenza y ~~tanto~~ asco ~~de~~ todo esto que sus ojos se llenaron de lágrimas.

"No lllore usted, por Dios", dijo el teniente equivocándose sobre la causa de este súbito cambio de actitud. "Pero no vuelva a empezar", añadió, "me gusta el orden, no puedo remediarlo y sobre todo, no se imagine usted que yo sé algo sobre los planes del Estado

Mayor. ¡Qué disparate! Sin duda los conozco menos que los propios resistentes.

Señaló el mapa con la mano.

"En cuanto a eso no tiene nada que ver con la guerra. Se trata únicamente de mis correrías de esquiador. Las líneas azules son caminos penosamente trazados para subir a lo alto del monte sin exponerse a caer en una hoya y los puntos rojos son grupos de árboles o de rocas que hay que evitar al deslizarse."

Marta recordó la importancia que Erika atribuía a ese mapa: no pudo menos que compadecerla y compadecerse.

"¿Me promete usted no volver a empezar?", ~~preguntó~~

Ella le miró intensamente ~~pero~~ no contestó.

~~"Se comprometo"~~ Nada más" dijo Greiz.

Marta salió sin desplegar los labios.

felices agiles

■

■ ■

Llegaban las Navidades. Greiz había prometido a sus soldados la celebración de la fiesta tradicional del árbol. Y los muchachos no hablaban de otra cosa.

De momento habían olvidado la amargura de una campaña larga e incierta y también el entusiasmo por los deportes de nieve y el deseo casi morboso de hablar de amoríos y de escándalos de cuartel.

Pasaban las horas soñando en el abeto que escogerían, cómo lo cortarían, trasladarían y colocarían, cómo adornarían las ramas y las canciones que cantarían, los versos que recitarían delante del árbol.

"Recortaremos en cartón estrellas de cinco y de seis puntas", decía uno.

"Las cubriremos de papel de estaño", decía otro.

"En mi casa lo hacíamos con papel tornasolado; parecían astros de verdad", dijo el Peque.

"Sí, pero aquí carecemos de elementos", observó Koula.

"La viuda Egger me dijo que nos daría una hoja de papel de plata que tiene en el fondo de una caja de puros. Habrá por lo menos para seis astros."

"Tenemos que construir una estrella mayor que las otras y colocarla en lugar preferente. Representaré la estrella que guió a los Reyes Magos."

"Eso son supersticiones", comentó Mirtva.

"¿Qué sabes tú?", saltó uno que era católico.

"No os metáis en teologías", gritó el cabo.

"Tal vez el teniente nos deje ir a Kirch", insinuó Pietrot.

"Allí es fácil hallar cartón, papel de estaño y guirnaldas..."

"Y en el bosque hallaremos el acebo y el muérdago".

Dijo otro:

"Si tuviéramos purpurina, doraríamos las hojas de acebo; con las manchitas rojas del fruto hace un efecto sorprendente".

"¿Y qué vamos a regalarle a nuestro jefe?", preguntó Gerah.

"Como no le demos alguno de nuestros objetos usados..."

"Yo tengo una jabonera de celuloide en muy buen estado", dijo el Peque; "lavándola y envolviéndola con papel de seda..."

"Con un lacito azul", saltó Mirtva burlón.

"¿Pues qué vamos a hacer? Aquí (uno no puede) comprar nada".

Dijo Koula:

"Yo voy a labrar una remolacha con la punta del cuchillo. Esculpiré el nacimiento con todos sus detalles. Una obra de arte ¡ya veré!"

"Sí... sí..." (Como siempre Mirtva se mostraba pesimista). "La remolacha se secará o se pudrirá, y, ¡adiós, obra de arte!"

"Si tuviéramos una punta de platino podríamos pirogravar un cenicero o un pisapapeles", insinuó uno de los soldados, "porque aquí hay trozos de madera preciosos".

"¡Buena idea!", saltó otro. "Yo vaciaré una pipa en una pieza de castaño".

"Podríamos esculpir una infinidad de objetos sólo con nuestros cuchillos", dijo Gerah.

"Yo labraré un oso bailando", dijo Pietrot.

"¡Cuidado!", saltó el Peque, "van a creer que es tu retrato."



Cada vez que se reunían hablaban de lo mismo. En los meses que llevaban juntos en Hernam habían agotado todos los temas de conversa-

ción. Pero ya no era necesario buscar otros nuevos. Pensamientos y diálogos giraban entorno al tema único: el árbol de Navidad.

Pietrot decía a Greiz:

"¿Cuándo vamos a cortar el abeto, mi teniente?"

"¡Qué prisas, hijo!"

"Es que hay que dejarlo gotear unos días antes de entrarlo y también hacerle un sólido pie de madera para que se aguante."

Greiz callaba.

"Los muchachos ya se impacientan, mi teniente".

"¡Qué chicharra!"

Los ojos de Pietrot se llenaron de lágrimas. Greiz lo vio y se echó a reír:

"No llores, palomito", dijo burlón. "Mañana daré mis instrucciones al cabo."

Pietrot pidió permiso para salir y se fué corriendo a la taberna de Anrhem donde la tropa preparaba el rancho y pasaba las veladas.

"¡Muchachos! ¡Muchachos! El teniente hablará mañana con el cabo"

"¿Vamos por fin a cortar el abeto?" preguntó el ~~Pete~~ Peque anhelante.

"¡Hurra!"

"¡Hurra!" gritaron todos a la vez tirando sus gorros al aire.

M

Greiz fué a casa de Anrhem una de aquellas veladas. Todos los hombres estaban allí reunidos. Al ver al teniente pusieronse en pie de un salto y se cuadraron.

"Gerah", dijo Greiz dirigiéndose al cabo. "Escoge cuatro hombres. Mañana ireis al bosque a cortar el abeto".

Cada soldado miraba al cabo con la esperanza de ser el elegido.

"Ahora quisierais ir todos, ¿no?" dijo Greiz sonriendo..

"Sí, mi teniente", exclamó el Peque.

"Claro, mi teniente", confirmó Gerah.

"Y ¿quién vigilará el pueblo? ¿Estamos aquí para celebrar las Navidades, ir a cortar abetos y divertirnos o para luchar contra la resistencia?"

Siguió un silencio penoso.

"¿Qué chiquillos sois!", prosiguió Greiz meneando la cabeza.

"Los guerrilleros no duermen. El día menos pensado pueden cogernos desprevenidos y atacarnos. ¿Tenéis al alcance de la mano el fusil, el machete, la cartuchera, el casco? ¿Podéis disponer de ellos en un fragmento de minuto?"

Los soldados empezaron a temblar. La mirada escrutadora del jefe pasaba de uno a otro examinando el calzado y el uniforme.

"Si ahora, en este preciso momento, se oyera un disparo y uno de los nuestros cayera, ¿estáis en condiciones morales y físicas de combatir, de defenderos hasta la victoria o la muerte?"

"Sí, mi teniente".

"Sí!"

"Sí!"

Pietrot Lomja pensaba: "¡Dios de Dios, qué humor gasta el jefe!"

El cabo se decía: "Bueno está el horno para tortas".

Los demás no sabían a qué ~~h~~ Santo encomendarse. Estaban soñando en astros purpúreos, candelas encendidas, poesías y cantos y se encontraban de súbito ante la perspectiva de haber descuidado cualquier bagatela del servicio y pasar las tan deseadas Navidades en la prisión militar de Kirch.

"Estoy de acuerdo", continuó el teniente, "en que, como cristianos y soldados celebremos dentro de nuestros pobres recursos la Navidad del Señor. Pero", añadió sin apartar la vista de sus hombres "no vayamos a desdeñar los peligros que nos amenazan a cada instante

Siento tener que repetir lo que tantas veces he dicho: ni bebida ni mujeres. Si veo a uno de vosotros titubeando sobre las piernas o platicando con una campesina, le mando unos días al calabozo sin más forma de proceso."

Todos los hombres permanecían rígidos, escuchando. Mirtva miraba al teniente con despecho.

"Ya sé que es algo arduo", prosiguió el teniente mirándole también; "ser joven y no poder emborracharse de vez en cuando ni acercarse a una joven para galantearla. He notado que olvidáis con demasiada frecuencia nuestra delicada situación en este país. Todo el mundo nos aborrece y por un quítame allá esas pajas nos colgarían de un árbol o nos destrozarían el cráneo de un escopetazo. Si no lo hacen es porque de momento no pueden."

Respiró hondamente, continuó con cierto deje de pesar:

"Somos jóvenes, aquí hay chicas guapas, no sólo en Hernam sino en las aldeas vecinas. Pero meteos en la cabeza, muchachos, que esas no son para nosotros. No olvidéis que bajo esas formas graciosas se oculta una llama de odio pronta a inflamarse."

Oíase la respiración acelerada de los soldados y algunos, como Mirtva y el Peque, tenían la boca torcida de despecho. Ellos no creían, naturalmente, que hubiese el menor peligro en galantear a las muchachas y en empinar el codo de vez en cuando.

"Todos conocéis el caso del capitán Drel", prosiguió Greiz impasible. "Drel fué traidoramente asesinado en esta aldea por haber olvidado su delicada situación de ocupante. Creyó cándidamente en la simpatía de una joven aldeana que le citó en el bosque y lo entregó a los guerrilleros. Y seguramente ninguno de vosotros ha olvidado tampoco la trágica aventura del sargento Oppelin. Estando en una cervicería de Kirch, en compañía de alegres mujeres, se olvidó el revól-

ver sobre la mesa. Nadie se aprovechó del arma para tirarle un tiro por detrás y él se dió cuenta en seguida y volvió a buscarla. Desgraciadamente el comandante se enteró de la falta, y lo mandó fusilar. Era un buen soldado y un excelente hombre pero olvidó la disciplina. La disciplina", concluyó el teniente, "es la fuerza del ejército. Nuestro primer deber de militares es observarla. Sois soldados antes que hombres, no lo olvidéis."

Aceptó una silla cerca del fuego, respiró profundamente, dijo con voz afectuosa:

"Sentaos, muchachos, y hablemos de nuestros proyectos navideños."

¶

¶

¶

Era el día de Navidad. Un espeso ropaje blanco cubría el país, brillaba una luz especial, reinaba un silencio amplio y armonioso como el acorde de un órgano inconmensurable.

Marta se levantó temprano bajo la opresiva sensación de una irrealidad dolorosa. Erraba por el caserío helado practicando maquinalmente las faenas domésticas. Pero nada era igual a los días corrientes: las sombras, los sonidos, el olor de las cosas tenían un significado distinto. Parecía como si todo respirase, todo hablara, y, poco a poco, la casa se llenó de espectros, que caminaban y se movían sin ruido. Los viejos Mons, Bastián y Pedro, los mozos de labranza y hasta Thoss, el desaparecido cartero con sus eternas polainas y su bolsa en bandolera, erraban por las estancias cada uno con su atmosfera particular y su resplandor opaco. Todos susurraban: "¡Felices Navidades, Marta!"

Un momento después
~~Poco a poco~~ la casa se pobló de ruidos auténticos. En la cocina alguien encendía el fuego. Oíase el crujido de las astillas al partirse y en seguida la crepitación de las llamas y luego el retintín de la loza y de los cacharros. ¡Era exactamente como si la madre estuviese preparando los desayunos! En el cuarto de arriba resonaban pasos en el entarimado. Marta no podía por menos de imaginarse que eran los de Bastián acicalándose para la fiesta.

Un perfume embriagador de abeto se esparcía por todos los bajos; el clásico olor de Navidades. Aspirándolo Marta sentía el corazón acelerar sus latidos y todo su ser se ponía a vibrar de esperanza. Pero el tragar doméstico y el retintín de loza en la cocina eran obra

de un soldado extranjero y las pisadas de arriba, las de un oficial enemigo, y la fragancia de abeto, sólo un insulto a su dolor.

Estaba sola, sola en el mundo! Todo lo que constituía la hermosura de la vida, familia, amistad, amor, con su cortejo de esperanzas e ilusiones, se hallaba ahora bajo la tierra cubierto por diez pies de nieve. La fiesta navideña no podía ser para Marta más que la evocación de un cementerio y más concretamente, de un Cementerio de Fusilados.

Si hubiera podido ir allí, comulgar con la sombra de los muertos... Pero no se atrevía. Aunque, gracias a los esfuerzos de los soldados, el camino de Meaulx estaba transitable, al interior de la empalizada se extendía un uniforme campo helado donde desaparecía la avenida central, las plantas, las tumbas y hasta las cruces. La nieve se había apoderado del humilde cementerio campestre, lo tenía aislado en su regazo, ya no lo soltaría hasta la primavera cuando los crocos azulados y las estrellitas amarillas asomaran sus cabecitas por el helado lienzo reblandecido.

Marta decidió de pronto marcharse de su casa. No se sentía con ánimos de afrontar ese largo día en compañía de la soldadesca. Puesto que sin tener en cuenta la afrenta y la humillación que eso significaba, el teniente había decidido celebrar las Navidades de la tropa en casa Mons, Marta iría a pasarlas con los Ingrid. El ex soldado y su madre no hacían más que insistir para que aceptara.

Tomó un lomo entero de cerdo en adobo, un tarro de cerezas en dulce, y su labor. Arropóse cabeza y cuerpo en un pañolón de lana y salió sin decir palabra a los extranjeros.

La puerta de los Ingrid estaba sólo entornada; Marta se adentró por el zaguán. Al oír pasos el enfermo se incorporó.

"Madre ha ido a no sé qué a casa de Catalina Krefeld. ¿Vienes a pasar la Navidad con nosotros?"

"Sí", dijo Marta y añadió: "Cómo estás?"

"Mal", suspiró el tísico. "Cada día peor."

"Os he traído un solomillo y un tarro de dulce."

Ada entraba en aquel momento; exclamó con placer:

"¡Oh, Marta, qué espléndida!"

"Sólo pongo una condición: que no se coma hoy".

Ada y Miguel acogieron estas palabras con un respetuoso silencio impregnado de protestas. Marta comprendió.

"¡No vamos a celebrar las Navidades al cabo de ocho meses de los fusilamientos!"

Fué a sentarse junto a la ventanuca; comenzó a hacer calceta.

La anciana tenía aún el regalo en las manos.

"¡Muéstramelo!" susurró Miguel. Lo contempló con deseo y suspiró meneando la cabeza.

"Voy a prepararte una comida succulenta", dijo Ada para consolarlo. "Ya verás!"

Guardó el solomillo y el tarro de cerezas. ~~Inmediatamente des-~~
~~pues~~ Púsose a avivar el fuego y a colocar en él trébedes y marmitas.
Después de todo, ~~se dice~~ el chico no había sido nunca resistente, no participó en el asesinato del capitán Drel ni combatió en los bosques al lado de los guerrilleros, ~~ni estuvo en el fusilamiento de rehenes~~. Ya había pagado su contribución al sufrimiento nacional el pobrete! ~~Tiene~~ ^{tenía} perfecto derecho a celebrar lo mejor posible las últimas Navidades de su vida. Y al pensar que Miguel iba a morir antes que ella, el viejo cuerpo de Ada se estremecía de dolor.

Marta continuaba haciendo calceta; el enfermo ~~pensaba~~ dormitaba, de vez en cuando abría los párpados, estiraba el cuello y miraba a la joven campesina. Contrariamente a lo que había pensado no sentía alegría alguna ~~de~~ ^{de} tenerla cerca. Su presencia enfriaba el poco de dicha que hubiera iluminado ese día.

El teniente le había mandado al ordenanza con un obsequio. De- seaba hablarle de esto a Marta pero no se atrevía. Estaba tan ceñu- da y rígida cruzando agujas y tejiendo hilos, como si hilos y agujas fueran sus adversarios.

Ada se acercó casi de puntillas, le preguntó a Miguel en un su- surro:

"¿Destapamos el vino del teniente?" Y miró rápidamente a Marta.

"¡Claro!", exclamó el enfermo.

La comida fué realmente extraordinaria: un guisado de patatas con tocino ahumado, un plato de puré de castañas con crema de leche y torta de harina y huevos. El enfermo comió solo sin moverse de la cama y para no herir a Marta no se hizo la menor alusión al sabor y calidad de los platos. Miguel se contentaba de guiñar el ojo a su madre y Ada era momentáneamente dichosa viendo el placer del mucha- cho.

Cuando Miguel estaba terminando de rebañar el amasijo de casta- ñas y sorbiendo las últimas cucharadas de crema, Ada se acercó a él, le murmuró al oído:

"¿Quieres el vino ahora?"

El enfermo afirmó con la cabeza.

La copa estaba llena de líquido dorado y oloroso, él la alzó con su mano huesuda:

"Marta, tomarás un traguito, ¿no?"

Ella volvió bruscamente la cabeza.

"¿Qué es?"

"Oporto que me ha mandado el teniente."

Marta no se levantó de la silla.

"Brindarás a mi salud", dijo Miguel.

"No; no puedo brindar por ti con el vino de esos asesinos."

Ada había llenado otra copa. Viendo que Marta la rehusaba, la

levantó en su vieja mano:

"¡A tu salud, Miguel!"

"¡A la tuya, madre!"

Ada no había comido aún y aquel vino le ardía en el estómago vacío, pero ella no sentía la molestia, ni temía que pudiera hacerle daño, sólo veía el placer de su hijo.

"¡Qué rico!", dijo el enfermo.

"¡Riquísimo!", contestó Ada apoyándose en la pared para no caer.

Marta seguía en la silla baja haciendo calceta con ~~una~~ energía creciente.

II

Greiz dormía aún cuando sonó un golpe en la puerta.

"¡Felices Navidades, mi teniente!"

El oficial sacó una ^{mano} ~~brasa~~ de las mantas y la ^{precisó} ~~chargó~~ al ordenanza.

"¡Felices Navidades, Pietrot!"

El soldado la estrechó con calor haciendo chocar los tacones. Había dejado en el suelo un jarro con agua caliente y se fue cerrando la puerta.

Greiz saltó de la cama, principió a vestirse. Estaba preocupado con el discurso que tenía que pronunciar ante los soldados. No daba con las frases apropiadas a las circunstancias. Trató de concentrarse y darle ~~una~~ forma a su discurso, limitándose a las frases estrictamente imprescindibles. No ignoraba que, como la suya, el alma de los pobres muchachos se hallaba sumergida por la nostalgia del país y del hogar. Aquella excitación bulliciosa entorno al árbol de Navidad escondía la melancolía más patética. Todos sabían por experiencia que, lejos del país, cualquier día del año es más soportable que aquél. Los obsequios, las canciones, los versos que iban a prodigar ante el abeto iluminado no eran más que la droga que embriaga y

hace olvidar. ¿Olvidar? Nunca habían estado tan presentes en su memoria los recuerdos de las Navidades pasadas.

Se afeitaba ante el espejillo de Bastián Mons colgado aún del travesaño de la ventana donde el campesino lo dejara el día de su fusilamiento. Veía en la lunilla su rostro enjabonado y detrás el paisaje familiar: el declive alfombrado de nieve con sus árboles fantásticos adornados de flores y de prismas de hielo y la casuca de Ada Ingrid casi cubierta por el espeso manto blanco, con su chimenea ensombrerada y un leve cendal de humo azulado. Oía la tos de Pietrot abajo en la cocina, pero no lograba sentirse en Hernam. Recordaba, con una intensidad casi dolorosa, Lotz, su ciudad natal y su habitación de estudiante llena de libros y de desorden. La bañaba una luz tamizada y verdosa que ponía pinceladas de acuario en los muebles y en los cortinajes. Allí estaba el pesado y viejo sillón donde solía pasar sus mejores horas leyendo a los filósofos y a los poetas, el gran calorífero de fayanza que esparcía un calor suave y permanente, la cortina y la colcha de damasco cereza con un desgarrón aquí y una mancha de tinta allá, resabio de unas fiebres en vísperas de exámenes, la consola con su pastorcillo y pastorcilla de Sajonia ¡tan ridículos y enternecedores! Todo envuelto en olor de trementina y de barniz.

Detrás del helado cristal de la ventana empezaron a caer copos de nieve: primero lentos y espaciados, luego apretados y veloces. Formaban una espesa cortina que confundió y borró el paisaje. Desapareció primero el monte con sus negros abetos y en seguida el declive con sus fantásticos frutales, y, por último, la casita de Ada Ingrid con su espeso manto de nieve y el cendal de humo azulado.

Pero Greiz no veía nada de eso; un tropel de recuerdos le sumergía. Estaba en las calles de Lotz; barrenderos municipales se afanaban por dejar la calzada transitable. Con picos y palas apartaban y

amontonaban la nieve. Oíase el roce de las herramientas en el asfalto y la tos, algo bronca, de los hombres. Esparcían paladas de arena y sus torpes figuras se mezclaban a la compacta multitud, dificultaban el tránsito, topaban con la gente. Greiz sentía de pronto el deseo de abrazar a esos hombres. ¿Dónde estarían muchos de ellos? Muertos, sin duda, en los bombardeos o en el frente.

Miles de transeuntes circulaban por las calles de Lotz entre montañas de sorbetes de dudosa blancura. Se les veía avanzar a saltos y resbalones, retroceder para saludar a un conocido. Por todas partes se oía la clásica frase: ¡Felices Navidades! ¡Felices Navidades! Hombres y mujeres llevaban botas altas y abrigo de pieles con capuchón o gorro del mismo género. A penas se les distinguía unos de otros, convertidos, en apariencia, en animales peludos del ~~Artico~~ártico.

En los escaparates los flambres, las joyas, los vinos y licores, las prendas de vestir y los libros, parecían tener vida propia, sonreían, guiñaban el ojo, invitaban a apoderarse de ellos. Como si realmente estuviera allí, Greiz experimentaba la tortura de no llevar bastante dinero (y ¿cómo iba a llevarlo si nunca lo tuvo?) Era triste no poder adquirir uno u otro de aquellos objetos y ofrecérselos a su madre y hermanas.

Entre la movediza cortina de copos diáfanos brillaba, mágica, la luz de las tiendas con sus letreros de colores parpadeantes y serpentinos, las estrellas de bombillas eléctricas, las guirnaldas de hilillos plateados y purpúreos, las esferas de cristal de todos tamaños: verdes, azules, rojas, amarillas...

Se oyó un golpe en la puerta.

"¿Qué hay?"

"Soy yo, mi teniente. El cabo pregunta a qué hora hay que iluminar el árbol.

"A las once."

El teniente volvió a pensar en su discurso. Evocó la homilía que tío Ralph, un pastor luteriano hermano de su madre, solía pronunciar cada año ante el abeto navideño. Alexis y sus dos hermanas se reían a hurtadillas de las palabras evangélicamente ñoñas del viejo eclesiástico. Ahora, al pensar en su propio discurso, no se le ocurrían más que pálidas imitaciones de aquellas frases tan sobadas: Yo envío a mi mensajero delante de tu faz que apareje tu camino delante de ti. No; se decía Alexis Greiz, yo les diré a mis soldados: "Muchachos: reunidos ante el abeto... alrededor del abeto... Bueno, ¿y qué más?" Y en seguida otra frase de tío Ralph acudía a su mente: Nació Jesús en Bethlem de Judea en días del Rey Herodes... "¡Qué absurdidad!", se decía el teniente: "¿Cómo voy a repetir yo esas frases bíblicas? Les hablaré de patria y de honor militar... No; eso les entristecería. ¡Al diablo los discursos!" Pero no podía zafarse; no había más remedio que encontrar algo.

Mientras iba torturando su imaginación pasábase cuidadosamente la navaja por las mejillas. Al chocar con los últimos pelos rebeldes la hoja producía un ruido áspero que le repercutía en la cabeza. Parábase un instante y escuchaba el gran silencio de la aldea y del monte donde le pareció de pronto distinguir un lejano sonido de campanas. Oía al mismo tiempo los latidos apresurados de su corazón palpitando en sus sienes. Aquel recóndito tañido podía venir realmente de una ciudad o pueblo lejano donde los campanarios no hubieran sido destruidos por las bombas, ni los curas resistentes encerrados en campos de concentración o viajar desde siglos atrás como la proyección luminosa de esos astros ya apagados cuya luz a través de los espacios y las centurias brilla ahora para nosotros.

El monte, con sus sombríos abetos formados y rígidos como soldados de un ejército colosal, la casuca de Ada Ingrid, casi aplasta

da por el peso de la nieve, la fuente, con su grueso chorro congelado, parecían irreales, como perteneciendo a un mundo extinguido. Y esa luz extraña que bañaba el paisaje, no aparentaba derramarse del cielo sino exhalarse de la misma tierra.

Alexis Greiz se enjugó el rostro con la toalla, luego se puso la guerrera y el cinturón. Deslizó la punta de cuero por la hebilla, estiróse cuidadosamente los faldones, quedóse un momento inmóvil como queriendo recordar algo. Dió unos pasos vacilantes por la habitación. Paróse de pronto ante el crucifijo de bronce de Bastián Mons colocado a la cabecera de la cama. Sus ojos se iluminaron un momento; luego los cerró ~~para~~ para concentrarse. Juntó las manos como cuando era niño y su madre le enseñaba a rezar. "Dios mío; dame un poco de inspiración y, sobre todo, hazme bueno y justo con mis hombres... y también con mis enemigos", añadió.

II

El árbol de Navidad de los soldados ocupaba un gran espacio, se elevaba hasta el techo. Su perfume llenaba la cocina. Parecía como si un trozo de bosque estuviera allí con su fragancia deliciosa y su nota apacible de verde obscuro. La presencia de esas ramas extendidas horizontalmente convertía aquella rústica habitación en un lugar de paz presidido por una divinidad selvática. Pero cuando el abeto adquirió una real majestad fué cuando, después de cerrar cuidadosamente puertas y ventanas, los hombres alumbraron las candelas. Empezaron a brillar las guirnaldas de tenues flequécitos argénteos y los soles, lunas, estrellas de cinco, seis y hasta siete puntas: oro, plata, azul y verde. Los ramilletes de acebo ponían sus manchitas rojas aquí y allá entre las mil agujas del abeto, mezclándose con los ramitos de muérdago cuyas bayas blanco-rosadas aparecían opalinas a la luz de las candelas. Estas mostraban sus múltiples llamitas de un

amarillo vivo. ~~Parecían ojos parpadantes mirando con benevolencia y amor.~~

Los soldados llevaban el uniforme de campaña y sus cascos y fusiles; por orden del teniente ^{se alineaban} a lo largo del muro poniendo una extraña nota bélica en la mística ceremonia.

En el hogar ardía un buen fuego y las llamas abundantes de las bujías se pusieron también a calentar. El olor del abeto se hizo más penetrante, una tenue nubecilla azul se esparció por la estancia.

La mirada fascinada de los hombres no se apartaba del árbol. Aquellas lucecillas, aquel calor y fragancia de pino recalentado transformaban las almas de soldados en almas de niños. Era como si una varita mágica se hubiera puesto a borrar fechas: ya no tenían más de seis o siete años cada uno. En sus pupilas dilatadas, fijas en el abeto, se reflejaban las llamitas de las candelas. Parecía que cada ojo fuese una multiplicación de luces tan milagrosas y místicas como las que brillaban en el árbol. Ellos mismos ^{le} ~~han~~ habían escogido entre los imponentes gigantes del bosque, sus venerables abuelos. Le arrancaron del lugar donde estaba destinado a vivir para traerlo aquí y sacrificarlo al rito ancestral, pero habían olvidado estos detalles, así como el pesado pie en forma de cruz que construyeron para sostenerlo derecho. Y ahora se imaginaban que el abeto había estado siempre allí en el suelo de la cocina hincando sus raíces en el entarimado.

No recordaban tampoco haber recortado los astros de cartón, dibujándolos antes con el compás del teniente, ni como los recubrieron de papel de estaño enganchado con cola. Ahora brillaban con fulgor sobrenatural. La límpida Venus, el refulgente Sirius, el magnífico Saturno y el rojizo Arturo no podían comparar su misterioso esplendor celeste con el de esos luceros de cartón y papel de estaño titilando en el firmamento de la ilusión.

En cuanto a las bujías, ninguno de los hombres las veía como vulgares cilindros de cera o de sebo con una mecha en el interior que sus propias manos habían colocado allí después de mil apuros y fuertes discusiones sobre la técnica del equilibrio. Eran llamas de gracia, corazones femeninos, cada uno de los cuales decía: paz, alegría, amor...

Mas de quince días habían empleado en preparar los adornos, las luces, los obsequios que colgaban de las ramas. Pero en aquel momento, al ver los envoltorios blancos y sus atadidos de viejos cordoncillos, cordeles y cintas de colores, los soldados se preguntaban: "¿Qué habrá allí dentro? ¿Para quien será este o aquel paquetito?" Porque toda esa profusión de luces, de regalos, de perfumes mezclados no tenían relación alguna con sus correrías por el bosque y por las desvalijadas tiendas de Kirch ni con las largas horas pasadas labrando madera, confeccionando un cofrecillo rústico, puliendo y lavando viejos objetos que deseaban remozar para ofrecer a un compañero.

Con la boca y los ojos abiertos estaban los soldados ante la divinidad de los bosques esperando de ella cualquier milagro.

Greiz no podía demorar las palabras rituales que todos esperaban para abrir los envoltorios y cantar las canciones. Pero la cabeza del teniente era como una marmita vacía con un abejorro zumbante. El abejorro eran los fragmentos de frases de tío Ralph que el oficial quería evitar a todo trance.

Levantó los angustiados ojos hacia el reloj de péndulo de Marta Mons, recordó que la había invitado cortésmente a asistir a la fiesta. Iba a hablar tres o cuatro minutos solamente. Cuando la manilla llegara a las doce, el discurso estaría terminado y él podría respirar a sus anchas.

" Muchachos, dijo, (Oh, por Dios, que no vaya a escapárseme una de

de aquellas frases). "Muchachos... solo quiero deciros unas palabras..."

Parecía sufrir tanto al buscarlas que los soldados se olvidaban de respirar y Gerah sudaba de angustia.

"Unas palabras", repitió, "cortas y sencillas."

De pronto el rostro se le iluminó.

"Este árbol cubierto de llamitas que nos reúne en fraternal comunión, en país extranjero y hostil, significa para nosotros, en primer lugar, el cumplimiento de un rito religioso: estas luces que brillan se han encendido en honor de Aquel que descendió a la tierra, se encarnó y se sacrificó por nosotros con el propósito de salvarnos. Y en segundo lugar, este abeto tan admirablemente adornado por vuestras manos, simboliza también el culto que rendimos a nuestro país lejano, a nuestras familias. Estoy seguro que en otros pueblos y ciudades (y al decir esto su voz tembló y ^{algunos} ~~todos~~ los ojos se humedecieron), otros árboles se encienden y alrededor de sus ramas están los que nosotros amamos y que nos aman."

Hizo una pausa, se sonó y ^{dos o tres} ~~algunos~~ hombres le imitaron. No se le había escapado ninguna frase de tío Ralph pero no podía pararse aún.

"Cuando un momento antes penetré en esta cocina y os vi con la mirada fija en el árbol como si esperaseis un milagro, me dije que el Señor nos lo había concedido ya al permitir que al cabo de casi tres años de guerra nos hallamos sanos y salvos ocupando una aldea apacible. Miro a vuestros semblantes ", añadió sonriendo, "veo dos ojos limpios y brillantes, una nariz, una boca entreabierta y si paro de hablar oigo vuestra respiración acompasada... ^{¿queréis más} ~~no es un milagro~~ Tenéis aspecto de hombres normales y sanos, muchachos, mientras miles y miles de los nuestros están bajo tierra o en el fondo del mar. Me fijo en vuestros cuerpos y observo con placer que cada uno de ellos posee dos brazos, dos piernas, mientras en los hospitales y en las

clínicas hay montones de mutilados y de monstruos. ¿Qué favor más podemos pedirle al Señor?"

Miró el reloj, podía honradamente pararse pero de pronto sintió que todavía le quedaba algo por decir.

" Otra cosa, estamos en país ocupado. No voy a repetiros lo que os dije hace un par de semanas, es decir, que desconfiaseis hasta de las matas y de las piedras del camino, sino algo diferente: que tratéis de ser justos y hasta buenos con la gente de aquí. Sois hombres civilizados y cristianos, tenéis que tratarlos con generosidad, casi me atrevo a decir, con amistad. Estos pobres aldeanos pretenden ser nuestros enemigos (la voz del oficial se puso a vibrar con más intensidad) quieren considerarnos como a tales y se comprende después de la espeluznante tragedia que han vivido. Perdonandles si alguna vez son huraños o bruscos con vosotros. Yo os lo ruego, muchachos, en nombre de este bonito árbol, en nombre de nuestra tranquila y feliz estancia en esta aldea. Y ahora, vamos a entonar un cántico en honor del Divino Niño. (Catastrofe, esto era una frase de tío Ralph.)

Los soldados se pusieron a cantar: los teneres la melodía, los barítonos y los bajos la armonía. Eran voces jóvenes y robustas impregnadas de gravedad. Mientras los soldados cantaban, el teniente escuchaba con los ojos entornados. Sin duda habían ensayado aquellas canciones porque las entonaban y matizaban a la perfección.

Cuando hubieron terminado, Gerah, dijo.

" Mi teniente, en nombre de todos los hombres, le doy las gracias por sus palabras."

Empezaron a distribuir los regalos. Gerah descolgaba cada paquetito del árbol y leía en voz alta el nombre del destinatario.

Greiz había adquirido en Kirch un montón de chucherías. A su vez, los soldados ofrecían casi todos un obsequio a su jefe.

Apareció la famosa jabonera de celulide, la pipa labrada por Koula, un pañuelo de seda blanca que amarilleaba ya pues el donante debió llevarlo año tras año en la mochila sin decidirse a usarlo.

De los envoltorios salían calcetines, corbatas, papel de cartas, pipas, libros amarillentos, todo viejo, pasado de moda, verdaderos regalos de guerra de gente sin recursos perdida en la soledad de los bosques.

Pero el entusiasmo de los soldados no decaía, Todo les parecía perfecto, maravilloso,

" ¡Hurra! "

" ¡Hurra!" gritaban los más jóvenes y los veteranos sonreían.

Luego se estrecharon las manos unos a otros para darse las gracias y felicitarse.

Mientras se sentaban a la mesa el teniente dijo:

" Muchachos, olvidad por unas horas que come con vosotros un oficial, hoy todos somos iguales. "

Ya estaban colocados, ~~doce soldados y el teniente,~~ ~~y el número de soldados era doce.~~

" Somos trece, observó lugubrementemente Mirtva.

" Es verdad, reconoció el Peque, uno de nosotros tiene que morir antes del año. "

Koula replicó:

" La guerra no ha terminado aún. Qué tiene de particular que de trece hombres muera uno? "

" No somos mujerucas, sino soldados" observó Gerah, "Uno por trece es una honrada contribución de sangre.

" Bebamos, dijo precipitadamente el teniente asustado del tono grave que tomaba la conversación.

Destaparon dos botellas de ~~borgoña sacadas de la famosa reserva~~ ^{famosa} del teniente. Cada vaso se llenó de aquel líquido granate, y perfumado y tibio. Después del primer brindis ya nadie se acordó de la muerte. Si alguno la evocó de pensamiento fue para decirse que seguramente no sería ~~xxx~~ él el que muriera aquel año.



A fines de febrero el frío era aún intenso. Greiz y Lomja continuaban yendo a esquiar al monte. Pero en el ánimo del oficial la ~~■~~ nieve y la luz de las cumbres no producían ya aquella exaltación de antes. Tres meses llevaba sin noticias de Lotz, y después de los frecuentes e intensos bombardeos que había sufrido la ciudad, estaba con vencido de que su madre y hermanas ya no vivían.

Algunos de sus soldados no recibían tampoco cartas y pensaban lo mismo que él: es decir que probablemente los suyos habrían muerto ~~de~~ ^{en} los bombardeos.

La guerra se prolongaba. Los comunicados oficiales eran vagos y enrevesados. Empezaban siempre por anunciar una victoria y al final, sin saber como, daban la sensación de una nueva derrota. En vano el Gobierno y el Estado Mayor se afanaban en disimular la situación y retardar la desmoralización de la tropa. El sentimiento de la catástrofe estaba en el aire, lo respiraban y lo paladeaban cada oficial, cada ~~■~~ soldado, sin que nadie, naturalmente, se atreviese a hablar de ello.

La tan cacareada victoria final parecía cada vez más problemática. Greiz no creía ya en ella. Peor aún, esa victoria había dejado de interesarle moralmente. Iba observando muchas cosas y se hacía muy pocas ilusiones sobre el valor práctico y ético de aquella guerra. Toda su admiración y sus esperanzas puestas en la cultura, la inteligencia y el orden de su nación, estaban convirtiéndose en ruinas. Y al desilusionarse de su país se desilusionó también de su propia persona. Se consideraba de pronto el ser más inútil de la creación y se

decía: "¿Por qué habré estudiado tantos años y sacrificado el bienestar de mi madre y hermanas para representar en el mundo un papel tan inútil y aburrido? ¿Y hasta cuándo voy a representarlo?"

Si los suyos salían vencedores, (le parecía difícil que fuera así), veríase obligado a permanecer en el ejército, porque decididamente era tarde para emprender otra carrera y aunque ésta se le antojaba ahora equivocada, tendría que seguir adelante. Suponiendo que llegase al final de la guerra con brazos, piernas y cerebro intactos, suponiendo que no le hicieran prisionero o pidiera la excedencia y su madre y hermanas viviesen aún ¿en qué trabajaría para mantenerlas y mantenerse? "Tal vez lecciones de matemáticas", se decía, "o de historia (Caso que las matemáticas y la historia interesen aún a alguien)". Hasta entonces, vergüenza daba el pensarlo, no había sido útil a nadie. ¿Útil? ¡Al contrario! Su miserable paga de teniente la necesitaba íntegra para vestir y representar. (Se sentía arder las mejillas cada vez que pensaba en eso). Su madre y hermanas vivían de la viudedad de oficial que les pasaba el Estado y de las labores que casi clandestinamente hacían Helen y Ethel para sus amigos. Las recordaba dulces y modestas sin exhalar jamás una queja, admirando su uniforme de teniente. ¿Cómo había podido dormir tranquilo sabiendo que las pobres muchachas se sacrificaban por él? ¿Cómo había tardado tanto tiempo a darse cuenta de ello?

Cuando veía a Hanes Anrhem, que tendría ahora unos doce años, ir a los campos con el arado o arreglar las tejillas de pizarra a gatas sobre la casa de su abuelo, sentía admiración y hasta envidia. Estas vidas sencillas y útiles le parecían de pronto más hermosas que la suya: estudiosa, pedante, vacía...

Llevaba ya diez meses en Hernam y conocía a cada uno de los campesinos, aunque ellos, a excepción de Martín Rohe, el pacifista, no le dirigían nunca la palabra ni le saludaban. Sabía cada detalle de

sus vidas y había aprendido a admirarles tanto por su laboriosidad heroica como por su dignidad ante el sufrimiento. La posición moral de esos labriegos era inatacable. Podían ocuparlos, despojarlos, fusilarlos; el espíritu no se les doblegaba. Greiz no ignoraba con que valor murieron los resistentes de Hernam; toda la región hablaba aún de ello. Ni uno solo gimió ni pidió misericordia, ni siquiera Mauricio Egger que sólo tenía dieciséis años. Así mismo muriera Marta Mons si él la hubiera condenado por espía y lo mismo hiciera el pequeño Hanes si la ocasión se presentara. ¿Qué papel representaba un tenientillo de ocupación armado de sable y revólver, rodeado de hombres también armados, entre dos viejos campesinos, un puñado de mujeres y de rapaces indefensos?

Otras veces soñaba en una humanidad mejor cuyos miembros, escarmentados por la política y sus desastrosas consecuencias, se unieran para vivir en paz y armonía. Reconstruirían viviendas, reorganizarían hogares y olvidando las fronteras se ayudarían unos a otros sin distinción de razas ni de nacionalidades.

No comprendía esa idea absurda de enemistad permanente entre pueblos ni ese odio de razas. "El odio no puede ser obligatorio", se decía. "El hombre ha de poder aborrecer y amar libremente; si no, no vale la pena de vivir."

Recordaba como en la escuela les enseñaban ya a odiar a ciertos pueblos inculcándoles la idea de la revancha. Y toda una generación ~~entonces~~ se había alimentado de ideas calcadas sin pararse un momento a analizar si era o no era inteligente y moral ese programa.

Naciones de millones de almas educaban a los jóvenes dándoles el sentimiento de la superioridad racial y de la ineludible necesidad de pelear y vencer a otras naciones. Así se preparaba a la inconsciente juventud para la guerra que iba a enriquecer a los magnates del armamento y arruinar y destruir a miles y miles de familias honradas, co-

mo sus hermanas y madre, como los campesinos de Hernam. "La guerra es una cosa monstruosa", seguía pensando Alexis Greiz olvidando su entusiasmo patriótico y guerrero de tres años atrás. "Los instintos peores del hombre se manifiestan destruyendo en un instante el fruto de siglos de cristianismo y de moral humanitaria. Y cada ciudad arrasada y cada millar de vidas destruidas por un ~~ataque~~ ^{ataque aéreo} provocan el orgullo y la satisfacción de los destructores. Entretanto miles de sabios trabajan en la búsqueda de medios para aliviar a la humanidad doliente. Gracias a las sulfamidas, a los antibióticos recién hallados, miles de enfermos se curan de males hasta ahora mortales de necesidad. Debido al perfeccionamiento constante de la anestesia, se opera por fin sin peligro ni dolor. Pero, ¿quién se acuerda de descubrir y perfeccionar la penicilina y la estreptomycinina del alma, la sulfamida o el antibiótico del orgullo y la perversidad? Devanar y desvanar, construir y destruir, curar y matar. ¡Ahí la simiesca tarea del hombre dicho cristiano y civilizado!", se repetía sin cesar el teniente.

Durante sus cada vez más espaciadas excursiones al monte, mientras subía por la nieve en compañía de su fiel ordenanza, Greiz descubría en la tierra y en el espacio síntomas de algo nuevo. El firmamento tomaba aspectos fugaces y variados, las nubes hinchadas y amenazadoras, corrían y se amontonaban sobre la cordillera fronteriza, mientras por el lado de las colinas, ventana abierta al amplio mundo, aparecía uno que otro girón de cielo azul con mil promesas de renovación. Las vibraciones de la luz, la sutil y ligera fragancia de los abetos, el estremecimiento apenas perceptible de sus ramas, la transparencia de los arroyos helados donde jugaba a veces un fugitivo rayo de sol, el hilillo plateado que se escurría de los ventiaqueros, eran de pronto como heraldos de un nuevo régimen, luminoso y prometedor.

Allí abajo, en las aldeas y caseríos perdidos en el océano de

nieve, algo revivía también: el implacable odio y la fe en la revancha. Ambos sentimientos subían en el corazón de los campesinos como la savia en las plantas. Explotarían en batallas, florecerían en la carne de las víctimas al mismo tiempo que los ciruelos, los manzanos y los cerezos. Con el agua de los arroyos deshelados correría la sangre y las lágrimas. ¡Cuántos de esos jóvenes que como Alexis Greiz descubrían con emoción el renacer de la naturaleza, caerían mutilados o muertos antes de la época de los frutos!

Primavera mortal que iba a traer al mundo, como la anterior, miles y miles de inválidos y de cadáveres, de dementes y de mendigos.

■

Subía Alexis Greiz con los esquíes a través del bosque, en compañía de Pietrot Lomja, cuando apareció ante sus ojos la huella de unas botas claveteadas. No eran las del ejército de ocupación. Fué una revelación para el teniente. Por lo visto los resistentes también husmeaban la primavera. Alguno de ellos, el más impaciente y audaz sin duda, se atrevía ya con el invierno agonizante. Iría en busca de una cueva donde esconder las armas y las municiones para los futuros ataques.

Greiz sintió frío en la espalda como si alguien escondido detrás de los árboles le estuviera apuntando con un fusil. Palpó inconscientemente su revólver.

"¿Qué hay, mi teniente?"

Greiz le mostró a Pietrot el paso del hombre en la nieve.

"¡Atiza!"

El soldado se llevó también la mano al revólver.

"Creo", dijo el teniente, "que aprovechando nuestra senda alguien ha venido a explorar el terreno. Es posible que aún esté por aquí porque las huellas son de subida, no de bajada."

"¿Le damos caza, mi teniente?"

"¿Caza?"

" Si no le despachamos, nos despachará él a nosotros."

El teniente no contestó. La idea de cazar o ser cazado en aquellas soledades purísimas le parecía monstruosa. Pero sin duda andaba equivocado. Lo normal era cazar como decía Pietrot. Ya que la lucha entre ocupantes y resistentes era inevitable, mejor sería principiarse ahora. Seguir las huellas delatoras, coger al rebelde con el paquete de armas o de municiones y... Al llegar a este punto de su pensamiento Greiz se estremeció de horror. Se imaginaba un cuerpo estirado en la nieve y ese cuerpo era el de alguien de Hernam, posiblemente el de una mujer o ^{el de} un zagal, pues ni el anciano Anrhem ni Martín Rohe tenían fuerzas para subir hasta aquellas alturas. El emisario de los guerrilleros podía ser el pequeño Hanes el hijo de Johanna o la propia Johanna, Erika Egger o Marta Mons... Aunque él tuviera derecho a fusilar a un resistente armado, el acto no resultaba menos inicuo.

"Vamos a deslizarnos lo antes posible", dijo a Lonja.

Y al decir esto miraba un calvero del bosque donde brillaba deslumbrante la nieve. El soldado aprobó con un movimiento de cabeza. "Pietrot me toma por un cobarde", pensó Greiz, "pero lo mismo da."

Aquella tarde el teniente no veía las majestuosas vertientes de los montes lejanos ni los ventisqueros de corindón, ni el océano de nieve de la llanura con sus aldehuelas y caseríos parecidos a flotillas de pescadores, sólo tenía vista para el selvático laberinto de columnas, ramas, carrascos y breñales donde podía disimularse un hombre. De pronto la vida le parecía llena de promesas y la idea de morir asesinado por la espalda, una desagradable eventualidad.

Por fin llegaron al lugar donde podían deslizarse por la nieve. Y se tiraron a fondo con impulso. El resbalón iba tomando velocidad. Los bosques negros desfilaban a derecha e izquierda alternando con

las pendientes despobladas, hasta que se terminó el declive y los dos hombres comenzaron a caminar.

"Amigo Pietrot, nuestra paz se acaba. Pronto vendrán los resistentes a atacarnos. Tendremos que defendernos solos... tal vez morir."

"Nos defenderemos, mi teniente, y si es preciso, moriremos. Aunque ~~ya tenemos~~ present~~ente~~ que no moriré en esta guerra."

"Excelente estado de ánimo, muchacho."

Greiz estaba pensando que antes de morir sería preciso matar ~~algún soldado de Napoleón~~. ¿Qué sentiría él en aquel momento? No se hacía pizca de ilusiones sobre sus sentimientos ^{humanitarios} ~~humanitarios~~. Sabía que al primer tiro disparado contra su pequeña tropa, despertaría su instinto defensivo. Mataría, ya lo creo que mataría, ~~aniquilaría~~, y hasta gozaría matando. ¡Horrible! ¡Horrible!

"Tal vez tengamos que fortificarnos en cualquier casa de la aldea", dijo en voz alta.

"Nos fortificaremos, mi teniente."

El soldado miró a su jefe de reojo; no podía adivinar lo que sentía.

"Lucharemos hasta vencer o morir", dijo para tranquilizarlo.

Greiz no pudo reprimir una sonrisa. ¿Quién le había enseñado esa frase? Vencer o morir. ¿Qué mal sonaba en aquel paisaje solitario y nevado! Vencer o morir le recordaba la escuela, a Greiz. Era uno de esos lugares comunes que se imprimen en los libros escolares de historia y que nadie se entretiene en analizar.

Pietrot vio que el oficial sonreía.

"Hay que vigilar a las aldeanas, mi teniente. Son capaces de asesinarnos por la espalda."

"Sí, Pietrot; hay que vigilarlas."

"Yo le seguiré a usted por todas partes como su propia sombra."

Alexis Greiz soltó una carcajada.

"Como si fueras mi nodriza".

De pronto se puso serio.

"¿Tienes madre, Pietrot?"

"Sí, mi teniente."

Greiz pensaba en la suya. La recordaba sentada cerca del ventanal gótico en un sillón bajo, muy hondo, cuyos brazos subían demasiado para que se apoyara en ellos. Tenía las manos cruzadas en el regazo y los ojos azul claro, enrojecidos de llorar... ¡Siempre se la imaginaba llorando! La viuda del comandante Greiz no podía acostumbrarse a las ausencias: ni a las definitivas ni a las temporales. ¡Pobre señora!

Ahora sus tiernísimos ojos azules ribeteados de rojo, ya no mirarían ni llorarían. Greiz veía a su madre entre las ruinas de Lotz sepultada por montones de escombros.

Al llegar a Hernam todos estos pensamientos volaron. La aldea dormitaba bajo su envoltorio invernal. Por la única calle, encharcada y lodosa, entre montones de nieve sucia, pasaba algún soldado, aburrido arrastrando ~~las~~ botas claveteadas o una campesina enlutada chapoteando con sus galochas.

El agua del abrevadero y de la fuente seguía solidificada. Alguien estaba tratando de romper a hachazos la primera capa de hielo.

Las chimeneas humeaban y en cada casa una nubecilla azulada se esparcía sobre el tejado.

W
W W

Vino el deshielo. La nieve se reblandeció en los ventisqueros y en las laderas del monte. De opaca y recia se volvió transparente y floja. Aquí y allá se abrieron en ella minúsculos cráteres que se ensanchaban y se ahondaban por momentos. Por la superficie immaculada donde caía a chorros la luz del sol, empezaron a brillar miles y miles de ~~minúsculos~~ diamantes con tan cegadores destellos que los ojos humanos no podían fijarlos. Era como una gran dureza que se ablandara, como una alta muralla que cediera, como el alma inmensa de los elementos aceptando la invitación de otra alma más débil pero más humana. Toda la naturaleza se humanizó de pronto, Sonrió en los ojos más y más amplios, más y más azules del firmamento donde brillaba el espacio sin límites. Sonrió también en las hoyas de la nieve traslúcida y acuosa, sonrió en las abundantes gotas de los abetos cuyo espeso barniz de hielo se convertía en agua. Esa agua, hasta entonces congelada, cristalizada, volvía de pronto a vivir, a moverse, a rumorear. Fueron primero humildes hilillos escurridizos, desprendiéronse del flanco maternal y principiaron a correr alegremente por los márgenes, por las rocas, por las ramas y troncos de los árboles. Las gotas se convirtieron pronto en hebras, se unieron en madeja, formaron un ejército de regajos. Corrían cantando y saltando por las laderas del monte entre relucientes guijarros y declives musgosos. Cada corriente parecía seguir su propio impulso prescindiendo de las demás. Pero no tardaban en encontrarse: se mezclaban, se unían seguían juntas el camino. El regajo se hacía arroyuelo, el arroyuelo arroyo,

el arroyo torrente o cascada. La voz del agua se engrosaba, formaba ya una sinfonía que llenaba toda la región. El ejército de gotas, regajos, arroyos y cascadas se precipitaba por el valle a la conquista de la llanura. Veíase una amplia cinta desplegarse y avanzar en línea casi recta arrastrando ramitas y agujas de pino-abeto, mientras no lejos de allí un plateado hilillo culebreaba perezoso o se perdía de pronto entre el musgo marchito.

A dos o tres cientos metros de Hernam, el río rompió también sus hielos. Caminó primero entre carámbanos que flotaban en la superficie, con precauciones y tanteos de convalesciente. Pero de pronto su fuerza puso en razón al cuajo invernal. Echóse a correr gozoso de ser libre y los sauces y los helechos de la orilla, medio cubiertos aún de nieve, se estremecían a su paso. Desde la cima de las colinas, desde los campos en declive, podía verse por entre las ramas desnudas de los álamos blancos, el fulgor de sus aguas plateadas.

En Hernam los síntomas de la primavera eran aún más perceptibles. La nieve de los prados y de los huertos se reblandecía, se ahollaba, formaba aquí y allá pequeños surcos. Aparecían ramilletes de amarillas primaveras, un vigoroso croco azulado, humildes belloritas blanco-rosadas. Resultaba un espectáculo emocionante ver la prisa que llevaban las flores por nacer y vivir. A penas se fundía la nieve ya asomaban ellas sus risueñas cabecitas de diferentes colores. Llegaron también los pájaros. Los mirlos comenzaron a silbar y a responderse de una a otra rama, el cuclillo lanzó su melancólico cucú, las matinales alondras gorgearon en ~~las~~ labrantíos y prados y el canoro ruiseñor inició sus conciertos vespertinos. Apareció también la yerba. Primero fué como diminutas puntas de espada perforando el húmedo suelo. Se alargaron después formando tallos de un verde tiernísimo. En las ramas mondas y lisas de los cerezos, de los manzanos, de los ciruelos, comenzaron a aparecer botoncitos rosados. Poco a poco se hin-

charon, se desplegaron, formaron flores rosadas y blancas. La nieve cubría aún la cima del monte y los frutales de Hernam estaban ya floridos. Los castaños, los tilos, los álamos blancos, los arces y los chopos se cubrieron también de yemas. Crecían a ojos vistos: se abrían formaban tiernas y arrugadas hojitas que se agitaban al menor soplo de aire como torpes manos de recién nacido.

Los soldados volvieron a subir y a bajar por la única calle de la aldea con sus botas claveteadas, su aire aburrido y su hablar gutaral.

Las labriegas iban de nuevo a los campos con los aperos al hombro.

La chiquillería se lanzó también a vivir al aire libre. Luchaba con los cerdos, con las gallinas y los gansos, chapoteaba en las charcas, con sus galochas, perseguía a los gorriones, cazaba orugas...

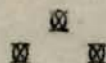
Los rayos tibios del sol habían fundido la nieve que cubría las tumbas de los fusilados y en seguida una o dos ^{aldeanas} ~~labriegas~~ fueron al cementerio con una pala y un rastrillo para limpiarlas y ordenarlas.

Greiz volvió a inspeccionar las aldeas bajo su jurisdicción y una vez por semana iba a Kirch a someter y comunicar al comandante las cuestiones del servicio y a recibir órdenes.

No pasaba nada absolutamente. Parecía que la montaña se hubiera tragado a los rebeldes. El Estado Mayor sabía, sin embargo, que no sólo no disminuían éstos, como había esperado, sino que aumentaban de una manera alarmante. La resistencia nacional contaba ya con un ejército organizado y éste desplegaba sus actividades en otras regiones de clima más benigno. Pero allí cada hombre y cada mujer, habiendo aparentemente aceptado la situación, estaban esperando con anhelo un gesto de sus jefes ocultos para convertirse abiertamente en enemigos. Aunque sin ignorarlo, las autoridades de ocupación no podían detener

y encarcelar a la mujer que les lavaba la ropa y les remendaba los trajes, al escribiente que estaba a su servicio, al intérprete oficialmente destacado, al vendedor de verduras y frutas, al zapatero, los cuales no cometían ningún delito ni contravenían a ninguna orden.

■



"Madre", dijo una mañana Miguel incorporándose en la cama, "ese rumor que siento, ¿es el de la fuente?"

"Sí", dijo Ada, "ha llegado la primavera."

El enfermo escuchaba el murmullo del agua y contemplaba con avidez la pincelada de sol en el enlosado de la cocina. "Vives aún, vivirás todo el verano. Y quién sabe, tal vez te cures". Eso le decía la voz de la fuente y los pálidos rayos de sol mientras la tos, la ronquera, la fiebre y la debilidad creciente le decían: "¿Qué vas a vivir tú si eres casi un cadáver?"

Hasta la cocina ennegrecida y maloliente, llegaba el triunfo de la luz, el canto del agua y de los pájaros, la fragancia de la hierba y los gritos de los rapaces peleando en la calle con los animales domésticos. Todo invitaba a Miguel a salir y participar al concierto maravilloso de la vida.

Sin decírselo a Ada, se envolvió en su viejo capote y trató de caminar hasta la puerta de la calle. Las piernas le temblaban, le dio sudor y vértigos; viose obligado a desistir. Una y otra vez, mientras su madre estaba en el bancal, el enfermo insistió. Pero al tercer o cuarto paso olvidaba la invitación de la primavera, sólo pensaba en volver cuanto antes al lecho y dejarse caer en él, cerrar los ojos, abandonarse. Sin embargo, ni un solo momento se declaró vencido. Había pasado el invierno convencido de salvarse si llegaba hasta abril. Su voluntad luchaba encarnizadamente con el mal, disputándole la vida palmo a palmo. A veces, fatigado de la enorme tensión nerviosa, se entregaba a un pasajero fatalismo. Inmediatamente sentía la batalla perdida. Se imaginaba como estaría en su lecho de muerte, estirado y

blanco y Ada arrodillada a sus pies, rezando. Imaginábase también lo que sentiría su madre en aquel momento: dolor y desesperación y al mismo tiempo alivio y una especie de gozo al decirse: "Yo veo, oigo, respiro aún." Miguel se incorporaba bruscamente en el lecho, sentía los golpes de su corazón precipitados y violentos, el latir de sus sienes: "Yo también respiro aún, veo y oigo. Esto es vivir."

Con los ojos muy abiertos escudriñaba la oscura cocina donde siempre flotaba un vaho azulado. Trataba de descubrir^a la muerte en un rincón. Se la imaginaba como a un animal cauteloso y traidor espiando un descuido para echársele encima. Temía dormirse y no despertar y al pensar en eso se preguntaba si sería posible, como afirmaban algunos compañeros de hospital, que después de la muerte no hubiese nada, que todo, absolutamente todo, terminase con la vida. Miguel no podía creerlo. Resultaba demasiado horrible. Algo, no sabía qué, una lucecilla, un hálito, sobreviviría a la carne. Esa luz maravillosa del entendimiento que acompaña al hombre y le guía a través de su existencia, no podía desaparecer. Miguel aceptaba la idea de morir pero no enteramente. Con dudas, con ansias, con vacilaciones iba agarrándose a la esperanza del más allá. Y al creer en la continuación de algo, aunque se resistiera a darle el nombre de alma, pensaba un instante en la eternidad y ese pensamiento le estremecía. Poníase a calcular el tiempo y sumaba siglos y más siglos. Era un cálculo enorme, pero los millones de siglos representaban una cantidad de tiempo limitada por un fin, mientras que la eternidad... ¡Qué cosa más aterradora! Miguel sentía los latidos del corazón precipitarse hasta llegar a producirle una sensación de ahogo. Luego empezaba a sudar y durante unos minutos creía que su fin estaba próximo. Pero de pronto se sentía interesado por el más cotidiano y prosaico de los acontecimientos: Era la hora de la merienda, Ada se entretenía unos mi-

nutos más en el huerto o en el corral. Miguel temblaba de impaciencia. Miraba fijamente el reloj de péndulo. Cada torpe y brusco movimiento de la aguja al pasar por la esfera era como un alfilerazo en su carne. ¿Qué estaría haciendo su madre? ¿Cómo podía olvidarle así?

Llegaba Ada resoplando y el enfermo iba a lanzarle ya un reproche o una punzante ironía cuando la anciana gemía:

"¡Ay, mis riñones!"

Al fijarse en aquel cuerpo encorvado, en aquel caminar vacilante, en aquellas manos torpes y temblonas Miguel se limitaba a dar un gruñido.

Ada calentaba la leche, cortaba pan en un tazón, echaba encima el líquido humeante. La mirada ávida de Miguel seguía con apasionado interés la operación como si el equilibrio y la paz del mundo dependiesen de ella. Sorbía la leche y se tragaba el pan con ansia diciéndose que así adquiriría fuerzas, luchaba contra la enfermedad.

Recordaba a menudo la inicua revisión médica que le llevó al frente a pesar de su pecho hundido, su respiración corta y su faz amarilla. Como decía el pacifista: "El cuerpo de un tísico sirve lo mismo que el de un sano para blanco de balas y alojamiento de metralleta". Sin embargo, Miguel veíase obligado a reconocer que gracias a esos infames médicos militares le quedaba aún un poco de vida. Porque de haberlo declarado inútil ^{hubiera vuelto} ~~volviera~~ a Hernán y los ^{ocupantes} ~~cesacos~~ le ^{habrían} fusilado como a los demás rehenes.

Una mañana, después de repetidos ensayos, Miguel consiguió por fin llegar hasta la puerta de la calle. Al volver del bancale, Ada le halló sentado en una silla baja, envuelto en el capote y tiritando pero con una expresión de triunfo en la mirada.

"¿Cómo te sientes?"

"Bien".

Ada se apresuró a calentarle un tazón de leche y se lo sirvió

fuera.

Miguel sorbió hasta la última gota y en seguida se puso a respirar con avidez la brisa del monte. La aspiraba con fe, como si fuera la mejor de las medicinas, mientras sus ojos se bañaban en la paz del paisaje.

Huyeron los celajes del invierno, bajos, tupidos, monótonos: ahora rodaban por el espacio montones de espectaculares nubes blancas y grises que tan pronto desaparecían con una rapidez de bambalinas, dejando el cielo despejado y brillante, como degeneraban en imponentes cerrazones que terminaban en aguacero.

Aquel día, Miguel pudo asistir al más variado de los espectáculos. Vio llegar la cabalgata de vapores: se esparcían como humo de incendio por los picos de la montaña, se escurrían como torrentes por el valle y en un instante cubrieron la aldea. Como si se abrieran las esclusas del cielo, la lluvia comenzó a caer. Miles de chorros plateados descendían y se aplastaban ruidosamente sobre los tejados, sobre los frutales, sobre la hierba. Formaban una tupida cortina que escondió en seguida las praderas y después la casa de Marta, los huertos, el camino.

Pronto cesó de llover y Miguel pudo contemplar los árboles chorreando y las hojitas nuevas cubiertas de relucientes gotas. Los prados verdeaban brillantes como terciopelo y a lo lejos, por el lomo verde oscuro de las colinas, se deslizaban grandes manchas de sol.

El viento se había puesto a soplar del noroeste. Alborotado y travieso, plegaba el centeno crecidito ya y arrancaba las últimas flores de los manzanos y los ciruelos.

Del bosque cercano llegaban rumores graves de órgano, se esparcían por el espacio, resonaban y se amplificaban perdiéndose en lontananza.

La fuente cantaba en el abrevadero y las vacas de Marta, lentas

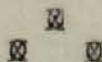
majestuosas como animales sagrados, pasaron una en pos de otra. La campesina iba detrás con una varita en la mano. Al ver al enfermo levantado le gritó:

"¡Bravo, Miguel!"

Mientras ella estuvo en la fuente Miguel no le apartó la mirada. Luego que hubo desaparecido con el hato, el enfermo volvió a fijarse en las cosas que le rodeaban. Con el viento noroeste venía el rumor del río y también el susurro de los chopos de la placeta. De las praderas húmedas trascendía el perfume de narcisos y violetas silvestres mezclado al olor del estiércol de los establos vecinos.

Los gorriones revoloteaban, Miguel inmóvil en su silla, podía observar todos sus movimientos y ver el brillo de sus ojillos redondos. Se bañaban en un charco del camino, sacudían las alas, chillaban persiguiéndose de un árbol a otro. "¿Qué darían los fusilados", pensaba el enfermo, "por ocupar mi lugar, ver, oír, oler todo esto?" Y ¿dónde estará ahora lo que queda de ellos: esa lucecita, ese hálito desprendido de la materia en el momento de morir?"

Y Miguel miraba anhelante el espacio como si esperara encontrar en él algún indicio de esas almas errantes.



Los soldados estaban ebrios de primavera pero su embriaguez era triste. Vieron los árboles cubrirse de hojas nuevas, vieron los aterciopelados prados cuajarse de azulinas, margaritas, gencianas, botones amarillos, ojos de lobo, belloritas, miosotis y otras innumerables flores de las cuales no conocían el nombre. Asistieron al despertar del agua manifestándose en carreras y saltos, susurros y murmullos cristalinos, oyeron el trinar y pliar de las aves y contemplaron la nitidez y anchura del firmamento. Todo esto era exaltante y al propio tiempo deprimente. La llamada imperiosa de la naturaleza triunfante reavivaba en ellos el deseo de juntarse con sus mujeres o hallar novia o compañera.

~~Rebeldes~~ ~~Decaída~~ el entusiasmo patriótico y guerrero (suponiendo que lo hubiesen ^{tenido} ~~habido~~ alguna vez). Las banderas flameantes, los himnos bélicos les parecían futilidades. Sólo pensaban en el país, en el amor y algunos en la familia.

"Mi teniente", decía Pietrot Lomja a Alexis Greiz. "Los muchachos se mueren de tedio. Mirtva dice que en Kirch y en Mulstein más X de un soldado tiene aventuras con mujeres del país y usted nos impide acercarnos a ellas."

"A mí me importa poco lo que pasa en Kirch y en Mulstein", contestó Greiz, "y menos aún lo que dice Mirtva."

"Con su permiso, mi teniente, somos muchos a quienes falta la mujer."

"No sabía que estuvieras casado", dijo con ironía el oficial.

"Soy soltero, mi teniente, ¿ya lo ha olvidado?"

"Entonces, ¿qué maulas a propósito de mujer?"

-98- 138

"Bueno... mi teniente, quiero decir... que somos hombres."

"¡Qué noticia!"

"...y jóvenes. Nos falta el amor, mi teniente".

"¡Animal!", exclamó Greiz sin poder contener la risa, "no profanes esa hermosa palabra". Púsose serio. "¿A qué llamáis vosotros amor, especie de bestias?"

"Ya sabe usted lo que quiero decir", suspiró humildemente el soldado.

"Sí, en efecto, sé lo que quieres decir y me da pena oírlo. Coméis, tenéis cama, respiráis el aire puro, pero aún no estáis contentos. Os falta el amor, como llamas a eso."

Se había puesto a pasear por la cocina y de pronto paróse ante el soldado:

"Lo que vosotros necesitáis es un par de escaramuzas con los guerrilleros. Eso os enseñará a apreciar vuestra suerte."

Pietrot Lomja exhaló un suspiro.

"¡Esperad, por Júpiter!", exclamó Greiz. "Ya llegará el final de la guerra, volveréis al país, os juntaréis con vuestras mujeres o os casaréis. Aquí hemos venido a ocupar el territorio, a vigilar a los resistentes; no a aparejarnos. Siento tener que repetir tantas veces lo mismo: al que vea en compañía de una mujer, le mando inmediatamente al calabozo de Kirch."

Pietrot iba a replicar, pero el teniente le señaló la puerta.

"Puedes disponer, Pietrot."

"A las órdenes, mi teniente."

El soldado repitió a sus compañeros las palabras del jefe.

Mirtva estalló.

"Ese hombre no tiene entrañas."

Koula extendió la mano como para calmarlo.

"Es un fanático de la disciplina."

"Un maniático", dijo el Peque.

"Al fin y al cabo cumple con sus deberes de oficial", observó Gerah.

"¡Oh, tú...!"

Mirtva miraba al cabo con desprecio.

"Tú eres su esclavo y Lomja su perrillo".

"Aquí no hay esclavos ni perrillos", replicó secamente el cabo.

"Cada uno hace su deber y el teniente ^{es} ~~es~~ responsable de todos."

"Un oficial no debería meterse en la vida privada de sus soldados", opinó el Peque.

"En la guerra no hay vida privada", observó Koula.

"¿Qué mal hay en frecuentar mujeres y hasta en liarse con ellas mientras no se olviden los deberes militares?"

"Eso digo yo", asintió otro soldado.

"Aquí, en Glosters y en Meaully no hay hombres y las mujeres se mueren de hastío y nosotros idem de idem, gracias a nuestro jefe.

"Repito que un oficial no debería meterse en la vida privada de sus soldados".

"Y yo repito que no tenemos derecho a ella".

Se armó una discusión a propósito de vida militar y vida privada. Los soldados se habían dividido en dos bandos. Mirtva aseguraba que ningún reglamento ni código militar determina si un soldado tiene o no derecho a pasear y hablar con mujeres.

Algunos convinieron en que Greiz se excedía.

Cuando los ánimos se hubieron calmado algo, Gerah insistió en justificar al jefe.

"Es una cuestión de moral y de prudencia; el teniente estima que es peligroso para nosotros intimar con las mujeres del país con las que no podemos casarnos."

"¡Guernos!", chilló el Peque.

"Lo que pasa," dijo Mirtva, cada vez más exaltado, "es que él no puede comprendernos, es un eunuco."

"¡Basta Mirtva!", gritó Gerah con severidad. Pero el aludido no le hizo el menor caso.

"¿Es su conducta la de ~~un hombre normal?~~ un hombre normal?"

"¡Cállate o te rompo las narices!", saltó Pietrot furioso.

El Peque soltó una insolente carcajada.

"Puedes romper narices y hasta jetas, eso no le dará virilidad a tu ídolo."

Mirtva se retorció de risa.

"¡Ah! ah! ah!"

Pietrot se abalanzó sobre él, le tapó la boca con una de sus manazas. Gerah y Koula tuvieron que intervenir para que no le lastimara.

En aquella época los soldados se querellaban a menudo. Por un quítame allá esas pajas se ponían a discutir y se decían las cosas más absurdas y soeces, usaban palabras y conceptos que nunca hubieran empleado antes.

W
W W

Marta preparaba la colada de primavera, la más importante del año. Se levantó al amanecer, encendió primero un hermoso fuego de leños en el jardín, colocó sobre las llamas las monumentales trébedes capaces de sostener el caldero que fué llenando balde tras balde.

Mientras el agua se calentaba la campesina examinaba las piezas y quitaba las manchas en seco. Cuando el agua estuvo caliente depositó en ella abundantes pedacitos de jabón que previamente había cortado. El perfume del jabón hervido se esparció por el aire, penetró en la casa, llegó a la cocina.

Pietrot le servía el desayuno a Greiz. De pronto levantó la nariz y aspiró el aire.

"¿A qué huele, mi teniente?"

"A limpio", contestó Greiz después de haber igualmente respirado el aroma de jabón hervido. "Este insidioso olor me recuerda nuestra casa de Lotz; mis hermanas efectuaban también una colada en primavera."

El joven se quedó con la taza en la mano y la vista perdida en el vacío.

Después del desayuno los dos hombres salieron al jardín. Vieron el fuego chisporroteando y el enorme recipiente que humeaba. Marta, muy atareada, iba del lavadero al perol con los brazos cargados de ropa.

"¿Va usted a hacer sola la colada?" preguntó de pronto Greiz.

"Pues ¿quién va ayudarme?"

"Nosotros, si usted lo permite".

Marta levantó los hombros.

"Esto es faena de mujeres."

Bastián y Pedro, así como los demás mozos de la casa, no participaban jamás a los trabajos del hogar, que todo el mundo en la aldea consideraba como indignos de los hombres.

Greiz se acercó a Marta, explicó:

"En las ciudades hay máquinas para toda clase de usos domésticos: friegan, lavan, secan y planchan."

"No me convencen", contestó Marta sin dejar de trajinar ropa y añadir leña al fuego. "Prefiero usar mis puños."

"Lo comprendo muy bien", dijo el teniente. "Uno tiene cariño a su ropa, gusta tocarla, arreglarla, olerla."

Marta pensaba: "¿Por qué le habré contestado tan naturalmente? ¿Acaso ha dejado de ser mi enemigo?"

Con un par de palos revolvía la colada que estaba ya en ebullición.

"¿Hay que menearla sin cesar?", preguntó el teniente.

"Es preferible. Si deajo de hacerlo puede pegarse alguna pieza a las paredes del caldero y quemarse."

Dejó caer los brazos, suspiró.

"¿Es muy cansado?", preguntó Greiz. Y antes de que ella pudiera evitarlo le quitó los palos de la mano, púsose a menear la colada.

"¿Así?"

La campesina miraba al oficial revolver la ropa torpemente. Aquel elegante mozo luciendo impecable uniforme, muy tieso ante el caldero humeante, resultaba ridículo y al propio tiempo conmovedor. Marta experimentaba una extraña sensación formada de vergüenza y de gozo. Ese hombre que tan familiarmente se mezclaba de pronto a su vida, era el mismo a quien ella se negó a hablar en otoño, el mismo que hizo instalar el árbol de Navidad en la cocina pese a su muda y dolorosa protesta. ¿Qué sucedía de pronto para hacérselo olvidar?

La luz se derramaba a raudales del firmamento, era viva, diáfana, risueña. Las flores exhalaban sus perfumes mezclados. Según de donde venía el aire, o en que dirección se volvía la cara, uno de los olores se imponía a los demás. Era tan pronto la jeringuilla como la madre selva, las azucenas como las lilas. El agua del regajo brillaba y corría alegremente entre la verde hierba moteada de florecillas multicolores. Los gorriones revoloteaban y chillaban disputándole la pitanza a los polluelos.

Greiz seguía revolviendo la colada mientras Pietrot reía con la boca de oreja a oreja.

"Así, no.", dijo Marta adelantándose y tomando los palos al teniente. Sus manos se tocaron y una llamarada escarlata subió por las mejillas de la campesina.

"¿Cómo, pues?"

Greiz estaba cerca del caldero con los brazos separados y las manos abiertas en ~~una~~ actitud poco marcial. Sus pupilas grises se dilataban a fuerza de fijarse en la maniobra.

"Hay que hacer rodar siempre las piezas en el agua sin dejar que se peguen a las paredes del recipiente", explicó Marta.

Jefe y subordinado seguían con concentrada atención todos los movimientos de la campesina.

"Parece usted un director de orquesta con dos batutas", observó Greiz.

Pietrot soltó la carcajada. Marta sonrió. En seguida frunció el entrecejo. Decididamente aquello no estaba bien. ¿Qué dirían Erika y Catalina Krefeld, los Rohe y la demás gente del pueblo si la vieran alternar con esos hombres? Hasta Miguel, que aceptaba los regalos del teniente, la censuraría de seguro. Por suerte, la casa y los corrales escondían a las miradas de los curiosos la escena del jardín. Pero desde el camino podía oírse la voz y la risa de los militares. ¡Qué vergüenza si el pueblo se enterase!

- 96 - 744

"¿Cuánto tiempo hay que revolver la ropa?", preguntó el oficial.

"Mientras dure el fuego."

"¿Y entonces?"

"Se deja en el agua enjabonada y caliente hasta mañana."

■

Al día siguiente cuando Marta salió al jardín para sacar la ropa de la colada encontró a los militares esperándola ya, dispuestos a darle una mano. Llevaron la caldera al lavadero, luego al verla salir con una sábana en los brazos se apresuraron a quitársela y comenzaron a tenderla.

"Primero hay que escurrirla", dijo Marta.

La cogieron cada uno por un extremo y la retorcieron energicamente. El agua les salpicaba las botas y los pantalones.

"¡Por Júpiter!", juraba el oficial.

"¡Atrás, mi teniente!", gritaba el soldado.

Daba risa verlos vestidos de uniforme con los brazos cargados de ropa chorreante, voceando y maniobrando torpemente.

"¡Basta, basta!", gritó Marta. "¡Van a destrozarme la sábana!"

"Ahora, a la cuerda", ordenó Greiz como si mandara un escuadrón.

Tendieron la pieza doblada por la mitad.

"No", dijo Marta, "hay que tenderla por un extremo."

"¿Y cómo se aguanta en la cuerda?", preguntó el teniente.

"Con las pinzas".

Les mostró como se tendía y sujetaba.

"Esta cuerda está floja", observó Greiz.

"Habrás que estirarla", contestó Marta acercándose.

Los dos hombres la desataron, volvieron a tenderla hasta que estuvo muy tirante.

"¡Listo!", anunció el teniente con la misma seriedad que diera

- 745
cuenta a su comandante del resultado de una expedición peligrosa.

"¡Listo!", repitió Pietrot como un eco.

"Muchas gracias", dijo Marta; "las piezas que quedan las tendré yo."

Los militares se fueron.

Pero ¿qué me sucede?, se preguntaba la joven muy alarmada. Todo esto no es natural.

Quedóse un momento inmóvil advirtiendo que el zafío Pietrot le inspiraba casi simpatía; en cuanto a Greiz... Sus mejillas comenzaron a arder y su corazón a latir más aprisa. "¡Dios mío!", murmuró, "devuélveme el odio". Pero aquel sentimiento de la primera época parecía marchito, cansado, envejecido ya, como su doloroso amor a los fusilados.

Entre tanto las florecillas brillaban en la hierba, el regajo espejaba deslumbrante, rumoreando alegremente. La jeringuilla, la madre selva, las azucenas y las lilas exhalaban sus fragancias mezcladas. Por el luminoso firmamento pasaban rápidas las golondrinas.

La luz del cielo, el bisbiseo del agua, el perfume de las flores y la voz de los pájaros repetían una y mil veces:

Murió el invierno, ¡viva la primavera!

■

Durante el resto del día Marta hizo cuanto pudo para evitar a los militares. Trabajó intensamente en los labrantíos y en la casa, comió en el campo entre los nabos y las remolachas floridas, visitó a Miguel y se acostó sin haber entrado en la cocina donde Greiz y Pietrot mantenían ~~una~~ animada conversación. Ada Ingrid le había dicho que la gran ofensiva de primavera había empezado y Marta pudo responderle: "¡Gracias a Dios!"

Se metió en cama pensando en la liberación. Rezó, como cada no-

che, por el alma de sus padres y hermanos, por la de Nicolás y Thoss, por la de los mozos de labranza fusilados. Su último pensamiento antes de dormirse fué de amor y de admiración hacia los campesinos resistentes. Pero soñó que se paseaba por los prados en compañía del teniente. Llegaban a un arroyuelo, el joven la daba la mano para ayudarla a pasar y ese contacto le procuraba una sensación deliciosa. De pronto surgió un obstáculo; un lienzo blanco parecido a una inmensa sábana, extendido a través del camino. "¡No lo pise, por Dios!", suplicaba Marta. Estaban separados por la mancha luminosa. "¡Salte!", decía el teniente. Pero ella no se atrevía. Entonces él la tomó en sus brazos y la pasó.

Justo en este momento Marta se dió cuenta de que había soñado. Se hallaba en un estado de semi conciencia y deseaba volver a soñar. Permanecía quieta con el rostro hundido en la almohada. De súbito se halló en el huerto, otra vez al lado de Greiz. Este se subía a un cerezo, cogía almorzadas de cerezas y las dejaba caer en el delantal que Marta le tendía. Con una cereza entre los labios el teniente saltó al suelo, acercó el rostro al suyo. "Muerde, muerde", le decía. "No, no", replicaba ella muy turbada y al mismo tiempo muy dichosa. Iba sin duda a juntar sus labios a los del joven cuando él se tragó la fruta. ~~El teniente le cogió en sus brazos~~ y le decía: "Llámame Alexis".

Despertó bruscamente. Oía ~~la trepidación de un motor~~ ^{gritar a un hombre} al parecer ante la casa. Se incorporó, encendió un fósforo. El despertador marcaba las tres y media. ~~Una voz~~ ^{ronca} ~~recia de hombre~~ gritaba algo desde la calle. El teniente le contestaba desde arriba. Un momento después los pasos de Greiz resonaron en la escalera, la puerta de la casa rechinó, dió un portazo seco. ~~El roarón del motor se alejó, repercutiendo de~~ ^{la voz de los dos hombres se aleja} ~~lejos en lejos. la del desovuido parecía excitada y arre-~~ ^{naoada.}
A dónde se dirigiría el teniente a esas horas y por qué habrían

-99-147

venido a buscarle? Tal vez se iba para siempre. Mejor, mejor, más valía así.

Marta cerró los ojos, quedóse inmóvil, bien decidida a desinteresarse de Greiz y dormir lo mejor posible. Y por tercera vez aquella noche, Greiz se le apareció en sueños. Estaba a punto de marcha, llevaba puestos el capote y el casco. "Usted y yo no podemos vivir juntos", decía en tono despectivo. Pretendía llevarse los muebles de la habitación de Bastián. Marta suplicaba sollozando: "¡Déjeme la cama de mis padres!". Pero el oficial mandó que la cargasen en un camión. Marta se interpuso y Greiz la apartó brutalmente. La sorpresa y la pena ahogaban a la campesina. Sus propios sollozos la despertaron.

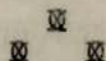
Recordó que el teniente se había marchado en mitad de la noche y al pensar en el sueño que había tenido experimentó gran congoja. Tuvo miedo de volver a soñar y aunque todavía era de noche, saltó de la cama.

Las lágrimas se deslizaban por su rostro. Con el faldón de la camisa se las enjugó. En seguida empezó a vestirse y de pronto acercóse a la mesita tocador, alzó la mano con el candil, ^{se} miró ^{en} el espejo. Se le escapó un suspiro muy hondo. ¡Cómo había envejecido en tres años! Nunca se consideró bonita, pero ahora... Infinidad de arrugas horizontales y oblicuas surcaban sus mejillas y frente, y la boca, de comisuras caídas, dibujaba un gesto lacio y amargo. Sólo los ojos conservaban su mirar franco y enérgico.

"¡Vieja ya, y aún no sé lo que es el amor ni un poco de dicha!"

Pero reaccionó en seguida:

"¿Qué importa?", dijo en voz alta. "Bonita o fea, joven o vieja, buena soy para cuidar vacas y ánales, trabajar la tierra y embellecer las tumbas de los fusilados."



Con la humedad de la nieve y el frío del invierno las cruces se habían ennegrecido y desequilibrado: la de Bastián se torcía a la izquierda, la de Pedro se inclinaba hacia delante. Un poco de musgo crecía en el ángulo de una de ellas, un par de felpillas subían lentamente por la otra.

Marta se puso en seguida a trabajar. Enderezó y aseguró los palos, limpió cuidadosamente las tumbas rastrillando la hierba y las hojas muertas que cubrían la tierra. Plantó en ellas nuevas plantas de pensamientos, y de anémonas que había traído exprofeso del jardín.

Por los huecos de la cerca de palos la pradera invadía el cementerio campestre; en el césped relucían algunos botones de oro, belloritas y miosotis.

Los pájaros, irreverentes, se posaban en los brazos de las cruces, sacudían las alas, piaban, arrullaban, se daban el pico. Mariposas de finísimos matices: azul celeste, amarillo, coral y crema, manchadas y ribeteadas de negro y rojo, se detenían en las flores, sorbían su jugo mientras sus finas alas se plegaban palpitantes. Azuleas, violetas blancas, gencianas y redodendros abrían sus pétalos, mostraban sus frescos y apetitosos cálices. Las manos piadosas de las mujeres las habían metido en tierra y cuidado para que acompañaran a sus difuntos, pero las plantas no se resignaban a su limitada misión de adornar sepulturas, querían vivir sus efímeras y humildes existencias, independientes de los hombres.

El sol brillaba en el firmamento azul. En los pastos cercanos rezaban riachuelos escondidos, y a veces, pasaba un soplo de brisa que traía olores de tierra removida y de violetas.

Flores, aves, insectos, ignoraban la muerte, se afanaban por vivir con una prisa avasalladora.

Marta sentía también la invitación de la naturaleza: vivir, amar. Sus sentidos recogían con deleite esta insinuación tentadora. La fidelidad al dolor se retiraba también del cementerio de fusilados. La visión de las tumbas no lograba apartar de la mente de Marta el sueño de aquella noche y su dulzura embriagadora.

De pronto dióse cuenta de que no estaba sola en el cementerio. Volvió el rostro, vió a la hija de Rohe. Esta la había visto también.

"Buenos días, Marta".

"Buenos días, Marieta".

Llevaban mucho tiempo sin hablarse. Marta se apercibió en seguida de la hermosura intacta de su antigua rival. El sufrimiento parecía embellecerla aún. Esos mismos ropajes de luto, ¡qué bien armonizaban con su negra y lustrosa cabellera! Y sus ojos verdes, moteados de pardo, ¡como brillaban triunfalmente a pesar de aquel fondo de melancolía! Y su boca de dientes menudos, ¡cómo sonreía provocante bajo las palpitantes aletas de la nariz aquilina!

"¿No sabes la gran noticia?"

Marta levantó los hombros con desdén.

"Dicen que en Montevésoul se está librando la batalla definitiva.

"No lo creo. Notaríamos algún movimiento de tropa, oíríamos cañonazos."

"El teniente se ha escapado durante la noche y ahora mismo han embarcado a los soldados en un camión."

"¿A todos?"

"Sí; con otros que venían a por ellos".

Después de un momento de silencio, Marieta añadió:

"Puede que ya no vuelvan."

"¡Ojalá!", exclamó Marta. *Y una desolación inmensa se aparcio por el interior de su ser.*

"Padre tendrá un disgusto", observó Marieta con ironía.

Marta enderezó el busto, fijó la mirada en la joven.

"¿Un disgusto?"

"Está a partir un piñón con el teniente".

Viendo que Marta no estaba dispuesta a conversar, Marieta decidióse por fin a acercarse a la tumba de Gregorio. Pero le faltaba el valor para limpiarla y adornarla que era en definitiva lo que había ido a hacer al cementerio. Quedóse con las manos caídas y la mirada fija en la tierra. No veía el montón alargado, ni la cruz levantada a un extremo sino un imaginario campo de avena cuyos tallos agitaba la brisa. La avena formaba oleaje y sus ondas eran tan pronto de un verde plateada como de un verde opaco. Gregorio estaba cerca de ella y de pronto la cogió por el talle. El olor dulzón de la hierba se esparcía por el espacio mezclándose a la fragancia de narcisos silvestres y de violetas. "Echémonos un momento en el margen", decía Gregorio. Las golondrinas volaban a gran altura y una alondra gorgeara en el campo vecino. El quiso tomar a Marieta en sus brazos. "No, Gregorio, ¡aún no!". Cerca del río los sauces y los helechos murmuraban cosas dulces e incomprensibles. "¡No me quieres!", suspiraba el muchacho.

¡Pobre Gregorio! ¡Qué coqueta había sido con él. ¡Cómo le había hecho sufrir! ¡Ah, si él pudiera volver por un momento! ¡Si pudiera ella abandonarse en sus brazos aunque fuera sólo una hora...!

Los sollozos estallaron en la garganta de Marieta, quebraron el silencio del pequeño cementerio campestre.

"No puedo creer que esté muerto", dijo acercándose a Marta.

Marta estaba pensando en Nicolás Krefeld cuyo cuerpo se hallaba junto al de sus hermanos. Le parecía mentira que hubiera podido olvidarlo e interesarse por otro hombre. ¡Y qué hombre! ¡Su propio asesino! Miró a Marieta distraídamente y al verla tan compungida y sin em-

bargo tan hermosa, no pudo retener un flechazo de veneno.

"Pues, hija, ¡aquí tienes la prueba!" Y con un gesto circular señaló las treinta y dos tumbas.

Pero la otra ~~parecía invulnerable~~ no la escuchaba. Dijo:

"¿No sabes lo que mi Gregorio gravó con su navaja en la pared de la Alcaldía momentos antes de ser fusilado? Padre lo descubrió no hace mucho. Decía: Te amo, Marieta, adiós para siempre.

Esperó en vano la ~~monstruosa~~ reacción de Marta. Al parecer ni la veía ni la oía. Estaba inclinada sobre la tierra que aplanaba con la mano alrededor de unos pensamientos.

Qué rencorosa^{ba}, pensó Marieta. "Ni aun ahora que todos están muertos me perdona el amor de Nicolás".

Saló del cementerio sin despedirse. Empezó a caminar por un sendero que se alejaba de la aldea y de la carretera de Meaulx. Iba entre el centeno naciente respirando el olor de la hierba tierna. Oía el rumor grave del agua corriendo hacia el molino de Hauser y a las golondrinas chillando a través del espacio.

Marieta rechazaba las manifestaciones de la joven primavera pero éstas la perseguían. No quería ver las floridas praderas donde tantas veces se sentó con Gregorio, ni oír los píos y los gorgoros de las aves que a menudo escuchó con Gregorio, ni aspirar el aire tibio y fragante que justo un año antes para quella misma época se confundía aún con el aliento de Gregorio.

Casi corriendo llegó al robledal. Siguió hasta donde se levantaban los primeros abetos. Respiró larga y hondamente el aire selvático, húmedo y frío. Levantó la mirada hacia las profundidades vegetales de las mil ramas y agujas formando techo. La primavera se manifestaba allí con menos insolencia. El corazón de Marieta latía ya con más sosiego y su espíritu se serenaba. De pronto recordó al capitán Dreltal y como estaba aquella mañana: colgado de una rama con una mecha

rubia balanceándose sobre su rostro y sus azules pupilas ya vidriosas, fijas en ella acusadoramente. Quiso vanagloriarse de haber contribuído a la captura del oficial enemigo y recordar con orgullo las calurosas felicitaciones de los resistentes, pero ya no podía. El espectro del joven capitán había dejado de ser la sombra de un enemigo; era la de un hombre sano y hermoso capaz de amar a una mujer y tal vez procurarle horas de dicha. Y ahora estaba enterrado en aquel bosque, en el lugar intrincado y fragoso donde el viejo Anrhem lo ocultara. Ya nadie lo hallaría jamás y su sombra vengativa erraría para siempre entre los robles y los abetos.

Huyendo de esa horrible visión, Marieta volvió a la aldea.

W
W W

Aquella misma tarde Erika se presentó muy excitada en casa de Marta. Dijo que por la mañana temprano había llegado tropa de Kirch. Fueron en grupo a llamar a los que se alojaban en su casa. La tropa venía mandada por un sargento y los hombres ponían caras rígidas y ceñudas. "Pero ¿nos llevan presos?" decía uno de los de Hernam sin pensar que Erika comprendía su lenguaje. Otro exclamaba: "A mí sí que, como que no he hecho nada..." Erika les había seguido hasta el Ayuntamiento donde esperaba el camión que iba a llevárselos. Cabizbajos y nerviosos, los doce hombres se preparaban a subir. Nadie se fijaba en la viuda hasta que ésta se acercó y le preguntó a un soldado: "¿Qué sucede?" "No sé", contestó éste, evasivo. Pero Erika había insistido porque aquel hombre era uno de sus alojados al que había dado papel de plata para Navidad. Entonces el soldado le susurró al oído: "Creo que se ha cometido una violación y una muerte."

Al repetir esta noticia, Erika se exaltaba por momentos.

"¿Qué gentuza más hipócrita!" Después de celebrar las Navidades con su árbol y sus canciones como la gente honrada, ahora violan y matan o matan y violan; no sé cual de los crímenes ha precedido al otro."

Marta callaba obstinadamente. Erika comentó:

"Es una raza de cerdos, sólo les mueve la gula y la lujuria."

Viendo que el silencio de Marta se prolongaba, Erika Egger se despidió. Marta no la vio siquiera salir. La noticia la había dejado anonadada. Una sensación de catástrofe embargaba su entendimiento y se decía: "No quiero preocuparme. Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí un crimen más después de tantos y tantos perpetrados contra nuestros perpetrados

tra nación? Comprendía sin embargo que no ^{la importancia} ~~era~~ ~~de valor~~ intrínseco del crimen lo que la afectaba. Era algo más íntimo, más hondo y personal, algo relacionado con el sueño de aquella noche. Se reprochaba amargamente el haber pensado demasiado en Greiz, el haber saboreado el recuerdo de aquel sueño y, sobre todo, el haber permitido que la ayudara a tender la colada. Sentía vergüenza y arrepentimiento como si el crimen del soldado fuera una consecuencia de su debilidad.

Había preparado una canasta de ropa para repasar y zurcir algunas piezas. Pero desde que llegó Erika con la noticia, ~~hasta~~ permanecía inmóvil sentada ante la caja de los hilos, con las manos caídas en el regazo y la vista clavada en el vacío.

Llegó la hora de darle el pienso a las vacas y la joven seguía ociosa. Hasta que Paloma lanzó un largo mugido desde el establo. Entonces Marta pareció despertar; púsose en movimiento y siguió ya como un autómatas practicando las faenas domésticas.

Después de cenar, volvió a sentarse con la intención de echarle una pieza a una sábana. Cogió la cajita con los enseres, buscó tijeras, hilo, dedal, recortó un rectángulo de tela, púsose a aplicarlo con esmero a la parte deteriorada. Pero en aquel momento oyó ruido de pasos en el camino. Dejó caer las manos y escuchó. Las pisadas pasaron y se alejaron.

[Ya no se acordaba Marta de remendar. Sus manos seguían inertes en el regazo y su vista fija en las llamas.

El reloj de péndulo dió las diez. Marta se levantó, fué hasta la puerta de la calle, la abrió y salió al camino.

La noche era fría y húmeda, no se oía ni un paso humano, ni un ladrido de perro, ni un ronrón de motor en lontananza. Pero de pronto ululó un buho en el robleda~~o~~; era como un grito desgarrador de alma en pena. Marta se estremeció, entró precipitadamente y echó el cerrojo.

Volvía a estar sentada cerca del fuego pero ya no intentaba siquiera coser. Habíase quedado rígida con el oído atento al gran silencio de las colinas circundantes, como si esperase que algún síntoma de vida lo quebrara.

Un rato después sonó un aldabonazo en la puerta. Marta se levantó de un salto.

"¿Quién va?"

"Teniente Greiz".

La voz no parecía la del teniente. Pero, en efecto, era él. Venía solo, con capote y gorra de visera. Dirigióse rápidamente a la escalera, dando apenas las buenas noches. Dejó el aire saturado de olor a cuero y a humedad.

Marta volvió a la cocina, dejóse caer en el asiento. La expresión del rostro de Greiz la había impresionado profundamente. En ese rostro nada recordaba al joven y amable teniente que tendía las sábanas haciéndose ayudar por su ordenanza. En pocas horas había envejecido. ¿Qué le habría sucedido a ese hombre para transformarle así? Greiz no se había acostado, la campesina oía sus pasos arriba en el cuarto de Bastián: iban, venían, parábanse un momento, volvían a resonar. Y cada uno de esos pasos era como un martillazo en el pecho de Marta. Por fin las pisadas dejaron de resonar y la joven subió a acostarse. Pero no logró dormir. Se ponía sobre el lado derecho y en seguida sobre el izquierdo. Se incorporaba, volvía a tumbarse. Ya no quedaba un palmo cuadrado en el lecho donde Marta no hubiera extendido piernas y brazos perpendicular y oblicuamente. El lienzo abrasaba y la almohada parecía repleta de pinchos.

IX

Martín Rohe tampoco dormía. Gerah, uno de sus alojados, le había dicho al marcharse: "Hasta luego." El pacifista dedujo que la tropa

iba a regresar la misma noche. Dijo a Edwich y a Marieta que se acostaran: él esperaría un rato junto al fuego. En seguida quedóse dormido. Pero se despertaba a menudo, abría un ojo soñoliento, miraba a la esfera del reloj de pared, volvía a adormilarse. Viendo que ibana dar las once y los soldados no volvían, decidió acostarse dejando la puerta entornada. Estaba a punto de apagar el fuego cuando llegó Gerah. Murmuró algo parecido a Buenas noches y desapareció sin que Martín tuviera tiempo de preguntarle por el otro alojado que era el soldado Mirtva. El pacifista permaneció algunos minutos en la puerta esperando al rezagado. Desde allí oyó pasos marciales que se alejaban.

Después de bostezar ruidosamente y estirarse, Martín subió a preguntar al cabo si iba a venir su compañero.

Gerah no había cerrado la puerta de la habitación, aún estaba con el capote puesto, sentado en una silla baja con la cabeza entre las manos. Al oír pasos levantó la mirada, sus ojos tenían una extraña fijeza y sus labios un temblor intermitente.

Impresionado por este espectáculo, ^{Martín} ~~el pacifista~~ no se atrevía a hablarle. Por fin dijo:

"¿Puedo cerrar la puerta, señor cabo?"

Chapurreaba la lengua de los invasores y la usaba a la menor ocasión.

Gerah contestó:

"Puede."

Pero Martín no se movía. Una sospecha espantosa le tenía clavado en el suelo con la vista fija en el cabo.

Este dejó el asiento, se acercó al campesino, dijo con voz forzada:

"Mirtva no volverá; le hemos fusilado."

En seguida, como asustado de sus propias palabras, se ^{apartó} ~~apartó~~ de Martín. Paseaba a grandes zancadas por la habitación y de pronto pa-

róse ante un impermeable colgado de una percha, lo miró con intensidad, ahogó un sollozo, apretó los puños mientras lanzaba una maldición entre dientes. Dirigióse a un mueblecillo cerca de la ventana, abrió uno de los cajones, hurgó en él durante unos minutos, hasta que halló lo que buscaba: un paquetito de cartas y una fotografía. Se quedó con ello en la mano, vacilaba, dudaba. De pronto lo tiró todo sobre la cama de su compañero, miró a Martín con ojos de alucinado.

El campesino estuvo un momento esperando que le dirigiera la palabra pero Gerah callaba y en vista de eso el otro decidió salir de la habitación.

" Buenas noches, señor cabo."

Gerah no contestó. No parecía haberle oído ni dado cuenta que salía cerrando la puerta con cuidado.

Inquieta al oír pasos y murmullos, Edwich se había despertado y esperaba a su marido sentada en la cama.

" ¿Que sucede, Martín?"

" Han fusilado a Mirtva."

" ¡Dios mío!"

La campesina se santiguó precipitadamente.

*

Habia en Glosters, a donde iban a menudo en acto de servicio los soldados de Greiz, una muchacha llamada Eddy Bretzer huérfana de un resistente muerto en una escaramuza entre la policía y los guerrilleros de la región.

Ernst Bretzer era primo de Anrhem y muy amigo de Rohe, los había ocultado a ambos en su casa después de los trágicos sucesos que costaron la vida al capitán Drel ^a Pascual Krefeld y ^a algunos hombres más, ocupantes y ocupados.

Eddy era una chiquilla aún cuando esto sucedió y ahora vivía sola con su madre. Amilanadas no sólo por la desaparición de aquel hombre fuerte y enérgico que fue el alma del hogar, sino por la gran tragedia de Hernam donde habían perecido todos los ~~hombres~~ habitantes varones, al morir Bretzer las dos mujeres renunciaron definitivamente a colaborar con la resistencia.

En Glosters tampoco había hombres, estaban todos movilizados ~~y~~ escondidos y las mujeres, como las de Hernam, asumían todas las labores del hogar y del campo.

Eddy tenía sólo diecisiete años cuando Mirtva empezó a fijarse en ella. El soldado volvía la cabeza cuando pasaba, le sonreía y, de vez en cuando, le echaba algún beso con la punta de los dedos. Eddy sabía que su deber de patriota la obligaba a no corresponder a esas manifestaciones galantes pero, a su pesar, el aspecto y la actitud del extranjero la impresionaban, agradablemente. Mirtva era alto, ~~delgado~~ ^{flaco} desgalinchado pero tenía una hermosa cabellera rubia y dos ojos azules tan tristes como su sonrisa. Llevaba un uniforme nuevo y limpio lo cual le daba un aspecto brillante comparado ~~con el indumento~~ de los pocos aldeanos jóvenes, casi todos resistentes, que Eddy veía de ciento en cuarenta.: sucios, descamisados, barbudos...

Claro que si alguien le hubiera dicho a Eddy que coqueteaba con el soldado extranjero, ella le hubiese negado; Estaba convencido de mostrarle indiferencia.

Un día el soldado se separó de sus compañeros y se acercó decidido a Eddy. La saludó llevándose la mano a la gorra. le preguntó :

" ¿Habla usted el alemán ?"

La muchacha no pudo reprimir una oleada de orgullo por haber comprendido aquellas palabras.

" Un poco, ¿qué desea saber?"

El ~~rostro~~ del soldado se iluminó .

" Sólo su nombre, yo me llamo Mirtva."

" Mi nombre... para qué?"

" Para poder nombrarla de pensamiento cada vez que la recuerdo."

Ella se daba cuenta de pronto de lo impropio de su actitud: estaba parada en mitad de la calle, hablando con un soldado de ocupación.

Dio unos pasos para separarse; él la siguió.

" Sólo su nombre de pila , por favor."

Ella le murmuró al alejarse:

" Eddy."

" ¡A más ver , Eddy!"

Mirtva se puso a hablar de ella con entusiasmo a sus compañeros. Lo hacía exajerando como si hubiera algo entre ellos dos. Cuando iban en grupo a Glosters y Greiz no los acompañaba, Mirtva procuraba acercarse a Eddy. La muchacha huía de él pero volvía el rostro, correspondía a sus miradas y, de vez en cuando, le devolvía las sonrisas.

Mirtva se cansó pronto de ese juego inocente , ambicionaba estrechar las relaciones con la joven, pasar ratos con ella, y, quien sabe si en el fondo de su pensamiento esperaba aun más.

Pasaba el tiempo, todo seguía igual: miraditas, rubores y huidas. Cuando Greiz no acompañaba a la tropa, Mirtva iba a consolarse a la taberna, de la que, invariablemente, salía borracho. Entonces se ponía provocante y violento. No hacía más que decir barbaridades contra el teniente hacia el cual crecía su odio. Pretendía que la culpa de aquella situación anormal la tenía él por oponerse a que un pobre hombre joven, ~~normal y~~ apasionado y aburrido, bebiera de ~~cientos~~ en cuarenta y se juntara con una mujer. Gerah y los demás muchachos sabían que en esos momentos ^(de exaltación) no podían contrariarlo : era capaz de agredirlos o insultar directamente al ~~teniente~~ oficial causando así su

propia pérdida . Para evitarselo, callaban y se hacían sus cómplices, le ayudaban a ocultar galanteos y borracheras.

Una tarde que con Gerah y tres o cuatro hombres más, fueron a Glosters para unas requisiciones, Mirtva buscó en vano a Eddy por las calles de la aldea. Paso y repaso ~~diferentes~~ repetidas veces por el mismo lugar y si hubiera sabido la casa donde vivía, habría sido capaz de llamar a la puerta. Preguntó por Eddy a una o dos lugareñas pero éstas o no lo comprendieron o no quisieron contestarle. Esto le puso aún de peor humor; estaba exasperado y ~~ceñudo~~, en uno de sus peores momentos .

Una vez la requisición practicada fueron todos a beber al figón. Se hallaba éste en la parte alta de la aldea a la salida del poblado.

Mirtva empezó a beber con la vista fija en el vacío, las cejas juntas y el rostro crispado. Sus compañeros hablaban y reían y él les dirigía frecuentes miradas de cólera. Uno de ellos trató de bromear diciéndole que ^{la} su Eddy se la había tragado la tierra . Otro añadió que la familia se habría enterado de sus galanteos y la habría encerrado en el ~~granero~~ desván.

Subitamente Mirtva rugió :

" ¡Cabrones! "

Cogió el vaso vacío y lo levantó con la intención de tirarlo a la cabeza ^{uno de los,} del que había hablado.

Gerah se lo quitó con rapidez, diciendo:

" Basta de idioteces, Mirtva.

" ¿Quién dice idioteces? " gritó enfurecido el soldado. Luego llamó a la tabernera le pidió otro ~~botell~~ jarro de cerveza.

" No bebas más, suplicó el cabo.

" Beberé hasta que me harte. " Y siguió apurando vaso tras vaso.

Un rato después paso un hato de vacas camino ~~arriba~~ del pasto. Tras los animales seguía una ~~moza~~ zagala. Los soldados la miraban con enterés; en seguida descubrieron que era Eddy. Mirtva ~~muy agitado~~, se puso en pie muy agitado.

" ¡Eh, Eddy! "

Entonces ella volvió el rostro, ~~movió~~ ^{pijaramente} movió la cabeza.

" Me llama", exclamó Mirtva y se dispuso a seguir a la pastora.

Gerah lo cogió por un brazo.

" Tu, quieto, aquí."

Mirtva se lo sacudió brutalmente.

" No vayas, Mirtva, "apenazó el cabo.

" Obedece Mirtva, aconsejó un compañero.

El los apartó a todos de un empujón, principió a caminar tras la muchacha.

Gerah estaba furioso.

" Mirtva, aquí o va a costarte caro!"

" Sin dejar de avanzar, el soldado volvió la cabeza, dedicó al cabo una palabra obscena, y echó a correr.

Gerah no sabía que partido tomar, consultó a los compañeros.

" Lo mejor sería seguirlo y hacerlo volver a la fuerza" opinó Koula.

" Escapaz de agredirnos, está en uno de sus peores días."

" Tal vez el hablar con esa muchacha, lo calmará," dijo otro.

" El caso es que no podemos volver a Hernam sin él, el teniente se pondría furioso."

" No le estaría mal a Mirtva un castigo ejemplar."

" También habría para nosotros".

" Eso es más triste. Qué culpa tenemos nosotros de la conducta de ese loco?"

" En ausencia del teniente soy yo responsable, replicó tristemente Gerah.

" Bueno, pues, qué vamos a hacer?"

" Esperarlo. Puede que no tarde."

Mirtva tardó en volver cerca de una hora; llegaba despeinado, con la cara arañada, el uniforme arrugado y sucio. Parecía desembriagado y más sombrío que nunca.

Gerah le preguntó:

" ¿De dónde vienes?"

" De pasear."

" Llevas el rostro lastimado.

" Me lo arañé con unas zaszas."

Se habían puesto precipitadamente en camino. Gerah esperaba poder

ocultar al teniente lo ocurrido en Glosters. Iba reflexionando como justificaría la tardanza, como disimularía el desorden y la suciedad del uniforme de Mirtva, cuando oyó a uno de los muchachos preguntar.

" ¿Lograste hablar con la zagala?"

" No...

" ¿Cómo que no? Entonces, para qué la has seguido?"

" Y por qué has tardado tanto?"

Mirtva seguía sombrío y silencioso.

" No te créo," dijo otro.

" Ni yo."

" ¿Se mostró esquiva?"

" ¿Os peleasteis?"

Mirtva seguía callando.

" Espero que no habrás hecho alguna barbaridad," dijo el cabo cada vez más intranquilo.

Por fin Mirtva habló en voz baja y sorda, como para si mismo,

" Hacía como que no quería pero en el fondo le gustaba."

La inquietud de Gerah iba en aumento.

" Dinos la verdad Mirtva, ¿Qué ha sucedido?"

" Nada."

" ¿Forzaste a la muchacha?"

" He dicho nada y es nada."

Y ya ninguno logró sacarle otra palabra del cuerpo.

*

Era ya noche cerrada, ni Eddy ni las vacas habían regresado a Glosters. Maggy, la madre de la zagala, se fué en su busca camino de los pastos. En los bosques señoreaba ya la oscuridad más absoluta, pero en las praderas había todavía claror, una claror tenue y azulina como si un velo se interpusiera entre los ojos y las cosas. Muy arriba, ya cerca de la masa sombría de los abetos, se destacaban las manchas claras de las vacas, oíase también el cen-cerro de la capitana y las esquilas de las demás.

Maggy llamaba a Eddy a grandes voces mientras avanzaba por el declive

cubierto de hierba fragante. Parabase de vez en cuando y escuchaba con ansiedad, pero sólo le respondía el silencio interrumpido aquí y allá por el cencerro y las esquilas.

Cada vez más angustiada, con el pecho orpimido por dolorosos presentimientos, Maggy aceleraba el paso, se paraba, llamaba, volvía a caminar.

Llegó así hasta los primeros abetos y la oscuridad y el silencio del bosque la sobrecogió de terror. Mil extravagantes suposiciones a cual más espantosas, le llenaban la garganta de sollozos y le estremecían la carne. No se atrevía a penetrar en la espesura. Detúvose bajo los primeros abetos, repetía sin cesar el nombre de su hija.

Al ver que no le contestaba pensó en regresar a la aldea, pedir auxilio a la vecindad y volver a los pastos con linternas o antorchas. Pero antes de bajar empezó a llamar a las vacas por sus nombres y a reunir las en derredor de su persona como si quisiese interrogarlas sobre el paradero de su hija, y pedirles orientación para buscarla. Los animales se acercaban dóciles hasta rozarle el cuerpo con sus cabezas, Maggy les decía llorando: "¿Dónde está Eddy?"

Las vacas parecían participar de la angustia de la aldeana, levantaban el testuz, aspiraban con fuerza el aire por la nariz, sus grandes ojos brillaban como espejos en la oscuridad creciente.

"¿Eddy, Eddy, dónde estás?" seguía gritando Maggy.

"Vamos", dijo por fin y comenzó a descender el declive cubierto de heno. Al restregarlo con los pies se desprendía de él una fragancia penetrante.

De pronto, la capitana se paró, ^husmeó algo en la hierba.

"Vamos", le gritaba Maggy, pero la vaca no se movía. Las otras se habían parado también en derredor, bajaban la cabeza y juntaban sus fauces sobre algo que yacía en la hierba. Maggy se acercó: era Eddy. Se arrojó de rodillas al lado del cuerpo yacente, la llamó, la palpó. Eddy tenía el rostro y las manos frías, Maggy la creyó muerta.

Enloquecida de dolor, abandonada las vacas, corrió a la aldea, volvió acompañada de algunos vecinos. No hacía más que gritar:

"¡Han matado a mi hija! ¡Han matado a mi Eddy!"

Alguien dijo que habían visto correr a un soldado detrás de la zagala, montaña arriba.

Entonces Maggy se puso a gemir:

"¿Por qué, por qué, Señor, Eddy no era resistente, Eddy no le había hecho mal a nadie?"

Uno de los campesinos volvía a la aldea a ~~buscar~~ al alcalde.

"Un soldado ha asesinado a Eddy Bretzer."

El alcalde se puso inmediatamente en camino de Hernam en busca del teniente Greiz.

Eddy no estaba muerta ni siquiera herida, sólo desmayada. Cuando volvió en sí, explicó a su madre y los demás vecinos que un soldado la había seguido y violentado.

"¿Por qué no llamabas?"

"Graté desesperadamente pidiendo socorro, él me tapó la boca. Le arañé, le mordí, le di patadas pero me cansé pronto de luchar, él era mucho más fuerte que yo.

Eddy lloraba desesperada, Maggy cerraba los puños y decía que ~~iba~~ a matar al soldado.

La aldea entera clamaba venganza contra el violador.
tomó declaración a la hija, a la madre y a los vecinos)
Al amanecer llegó Greiz. Dispuso que todos los soldados de Hernam fueran detenidos e interrogados. Había que encontrar al culpable y aplicarle un castigo ejemplar. Así lo exigía la disciplina y el honor del ejército.

*

2/12/90

No clareaba aún cuando Marta se vistió. No podía permanecer en la cama donde millones de alfilerazos se le clavaban en el cuerpo. Se dirigió al jardín a esperar la llegada del día .

En el cielo, la oscuridad parecía luchar con la luz. Brillaban aún las estrellas pero con un fulgor más pálido y, por la parte de levante, algo impalpable se adivinaba ya, como un presentimiento de aurora.

Un silencio amplio y profundo flotaba entre la gran hondura del firmamento y la superficie de la tierra. Todo parecía dormir, ^{no} sólo en Hernán sino en el mundo entero, en éste y en aquel lado del globo y en el espacio, donde a distancias incommensurables rodaban otros planetas.

Oíase el rumor del agua corriendo por el caudaloso cauce del río. Parecía sollozar en la noche y también rezar o cuchichear .

ohear. Un airecillo húmedo y fresco pasaba de vez en cuando por el rostro de Marta, traía fragancia de hierba mojada y de musgo.

De súbito en el insondable abismo de sombra se formó una mancha más clara; un velo suavísimo de niebla apareció sobre las colinas. Primero fué gris opaco, luego se tiñó de color lila y en seguida de un claro rosa.

A lo lejos oyóse el canto del gallo: lanzaba al espacio su agudo alerta. Otro le respondió desde el corral. Pronto se unieron a esas voces las voces de los gallos vecinos. Aquí y allá respondiéronse unas a otras de trecho en trecho. Las golondrinas volaban ya dando agudos chillidos; los gorriones se agitaban piando; en una casa próxima, seguramente la de Ada Ingrid, abrióse con estrépito una ventana y un perro ladró por la parte de la alameda.

Marta entró en la casa, fuése a encender la lumbre a la cocina.

Cuando salió de nuevo al jardín, el día brillaba ya sobre las colinas y de pronto puso una pincelada rosa en el techo del hórreo y otra pincelada en las copas de los frutales. Hasta que se esparció por la hierba donde brillaban como rubíes las gotas de rocío.

La niebla hecha girones, huía y se desintegraba como un viejo lienzo rasgado por una mano invisible. Una que otra hilacha se enganchaba todavía en las copas de los árboles, a medio kilómetro de la aldea.

Marta dió el pienso a las vacas y las ordeñó. Luego preparó la harinada y la bazofia para los cerdos y le dió su ración de grano a la volatería.

Sólo cuando todos los animales domésticos estuvieron alimentados y sus respectivos aposentos limpios, se calentó su tazón de leche en el cual mojó pan. Sus piernas, sus manos y hasta su cabeza funcionaban mecánicamente mientras otra parte de su ser flotaba como perdida en el espacio sin alcanzar sosiego ni dirección.

Había llenado un bidoncito de leche que llevaba cada mañana a Miguel (porque Ada no tenía ya vacas). De paso tomó la azada y el rastrillo para irse luego a trabajar a los tablares. Entornó cuidadosamente la puerta de la casa no sin dedicarle un rápido pensamiento al teniente, y empezó a subir el declive.

Veíase a sí misma con los aperos y la vasija como si ella no tuviera nada que ver con esa Marta que trabajaba, dormía, comía y avanzaba por el camino. Otra Marta flotaba al lado de ella capaz de saborear el perfume de las praderas, el canto de las aves, el rumor sordo del río y de la selva y apreciar la bondad y la inteligencia de un hombre superior, llegar a amarlo, fundirse y desaparecer en él.

Miguel estaba ya sentado fuera, respirando con avidez el aire frío y sano del monte.

"¿Qué hay, Miguel?"

El enfermo parecía muy excitado.

"¿Te enteraste del suceso?"

"¿Qué suceso?"

"A nosotros nos lo acaba de contar Martín Rohe. Dice que el teniente Greiz mandó ayer fusilar a uno de sus soldados."

Ada llegó en aquel momento.

"Buenos días, Marta."

"Buenos días, Ada."

Miguel continuó:

"Uno que se alojaba en casa de los Rohe."

"Parece que el soldado violó a una muchacha de Glosters", explicó Ada.

Marta miraba en el vacío.

"¡Fusilado!", repitió como en sueños.

"Desde luego se lo merecía", comentó Miguel. Mirando a Marta con intensidad, prosiguió: "La víctima es hija de uno de los resis-

tentes de Glosters, Hans Ruedi Bretzer, tus hermanos le conocían."

Recordando la información de Erika preguntó Marta:

"¿Dicen que la mató?"

"Estaba sólo desmayada. Pudo declarar en el juicio. Así se lo ha contado el cabo a Martín."

"Bien vengada quedó." comentó Ada.

Miguel se volvió hacia su madre:

"¿Te acuerdas de Eddy? Tímida y dulce como un cordero. ¡Una bendita!"

"¡Bien vengada quedó!", repitió Ada.

De pronto Marta no pudo soportar la presencia del enfermo y de su madre. Despidióse con una excusa y se marchó.

Caminaba con la azada y el rastrillo al hombro. No veía las casas cada vez más ruinosas de Hernam ni las praderas verdeantes, ni los árboles con sus hojas nuevecitas sino al teniente con el sable en alto gritando: ¡Fuego!

El nuevo aspecto de ese hombre luchaba en su espíritu como si quisiera destruir el otro Greiz, al Greiz que comparaba el declive con un paisaje de cuento de hadas, el que perdonaba su fisgoneo, el que la ayudaba a tender la colada y sobre todo aquel que sólo existía en sueños, el que vivió y murió en un relámpago de deliciosa locura.

Pero no quería pensar en él, no comprendía cómo ese hombre había logrado romper el cerco sagrado y penetrar hasta el santo recinto donde hasta aquel momento sólo vivieron las pálidas sombras de sus padres y de los fusilados.

Por primera vez desde la muerte de Bastián y de Pedro, Marta acababa de pasar por delante del cementerio campestre sin dedicarles ni una oración ni un recuerdo, ni siquiera una mirada.

Llegó al tablar y comenzó a trabajar la tierra. Por un momento

pensó en las coles, nabos y cebollas que recolectaría y en los nuevos surcos que abriría para mejorar la calidad del heno y la alfalfa. Se sentía con capacidad y fuerzas para llevar adelante esas tareas masculinas. Y en resumen, eso era lo que importaba.

Pero esas oleadas de buen sentido duraban poco. El insidioso perfume de las violetas y del musgo se insinuaba por la nariz de Marta y el murmullo de los regajos y el bisbiseo del centeno se introducían por sus oídos. Entonces recordaba con un desmayo de imposible felicidad el sueño de la otra noche. Y en seguida, como un vendaval destructor, volvía a surgir el drama de Glosters.

W
W W

En Hernam, como en Meaully y en Mulstein y hasta en Kirch, capital administrativa y militar de la región fronteriza, no se habló durante unos días más que de la muchacha violada y del consejo de guerra que mandó al culpable al suplicio.

Los campesinos, ancianos y mujeres, porque ya no quedaban jóvenes en las aldeas, compadecían a la víctima y agradecían al teniente esa sentencia severa y ejemplar.

En cuanto a los jefes y oficiales de ocupación, por espíritu de cuerpo, aprobaron unánimemente la condena. El honor y el prestigio del ejército lo exigía. Y después de todo ¿qué importaba un cadáver más entre los centenares de miles de hombres sacrificados por ambos lados?

La gran ofensiva de primavera había comenzado en todos los frentes y ocupantes y ocupados tenían preocupaciones mayores que la ejecución de un soldado lujurioso.

Pero el fusilamiento de Mirtva había dejado un rastro muy hondo entre los compañeros. A Algunos de éstos les tocó por sorteo formar parte del pelotón de ejecución. Tuvieron que contribuir, con una de aquellas balas destinadas al enemigo, a destruir la vida de un camarada. Este tremendo deber disciplinario dió al traste con los débiles sentimientos de militarismo patrio que les quedaban todavía.

No pudiendo comentar ese suceso ni atreverse a mentarlo siquiera, al propio tiempo que no pensaban en otra cosa, encerráronse en hosca mudéz. Ya no sólo evitaban el hablarse sino que tampoco se miraban, como avergonzados de ser hombres y ^{de} existir.

El que parecía más afectado era Gerah. Andaba como atontado de

aquí para allá, y Martín le oyó un día suspirar y hablar solo en el cuarto de arriba. Un ser humano luchando con sus tristes pensamientos despertaba siempre la simpatía del pacifista.

Aprovechando la ocasión de hallarse Edwich y Marieta ausentes, le llamó desde el huerto.

"Bájese a catar mis cerezas".

El cabo bajó sin dejar de pensar en Mirtva. En pocos días había enflaquecido y sus mejillas se hundían bajo los pómulos salientes. Tenía la mirada como vuelta hacia dentro y sus labios dibujaban un gesto amargo.

Martín le dió un puñado de cerezas escogidas entre las mejores no sin mirar con cierto recelo a la puerta de la cocina donde su mujer o su hija podían aparecer de un momento a otro. La inquina y el menosprecio de Edwich y de Marieta hacia el viejo pacifista se manifestaba con más violencia cuando le veían platicar con el teniente o con un soldado.

"Son riquísimas", dijo Gerah, y no pudiendo apartar su idea fija suspiró:

"Mirtva las acechaba diciendo que ni el teniente ni el Padre Eter no le privarían de saborearlas cuando estuvieran maduras."

Dijo Martín:

"¿Quién iba a sospechar que al madurar el fruto estaría ya muerto?",

"Recuerdo", dijo el cabo, "que para Navidades al ver que éramos trece en la mesa, él mismo pronosticó que uno de nosotros moriría".

Permanecieron un rato callados. Por fin el ^{campesino} ~~pacifista~~ comentó:

"La falta era grave, pero el castigo es excesivo."

El cabo miró a Martín con desconfianza. ¿Qué pretendería el viejo hipócrita? Pero el campesino ^{la} sostuvo ~~la~~ mirada. Entonces Gerah, harto ya de callar:

"Esa sentencia es una infamia", dijo.

De pronto se le abrieron las esclusas del alma: todas sus dudas, su añoranza, sus pesares y su indignación mezclados y fermentados se le salieron atropelladamente por la boca.

"Hemos sido unos cobardes", chilló sin importarle ya un bledo el ser oído por cualquiera. "Nada podrá borrar la injusticia que hemos cometido con él".

Miró de nuevo a Martín con una expresión entre suplicante y amenazadora.

"Fue un crimen; sí, señor; un crimen cien veces peor que el del propio encartado. Y de él somos responsables sus mismos compañeros. Todos callamos, todos consentimos en que se le condenara. Allí sólo se dio beligerancia a los acusadores: la madre Bretzer, que estaba hecha una furia, la zafia de su hija, hipando y moqueando y dos o tres testigos improvisados, gente que no sabían ni habían visto nada... Yo no entiendo bien vuestra lengua", siguió el cabo, "pero el intérprete repetía una a una las palabras de los testigos y resultaba que Mirtva era un borracho empedernido, un cínico, un sádico y no sé qué más. Si el autor del delito", prosiguió Gerah con redoblada violencia, "hubiera sido un muchacho de aquí, ¿se hablaría de violo? ¡Quia! A eso se le llamaría hazaña y el mozo triunfante se vanagloriaría de ello ante los hombres de su edad".

Gerah comía maquinalmente las cerezas que Martín le iba alargando. Este dijo de pronto:

"Son las últimas" y le puso en la mano dos o tres.

"Pero no tardaré en haber más", añadió. Y miraba las ramas del árbol cuajadas de bolitas rosadas.

"Esa Bretzer," continuó el cabo sin abandonar su idea fija, "esa Bretzer llevaba tiempo coqueteando con Mirtva. Cada vez que íbamos a Glosters él trataba de conquistarla: se ponía la mano en el pecho, le

tiraba besos con la yema de los dedos... La muy ladina le esquivaba y al propio tiempo le animaba con miradas y sonrisas. Eso lo hemos visto todos nosotros".

Tiró con rabia los huesos de las cerezas al suelo y Martín Rohe, para evitar que las mujeres los descubrieran, los recogió uno a uno y los lanzó por encima la tapia

"El mismo día del suceso", siguió Gerah, "cuando Mirtva estaba ya algo bebido, pasó ella con las vacas ante el figón donde nos hallábamos. Recuerdo muy bien que le miró con malicia, casi podría jurar que le sonrió. Mirtva se levantó en seguida y haciendo esos se fue tras la muchacha. Yo traté de detenerlo, hasta le cogí por un brazo, pero él se sacudió con brutalidad lanzándome una palabrota. Teníamos que haberle sujetado entre todos y obligarlo a permanecer allí, pero ninguno se atrevió. De un tiempo a esta parte está ^oirascible y violento. Andaba atormentado por la idea de las mujeres y para distraerse bebía. Hasta el día fatal habíamos conseguido ocultárselo al teniente"

Callóse un momento, luego suspiró:

"¡Más le valiera haber pasado unos días en el calabozo de Kirch!" En cuanto a mí", concluyó con decisión, "si el armisticio me coge con vida, no volveré a tocar un arma de fuego. Nunca más, a fe de hombre honrado, aunque sea para asustar a un gorrión".

27

M M

Greiz no podía apartar de su mente la ejecución de Mirtva, pero tampoco podía arrepentirse de su acción. Sabía que mil veces que el caso se presentara él, como el más perfecto de los autómatas, volvería a dictar la misma sentencia. Hay casos en la vida en que la conciencia individual no tiene ~~el~~ derecho ~~a~~ actuar. Las palabras, los actos de un hombre no dependen de sus sentimientos ni de sus ideas sino del mecanismo fatal que transforma al individuo en muñeco movido por un sistema sabio y complicado de ruedas, resortes, cilindros, muelles y espirales. El automatismo había funcionado a la perfección y todo el mundo parecía satisfecho. Pero el espíritu de Greiz se agitaba en espasmos de sufrimiento entre las ruedas, resortes, cilindros, muelles y espirales de aquel complicado engranaje; no se resignaba a ese honrado papel de simple pieza, complemento de la bala, del fusil, del brazo del soldado ejecutor: plomo, acero, sangre y músculo movidos por una palanca invisible. Esa maravillosa máquina, de la cual era él una simple ruedecilla o tornillo, le causaba de pronto un horror indecible. La condición del hombre en aquella sociedad y en aquellas circunstancias particulares, se le antojaba miserable y humillante. La conciencia individual, ese don de carácter divino, quedaba sometida y anulada a la conciencia sistemática de la colectividad. En ese mecanismo social donde una pieza se hallaba supeditada a otra pieza y ésta a la de más allá, nadie era responsable de nada. En un momento determinado, alguien con la punta de un dedo, tocaba un botón eléctrico y ese sencillo gesto desencadenaba una serie de irreparables desastres que afectaban a millones de seres humanos. Pero aquél que

- ~~119~~ 124

provocaba la hecatombe no era tampoco responsable de ella; el gesto no dependía de su propia voluntad, sino del sistema social en el que el pretendido hombre figuraba como fragmento. En cuanto la inteligencia la bondad, la justicia, trataban de brillar por su propia cuenta, la máquina se deterioraba. Así, pues, no era razonable el pedirle cuentas a un hombre o a unos hombres determinados de tal o cual acto más o menos catastrófico y menos aún cuando se trataba de la vida de un soldado.

¿Qué papel representaba él y Mirtva en el horrendo artefacto bélico-criminal? ¿Qué fuerza infernal o divina les había lanzado el uno contra el otro? ¿Era ese desventurado soldado borracho y lujurioso el grano de arena con el cual tropezaba otro grano de arena provocando tragedias individuales indispensables al futuro funcionamiento de la máquina social?

El cadáver de Mirtva no pesaba más que una brizna de hierba en la conciencia de millones de hombres; para la del teniente Greiz, era mármol macizo. Y se decía una y otra vez: "¿Por qué he tenido que ser yo, precisamente yo, quien dictara esa sentencia? ¿Y por qué no he tenido el valor de decir lo que pensaba en vez de obrar como una máquina?" Y se paraba un momento a la cabecera de la cama de Bastián Mone, clavaba la mirada en el Divino Crucificado como si esperase de El una respuesta. Y la respuesta no venía. Greiz volvía a pasear y a monologar: "Si un hombre se compusiera únicamente de elementos perversos (y éstos abundaban en Mirtva) uno podría estar tranquilo de haberle destruido. Pero el ser humano no se compone únicamente de ^{materias} ~~principios~~ angélicos o demoníacos (lo cual daría ángeles o demonios íntegros, grandes; santos o grandes criminales), sino de mezclas más o menos equilibradas de esto y ^{de} aquello. En Mirtva, de momento, los elementos viciosos dominaban a los austeros, pero estos últimos podían triunfar y hasta era probable que triunfasen. Entonces ese pobre diablo

120 775

indisciplinado, escéptico, beodo y lujurioso se convirtiera en un hombre corriente, es decir, algo honrado y algo fullero, medio vicioso y austero a medias, con un poco de fe y otro poco de escepticismo. Pero al destruir los elementos malos hemos destruido también a los buenos. El aniquilamiento de un criminal nos lleva a un nuevo crimen y éste impune para mayor vergüenza nuestra."

Greiz no dejaba de pasear de la ventana al fondo del cuarto y volvía a pararse a los pies del Cristo. "Tú solo sabes mis terribles dudas y mi tremenda aflicción. Tú solo puedes perdonarle y perdonarme."

Luego se tumbaba un momento en el lecho y cerraba los ojos. Pero inmediatamente veía a Mirtva: Caminaba éste entre los soldados por una vereda forestal con el fusil en bandolera y el casco ladeado canturreando una estúpida canción muy en boga:

En los altos márgenes del Río Amarillo

Nació una flor...

Mientras el estribillo resonaba aún en la cabeza del teniente desvanecía la primera imagen para dar paso a otras: Mirtva escuchando sus sermones moralistas con el labio inferior caído y la mirada sardónica; Mirtva con las mejillas rosadas y las pupilas llenas de lucecillas palpitantes ante el abeto navideño; Mirtva ante el consejo de guerra con el rostro amarillo y la mirada vacía, convicto y confeso, aterrado ante su propia culpa; Mirtva, joven y hermoso, caminando al lugar del suplicio con la cabeza descubierta hundida entre los hombros y las manos caídas: dos grandes manos ^{de dedos} ~~separados~~ como los palmípedos.

Y otra vez volvía a oírse la dichosa musicilla acompañada de aquellas palabras estúpidas:

En los altos márgenes del Río Amarillo

Nació una flor del color de tus ojos.

Un momento antes de morir Mirtva miró a su jefe y a sus compañeros con la esperanza de que no disparar^{ían}~~ían~~. A penas tuvo tiempo de comprender que se equivocaba. Sonó la voz de fuego y en seguida la descarga. Mirtva se desplomó. Sus enormes manos se crisp^{aron}~~aron~~ un instante como si quisieran asir algo en el vacío, luego se inmovilizaron, se cubrieron de una capa amarilla.

Greiz veía de pronto sólo las manos: aquellas manos enormes, color de cera, que se ensanchaban hasta el infinito mientras el horrible estribillo seguía resonando:

En los altos márgenes...

[Greiz se levantó de un salto, corrió a la ventana abierta de par en par, contempló el declive con su vergel en lo alto. Entre el verde de los frutales brillaban las manchas rosa y rojo de las cerezas. A lo lejos se levantaba la masa ~~oscura~~ del monte con sus majestuosos abetos y más arriba aún, el cielo pálido donde vibraba una luz diáfana.

Los mirlos y los gorriones volaban de rama en rama picando aquí y allá en la pulpa de las cerezas maduras.

Sobre el marco de la ventana, justo debajo del alero, dos golondrinas estaban arreglándose al nido. Llegaban rápidas, una en pos de otra, llevando en el pico una pluma o una pajuela. Describían elegantes círculos en el espacio. Pero al ver al hombre asomado, se alejaban con chillidos agudos. La más audáz, la hembra sin duda, se acercaba hasta tocar la pared con sus alas pero no se atrevía a posarse y daba voces para advertir a su compañero.

Entonces Greiz se retiró de la ventana y ellas entraron en el nido. Charloteaban y se agitaban, decíanse Dios sabe qué cosas trascendentales sobre los huevos que pondrían y empollarían y los hijos que nacerían de ellos.

III
II II

Era al atardecer; tierra y cielo se bañaban de luces y sonidos plácidos y suaves. Los últimos destellos del sol poniente teñían de tonos bermejos las cumbres de la sierra nevada aún, la cima de los gigantescos álamos blancos, la veleta herrumbrosa de la escuela y, en la llanura, por el lado de Meaully, resplandecían, como un incendio en los cristales de unas ventanas.

Hernam estaba desierto a aquella hora. Los campesinos, mujeres y zagales, se hallaban en los pastos o en los labrantíos y los soldados, con la disciplina algo relajada desde la ejecución de Mirtva, andaban por la alameda y por los márgenes del río, tumbados o bañándose.

Oíase el sollozo de la fuente y el piar y gorgear de los pájaros, cacareos y graznidos de aves domésticas y a lo lejos, flotando en la paz de los prados, el ladrido melancólico de un perro-pastor y el grito ahogado del rabadán.

Pronto palideció la pincelada roja en la cima de los álamos y en la herrumbrosa veleta municipal. Se apagó el fulgor de incendio en las ventanas distantes. Solo las cumbres de la cordillera fronteriza, altas e inhiestas, conservaban aún su irisada tonalidad. ~~Después de un momento también rápidamente tornóse color lila, luego morado y por fin azul opaco.~~

Cesó el piar y gorgear de los pájaros, cesaron los cacareos y los graznidos en los corrales, chirrió una carretilla y se cerró una puerta con estrépito. Un momento después la aldea se llenó del tintineo de los rebafios de regreso del pasto. Alrededor del abrevadero resonaron silbidos y voces de rapaces.

"¡Anda, Sultana!"

"¡Granada, dentro!"

"¡Vámonos, Cárdena!"

El hato de Marta Mons iba detrás. Con un ligero bastoncillo la labriega golpeaba las ancas de Pardiña, algo rezagada. Paloma caminaba a la cabeza, pero tuvo que esperar a que se despejara la pila.

Cuando todo el ganado estuvo fuera, dio la señal de acercarse. Las vacas comenzaron a beber. Levantaban el enorme testuz y de sus fauces se desprendían largos hilos plateados mientras en sus redondas pupilas se reflejaba el verde de los frutales.

Desde el fusilamiento de Mirtva, Marta no había vuelto a hablar con el teniente. Comía de nuevo en el comedor-pasillo, guisaba y se calentaba la leche en el fogoncillo portátil. Pasaba los días sin poner los pies en la cocina. Todo su trato con los militares consistía en cambiar unos buenos-días o unas buenas-noches al cruzarse con ellos en la entrada o en la escalera.

El crimen del soldado y el inmediato castigo habían sido para Marta como la réplica brutal a la dulzura de un ensueño. Después de aquella deslumbrante ilusión que le había procurado sensaciones y emociones hasta entonces insospechadas, su alma se había sumido en la obscuridad más profunda; pero esa misma obscuridad abría camino a una nueva luz. Marta ya no luchaba por mantener el odio sagrado que estos últimos años alimentó su vida y ese odio moría dulcemente sin que la joven tratara de reanimarlo. Era el sosiego de esta renuncia lo que invadía todo su ser aquel atardecer de primavera. Oía distraída el gorgoteo de las vacas al abrevarse y miraba, sin verlo, el camino de Glosters que destacaba su trazo claro en la masa oscura del robledal. Un hombre avanzaba por él con torpe y cautelosa lentitud. Iba arrimado a los árboles con trazas de animal selvático perseguido. Movía la cabeza, que llevaba desnuda y hundida entre los hombros,

- 125 - 129

de un lado para otro. Parecía dirigirse a la fuente aunque su paso vacilante podía variar de rumbo, seguir hacia Meaully, detenerse en casa Mons, subir el declive y llegar a casa de Ada.

Las vacas torcían el cuello intrigadas, fijaban su curiosa mirada en el desconocido.

No quedaba rastro de sol ni en la llanura ni en las cumbres, ~~una~~ suavísima claridad azulada envolvía las casas y los árboles. Todo tomaba un aspecto irreal; sólo ese hombre de gestos cautelosos y azorados adquiría real importancia.

La aldeana le veía venir con el corazón palpitante. El extranjero parecía dirigirse a la fuente. Paróse a pocos pasos de ella.

"¿No me conoces, Marta?"

Sus mejillas ocultas por la barba, hundíanse bajo los pómulos salientes, y el cráneo, que llevaba descubierto, aparecía mocho, salvo en la parte baja donde dos largas greñas grises le colgaban por detrás de las orejas.

No; Marta no le conocía, aunque su acento campesino tenía el sabor del país.

"¿Tanto he cambiado?"

Una risita sollozante contrajo no solamente su boca sino la nariz y la frente.

"Soy Cyril Baumann, vuestro cura."

"¡Ah!", hizo Marta, incapaz de emitir una palabra de bienvenida. Ese hombre formaba parte de un pasado no muy lejano y sin embargo desarraigado del presente, enteramente destruido, aniquilado.

Cyril Baumann había sido párroco de Mulstein. Un grupo de aldeanos formaban parte de su feligresía. El joven sacerdote iba de Mulstein a Glosters, de Glosters a Hernam, de Hernam a Meaully desempedrando los caminos con su desvencijada bicicleta, acompañado de un tremendo ruido de herrajes y de un impertinente cascabeleo. Llevaba la sotana

arremangada hasta la cintura y la rebelde cabellera foltando al viento. Su vozarrón autoritario, de indestructible deje campesino, caía como pedrisco desde el púlpito sobre los asustados fieles a quienes siempre acusaba de herejía. "Para vosotros", les gritaba, "valen más las coles y los nabos que Dios". Pero en cuanto le sobraban unos minutos, aceptaba con gusto un vaso de sidra o el tabaco para llenar su pipa de pastor. Conversaba con los aldeanos sobre siembras, plantíos, riegos y discutía con pasión una jugada de bolos y una batida de gamos o de liebres.

Tal era cuatro años antes el hombre que estaba ahora frente a Marta encorvado, esquelético, calvo y desdentado, con la voz hueca y vacilante y los ojos hundidos en las cuencas.

"¿Está la aldea ocupada?"

"Está".

Baumann juntó las manos con espanto.

"¡Me voy!"

Inició un movimiento de retroceso como si quisiera volver al bosque. De súbito se paró, acercóse a la fuente y hundiendo en el agua la mano, se la pasó repetidas veces por la prente y las mejillas, luego bebió dos o tres almorzadas.

"¿Meauly también?"

"También".

Dejóse caer al pie del abrevadero.

"No tengo ya fuerzas para ir más lejos, más vale que me cojan aquí".

Suspiró amargamente:

"Para eso habré atravesado toda Europa a pie, caminando de noche, escondiéndome de día en breñales y cuevas y en las chalanas abandonadas de los canales."

Una horrible palidez se había extendido por su rostro. Marta

corrió a su casa en busca de un cordial. Vino un momento después con un vaso casi lleno de aguardiente de cerezas.

"Beba". Y sin dejarlo de la mano le ayudó a vaciarlo.

"¿Está mejor?"

El miró alrededor con desconfianza.

"Les tengo miedo, ¿sabes? ¡Son fieras!"

Parecía vacilar aún entre seguir su camino o quedarse.

"¿Tendrá hambre?", hizo Marta.

"¿Hambre? Ya no sé lo que es comer."

"Voy a entrar las vacas y en busca de Rohe", dijo Marta. "Hemos de encontrarle a usted un escondrijo."

Cyril se quedó solo. Púsose lentamente en pie, miró con desconfianza alrededor. No se atrevía ni a toser. Pero las sombras cada vez más cerradas le procuraban un sentimiento de seguridad. Las sombras eran ahora su elemento.

En la aldea reinaba un profundo silencio al que llegaba el rumor del río y de vez en cuando el suspiro de la selva cercana.

Un tropel de recuerdos se precipitaban sobre Cyril. Y se extrañaba de estar allí sobre sus piernas, deseando aún la libertad y la vida. La libertad más que la vida. ¡La había pagado tan cara y la veía tan amenazada todavía! Si ellos volviera a cogerle preferiría morir. Pero de nada servía preferir. Había dejado de ser un hombre con facultades de determinio. No era más que una bestia perseguida y acorralada.

Pensó en Dios y en sus mandamientos: No matarás. El no había matado y no quería matarse. Pero ¿podría dominarse hasta el fin? Si le detenían de nuevo, no caería en la tentación de exterminarse como el pobre Willy? (Tuvo la visión del prisionero corriendo hacia las alambradas eléctricas, agarrándose a ellas y retorciéndose con saltos inverosímiles de juguete mecánico antes de caer muerto). ¡Si ellos le

fusilaran en vez de volverle a esos infiernos concentracionarios!...

"¡Te lo ruego, Señor!"

Llevaba tiempo sin rezar. Su comunión con Dios se reducía a esos gritos esporádicos "¡Librame de ellos, Señor!"

Poco después llegaba Martín Rohe y Marta. El pacifista estrechó a Baumann entre sus brazos.

"¡Qué alegría, padre Cyril!"

Añadió tristemente:

"Lástima que no pueda venir a casa: tengo al cabo."

"Escóndanme en cualquier sitio, lo antes mejor. Después será tarde."

"Vamos a casa de Ada", dijo de pronto Rohe. "Allí no va nunca ni el teniente ni los soldados."

Entre los dos ayudaron a Baumann a subir el declive. La puerta de los Ingrid estaba cerrada. Ada no quería abrir y Martín tuvo casi que enfadarse para lograrlo.

Al saber de lo que se trataba, la anciana comenzó a gemir:

"No tengo más que un camastro y me faltan mantas".

"Traeremos todo lo que convenga", dijo Marta Mons.

"Naturalmente", convino Rohe.

Miguel se había incorporado en el lecho y devoraba al forastero con la mirada.

"¿Quién es, madre?"

"Es el mosén..."

Cyril se sentó cerca del fuego. Marta fue a buscar leche y mantas. Martín instruía a Ada Ingrid.

"Usted ni una palabra."

"Natural..."

"¿Y si yo le hablara al teniente?", dijo de pronto Martín a Baumann.

"¡No, no, por Dios! ¡Prefiero volver al bosque!"

"En el bosque se moriría usted de frío".

"¡Ay, Dios mío!", gimió de pronto Ada. "¿Qué pasará si le descubren?"

Rohe se encaró con ella.

"No seas majadera, mujer, no pasará nada. Conozco al teniente y respondo de él."

Marta volvió con mantas y sábanas y su ración de leche.

"De momento le daremos esto", dijo, "podría sentarle mal la comida."

Los demás aprobaron esa prudente precaución.

Mientras Ada y Marta iban a preparar la cama de Cyril, éste, algo más tranquilo, preguntó por los resistentes de Hernam.

"Todos fusilados", dijo Martín. Y le puso al corriente de la tragedia. Añadió:

"¿No sabía usted nada?"

"Hablé lo menos posible con la gente. Sólo me interesaba saber si Mulstein estaba ocupado. Me dijeron que Glosters también. Vine aquí a bosque traviesa creyendo que la aldea seguiría libre."

"¡Libre!", exclamó Martín. Explicó entonces el asesinato del coronel Risler y de su escolta perpetrado en el robledal de Hernam, sin duda por los resistentes de Mulstein o de Kirch; eso no pudo averiguarse.

"Lo pagamos nosotros, que ni siquiera lo sabíamos."

"Pero aquí se ahorcó al capitán Drel", dijo Ingrid desde la cama. Y a penas dicho esto, volvió a amodorrarse.

"Sí", explicó Martín. "La aldea estaba acuada, el capitán le hacía el amor a mi hija Marieta y su novio y mi hijo Andrés, junto con los demás resistentes emboscados en el monte, decidieron vengarla".

Cyril Baumann estaba recordando como lo detuvieron y expatriaron junto con otros resistentes, el viaje en vagones de carga repletos de hombres. Días y más días rodando sin luz ni ventilación con aquel olor nauseabundo, hambrientos, sucios, enloquecidos... Recordaba a Witmann ahorcándose de una viga del techo con su bufanda ante la indiferencia o tal vez la aprobación de sus compañeros.

Rohe seguía hablando de la tragedia de Hernam; Baumann seguía recordando. Rohe podía hablar; Baumann no. Hay cosas que no deben repetirse porque su propio horror las hace inverosímiles. Estaban incrustadas en el alma del fugitivo como llagas sangrantes, como cánceres devoradores, pero no saldrían de allí. "Fue milagro que no me fusilaran", decía Martín. Pero Cyril Baumann no le oía. Su espíritu se hallaba ocupado por una idea obsesionante. Así que una acción inmediata no le ocupaba, esa idea latente se apoderaba de él: una larga hilera de prisioneros con las herramientas al hombro caminaba por la nevada estepa. Ahora uno, ahora otro eslabón de la cadena se quebraba, un hombre se detenía, se apretaba el costado o el vientre, gemía, vomitaba, tosía, escupía sangre... En seguida volvía a caminar pero a veces caía al suelo para no levantarse. No estaba muerto aún, lo decía su mirada fija con horror en el camino por donde iban a llegar los guardianes a terminar su agonía. Y los demás, silenciosos, embrutecidos, sin una frase de consuelo, sin un gesto de piedad, seguían su camino como autómatas. Y ¿qué sentía el ex-cura de Mulste in en aquellos momentos? Miedo, miedo, únicamente miedo. Olvidando las palabras de Jesús y la práctica del Evangelio, seguía también caminando sin auxiliar al caído, sin prodigarle una palabra fraternal, sin siquiera volver la cabeza. Miedo, miedo, siempre miedo, temor de sufrir la misma suerte, economizando un esfuerzo, un gesto, una palabra, hasta un latido de compasión con la esperanza, no de vivir, (¿quién pensaba en vivir?) sino de morir fuera de allí, en un lecho

de hospital o al borde de un camino libre.

A este punto de su pensamiento estaba Baumann cuando llegaron las mujeres anunciando que la cama estaba a punto. Cyril se levantó penosamente, siguió a Ada hasta el cuartucho lleno de trastos viejos, sin ventilación y con un fuerte olor a tocino rancio y a cebollas.

A Baumann le pareció una maravilla. Dormir solo, sin oír los gemidos y las toses de miles de hombres o en cuevas húmedas y sombrías en compañía de aves nocturnas, temiendo a cada paso ser detenido!

Ada puso el candil en una banqueta y salió diciendo:

"Buenas noches, mosén."

¡qué raro le parecía oírse llamar mosén! Ya no tenía derecho a ese título, ya no podía considerarse un cura. Pero sentía indulgencia hacia sus propias faltas. Le parecía que Dios no iba a ejercer sus rigores sobre un hombre que había sufrido tanto. Y esa idea de la inconmensurable indulgencia de Dios era como un bálsamo para su alma

Se había echado vestido en el lecho y el simple y casi olvidado gesto de apoyar la cabeza en una almohada, le recordó que en tiempos pasados nunca se acostaba sin antes leer las oraciones. El breviario que llevó consigo durante una parte de su cautiverio acabó por perderse y ahora le fallaba la memoria. Llevaba mucho tiempo sin rezar y no sólo había olvidado las palabras, sino hasta el sentido de las deprecaciones. Sentía de pronto vergüenza y pesar pero el cansancio le agobiaba. Deseaba dormir, dormir, reposar, olvidar...

Cerró los ojos, quedóse muy quieto y se esforzó en no pensar. Pero llevaba varios años sin acostarse en un lecho, no encontraba la posición. Tosía y le dolían los huesos, tenía sed y la lengua pastosa.

Por fin se le ocurrió abandonar el camastro. Se envolvió cuidadosamente en la manta y se tendió en el suelo.

Al cabo de pocos minutos dormía.

Q
Q Q

Aún no eran las nueve de la mañana cuando Gerah se presentó en casa de Marta preguntando por el teniente.

Este, al verle llegar, comprendió al instante de lo que se trataba.

"¿Qué hay, Gerah?", dijo con afectada negligencia sin dejar de peinarse el cabello.

"Hay, mi teniente, que en casa de los Ingrid se esconde un hombre sospechoso".

Greiz dejó de peinarse, miró fijamente al cabo:

"No se esconde, se rehace de sus fatigas y sufrimientos."

Gerah miró con despecho al teniente. Este explicó:

"Es el antiguo párroco de Mulstein de regreso de un campo de concentración."

"¿Sin duda un evadido?"

Greiz alzó los hombros con un gesto cansado.

"Un hombre muy enfermo, inofensivo en absoluto."

"Si mi teniente está de acuerdo, podríamos interrogarlo."

"O dejarle morir en paz."

"Bien, mi teniente".

El rencor del cabo hacia los resistentes parecía aumentar desde la ejecución de Mirtva. Ese sacrificio en honor de un pueblo rebelde constituía, según él, una injusticia y una humillación vergonzosas.

La conversación había virtualmente terminado; sin embargo el cabo no se movía. Miraba al teniente con fijeza como si deseara hablarle. Ambos pensaban en Mirtva y hubieran dado cualquier cosa por poder olvidarle. Le recordaban en el momento de morir, fijando en

ellos sus pupilas aún confiadas.

El cabo se cuadró. Con un chasquido seco hizo chocar un tacón contra otro, llevóse la mano a la visera.

Al llegar a la puerta paróse: miraba severamente a Greiz. Greiz leía en esa mirada. El cabo comparaba su entereza ante el caso del pobre Mirtva con su debilidad presente que favorecía al enemigo. Entereza y debilidad estaban sólo en la imaginación del cabo. Greiz hubiera querido explicárselo pero no se sentía con fuerzas para ello. Su alma se hallaba de pronto a distancias inconmensurables de la de Gerah.

"Puede disponer", dijo.

"A sus órdenes, mi teniente".

La voz del cabo era casi agresiva.

■

Aquella misma tarde decidió el teniente llegarse a Meaully en compañía de Pietrot y de Koula. Hicieron vía a pie cambiando a penas una que otra palabra.

En Meaully, el sargento que mandaba el destacamento dio parte al teniente de los últimos sucesos: un guardia forestal, que hasta entonces había colaborado con ellos, acababa de desaparecer sin que pudiera darse con su rastro; dos fugitivos pasaron una noche en la aldea pero cuando a la mañana siguiente quiso detenerles, ya se habían emboscado de nuevo.

"¿Emboscado?", dijo Greiz con incredulidad.

"Sí, mi teniente; una aldeana dice que les vio tomar el camino del monte".

"Allí no queda nadie, Kleber. Pasaron los tiempos heroicos de las guerrillas. Ahora hay sólo soldados regulares que combaten al mando de jefes de carrera."

"Sin embargo", insistió el sargento, "en el monte hay algunos."

"Serán pobres diablos evadidos de nuestros campos de concentración, demasiado débiles para reunirse al ejército regular".

"Para pegarnos un tiro por la espalda no se necesita mucha fuerza, mi teniente".

Greiz alzó los hombros, sonrió.

"¿Tiene usted mucho apego a la vida, Kleber?"

"Si he de morir quisiera morir matando, mi teniente".

Greiz miró a Kleber y sus cejas se contrajeron.

"Personalmente, creo que un tiro certero por la espalda sería una buena solución."

"Según lo que entienda usted por solución".

"Hum... bueno: la solución definitiva, el punto final a las responsabilidades, a las dudas; la solución para evitar lo que nos espera."

Kleber parecía de pronto desamparado.

"¿Qué cree usted que nos espera, mi teniente?"

Greiz vaciló un momento antes de contestar.

"No se necesita mucha imaginación para preverlo", dijo por fin.

"Algo parecido a lo que ellos han vivido y viven aún: persecuciones, sobresaltos, deportaciones en masa, campos de concentración... La mejor suerte para nosotros, sería volver aquí como prisioneros de guerra, labrar y estercolar estas mismas tierras donde hemos reinado como soberanos, recibiendo una que otra patada de nuestros actuales siervos, los campesinos".

Kleber miró a Greiz con desaprobación. No le parecía bien que bromease con una cosa tan grave. La severidad de su rostro provocó la risa del teniente.

"Estoy hablando ~~en~~ serio, sargento".

"Pero...¿no cree usted que podemos rehacernos todavía? ¿No nos queda ninguna esperanza?"

Greiz le alargó la mano:

"Sí, claro, ¿por qué no? tal vez se obre un milagro. Lucifer es aún poderoso, sargento."

Lamentaba haber turbado la paz de aquel buen hombre al propio tiempo que la consideraba ciega y estúpida.

Reunióse a Lomja y a Koula.

"¡Vamos, muchachos!"

A medio camino de Hernam les dijo:

"Adelantaos vosotros; tengo gana de reposar".

Quedóse al borde del camino sentado en una piedra del margen. Empezaba a anochecer. Ante sus ojos desfilaban grupos de mujeres y zagales de regreso de los labrantíos y de los pastos. Unos llevaban los aperos al hombro, otros caminaban detrás del rebaño. Oíanse las voces agudas de los rapaces y las más graves y reposadas de las labriegas, algún ladrido de perro pastor, un chirrido de carretilla, el tintín de los cencerros... Entre el paso de un grupo al siguiente volvía a reinar la quietud. Percibíase entonces el grave rumor del río en lontananza y de vez en cuando el croar de algún cuervo en las alturas.

Ante este cuadro campestre Greiz creía soñar. La pesadilla de la guerra con su monstruosa contribución de vidas humanas, de humillaciones, de sufrimientos, parecía de pronto muy lejos como si sucediera en otras edades o en otro planeta. La única verdad era esa tierra que se extendía ante su vista, tierra labrada, fecundada, rindiendo a los labriegos las hortalizas, el forraje y el grano multiplicados. Las praderas cubiertas de abundante y hermoso pasto oloroso y verdecito donde se nutría el ganado; Esas vacas que pasaban sossegadas y relucientes mostrando sus duras ubres repletas de leche cremosa; todo

tenía una armonía, un sentido, una utilidad. Greiz deseaba quedarse allí para siempre, no conocer otros lugares ni oír otras armonías, no aspirar otros perfumes ni ver otros paisajes.

Era casi de noche; desfilaban los últimos grupos de labriegas. Un hombre venía solo por el camino encorvado y arrastrando los pies bajo el peso de los aperos. Al divisarle, el teniente le salió al paso.

"Buenas tardes, tío Martín".

"Buenas y de paz, señor teniente".

Greiz se había puesto a caminar a su lado. Ambos permanecía silenciosos.

Martín acortó el paso para que se adelantara un grupo de mujeres cargadas con las herramientas agrícolas. Debían venir de los bancales más lejanos pues iban encorvadas y jadeantes. Al pasar dijeron:

"Buenas noches".

Cuando las mujeres estuvieron lejos, dijo Greiz:

"Vi al cura desde mi ventana; parece muy enfermo."

"Está tísico como el otro", dijo Martín.

"¿Qué edad puede tener ese hombre?"

"Pues unos treinta y cuatro años, no más".

"Parece un anciano".

Callaron un momento y de pronto, dijo el teniente:

"¿Por qué no sale nunca de casa? debería respirar el aire de los montes".

"Ya se lo dije, pero les tiene miedo a ustedes. No puede remediarlo".

"Le aseguré a usted que no se le molestaría".

"Sí, pero él lo duda".

Dieron unos pasos más.

"¿Pesan esas herramientas, tío Martín?"

El viejo suspiró:

"Demasiado para mis pobres huesos".

"¿Si nos sentáramos un ratito?"

"De acuerdo", contestó el pacifista. "Allí hay un asiento a propósito".

Llegaron pronto a un corral abandonado. Greiz ayudó al viejo a depositar los aperos. La pared de piedra seca se hallaba medio derruida, enormes guijarros festoneaban la superficie. Escogieron un estrecho espacio plano y se sentaron en él. El uniforme limpio y planchado rozando a la burda zamarra, las botas lustrosas junto a los fangosos zuecos.

Oíase el apagado oleaje del río y un lejano tintín de esquillas.

"¡Qué paz!", suspiró Greiz.

"La de la muerte", contestó Rohe lanzando una ojeada al Cementerio de Fusilados cuya cerca de palo se destacaba en claro sobre la obscuridad del bosque.

"¿Cree usted en ella?", preguntó el teniente.

"Creo en la paz de los que mueren con la conciencia tranquila".

"¿Y quién es capaz de determinar lo que es morir con la conciencia tranquila? ¿Qué diferencia hay entre creerlo y tener realmente derecho a ello?"

Martín reflexionaba.

"Busquemos un ejemplo", propuso Greiz. "Yo... ¿qué derecho tengo yo, según usted, a creermelo limpio de culpa? Sin embargo, no tengo nada que reprocharme. He hecho estrictamente mi deber o lo que creía mi deber y ¡Dios sabe con qué escrúpulo, con qué minucia!"

Rohe contestó lentamente, sospeando cada palabra:

"Como oficial de ocupación no podíamos desearlo mejor, humano y justo con nosotros. Visto desde el otro lado... no sé..."

"¿Desde el otro lado?", exclamó Greiz. "Les he sacrificado a

Mirtva, me he inmolado yo mismo renunciando a la paz del alma. ¿Qué podía hacer más?"

"Nada, hijo mío; creo que puedes morir sosegado".

Este hijo acompañado del tuteo levantaron el ánimo del joven. Cogió impetuosamente la mano del campesino y se la besó.

"Gracias, tío Martín".

M
M M

Cyril Baumann mejoraba. Se le cerraron las llagas de los pies, su rostro parecía menos demacrado y amarillento, el brillo de sus ojos hundidos recordaba algo aquella mirada franca y enérgica del antiguo párroco de Mulstein. Podía ya dormir en un lecho y descansar unas horas seguidas sin despertar a cada paso sobresaltado creyendo de pronto que venían a detenerlo. A medida que recuperaba fuerzas sentía la conciencia despertársele. Uno de los primeros síntomas de esa resurrección fue darse cuenta del sufrimiento de los que le rodeaban.

La aldea martir estaba poblada por sus antiguas ovejas, más desvalidas y descarriadas que antes: la pobre Ada Ingrid con su único hijo moribundo. Marta, la rica heredera, sola en el mundo con la amargura pintada en el rostro prematuramente arrugado. Catalina Krefeld, esposa y madre de héroes sacrificados al odio vengador. Sofía Kart, la desventurada loca cuyo juicio no pudo resistir la visión de sus tres hijos fusilados ante la iglesia. La viuda Egger, madre del niño inmolado como rehén, Marieta y Edwich Rohe, despojadas en una hora de todo lo que amaban en el mundo: novio, hermano, hijo, yerno... y otras y otras... La pequeña aldea agrícola y forestal que Cyril había visto alegre y próspera, con sus labriegos trabajadores y sobrios jugando a bolos los domingos y corriendo por los prados y los vergeles en compañía de las zagalas, era ahora un cementerio: cruces de madera y mujeres enlutadas.

El drama de la aldea comenzaba a penetrarle y sentía el deseo de ayudar a los campesinos, consagrarles el tiempo que le quedase de vida.

Una velada que Rohe estaba acompañando a los Ingrid, Baumann le

preguntó:

"¿Quién guarda la llave de la iglesia?"

"Creo que la tiene Anrhem", dijo Martín.

"¿Nunca pasó un sacerdote por aquí?"

Rohe se echó a reír.

"Sí, pero fue con barbas y pistola."

"Entonces", dijo Cyril tristemente, "¿vivís como paganos?"

"Como perros, querrá usted decir. Así vivimos desde que principió la ocupación, cuando los curas dejaron la sotana por la chaqueta de cuero y el cáliz por el fusil".

Cyril callaba pesaroso.

"Tal vez nos equivocamos, Martín".

"¡Líbreme Dios de juzgarles a ustedes!", exclamó el pacifista.

"En todo caso", añadió el otro, después de un meditativo silencio, "vamos a abrir la iglesia, vamos a encenderle dos cirios a San Blas y a rezar cada día".

Martín no contestaba, Ada y Miguel parecían indiferentes; Cyril se sintió apenado.

"Voy a vivir poco tiempo, pero todas las fuerzas que me quedan las consagraré a Hernam y a la salvación de vuestras almas, empezando por la de Miguel". Y al decir esto volvió la cabeza hacia el lecho del enfermo. Al oír pronunciar su nombre éste pareció despertar.

"¿Qué hay?", masculló.

"El mosén quiere salvar tu alma", dijo Martín con algo de ironía.

"¿Y el cuerpo, quién lo salvará?", preguntó el exsoldado levantando el rostro color de cera.

Cyril pensó: "¡Pobre cuerpo donde a penas queda un soplo de vida!" Pero dijo:

"Dios es omnipotente".

*

Baumann estaba sentado en la puerta de la calle cuando llegó Anrhem con la enorme llave de la iglesia. Desde el camino le gritó:

"¿Vamos, mosén?"

Cyril Baumann bajó el declive con pasos vacilantes.

"Apóyese usted en mí", dijo el anciano.

"Y usted, ¿en quién se apoyará?"

"En el bastón".

Fueron hasta la iglesia bien asidos el uno al otro: el joven jadeando y resoplando, el anciano perfectamente tranquilo como el que está seguro de llegar a donde se propone.

Pero ni el uno ni el otro tuvieron bastante fuerza para darle la vuelta a la pesada llave herrumbrosa que chirriaba y rechinaba inútilmente en el enmohecido cerrojo.

"Esperemos a que venga Hanes de los campos", dijo Anrhem. "El tiene fuerza para esto y mucho más". Estaba orgulloso de su nieto, de su precoz virilidad, de su habilidad y su fuerza.

Sentáronse en un banco circular que rodeaba un gigantesco chopo; Baumann apoyó la espalda en el tronco, Anrhem se acomodó inclinando el cuerpo hacia delante con las dos manos apoyadas en el cayado. La mirada de sus ojillos curiosos se proyectaba sobre el rostro del concentracionario.

"Debe haber sufrido usted mucho".

"¿Sufrir?" Baumann guiñó un ojo nerviosamente, torció la boca. No se sabía si iba a reír o a llorar, a hablar o a callar. Optó por esto último.

Después de una pausa bastante larga, Anrhem añadió:

"Aquí supimos las primeras deportaciones por Thoss el cartero.

¿Le recuerda usted?"

"¿Thoss?... no."

"Sí... Uno con grandes bigotes. Llevaba siempre polainas y un saco en bandolera. Hacía el servicio entre Kirch y cinco o seis pueblos. Nos contó hechos espeluznantes."

"¿Fue deportado?"

"Sólo le destituyeron. Pero sabía muchas cosas".

Baumann alzó los hombros.

"¿Sin moverse del país?"

"Aquí también hemos pasado las nuestras, padre", dijo el campesino ofendido. "¿Le contaron a usted lo de Hernan?"

"Contáronmelo".

Después de unos minutos de silencio, preguntó Baumann:

"¿Cuándo llegará su nieto, Anrhem?"

"No tardará".

El anciano labriego no comprendía por qué el sacerdote mostraba tanta indiferencia hacia los dramas de la región.

"Aquí pasamos las nuestras, padre", repitió. Estaba bien decidido a demostrarle que no sólo había héroes en el frente y en los campos de concentración. Allí mismo los había habido y él, Anrhem en persona, cargado de años y de reuma, era uno de ellos.

"Cuando desapareció Drel, el sargento Rumpech amenazó a Rohe con cortarle la cabeza si el capitán no volvía. A mí me mandó detener por la soldadesca; me llevaron arrastras a lo de Martín, desde allí me mandó al monte con un mensaje para los resistentes. Si no hubiera sido por Erika, ¡pobre de mí! Fuimos juntos, es una mujer muy valiente. La noche estaba bastante clara pero en el bosque no se veía gota. Erika caminaba sobre seguro, yo la seguía arrastrando la pierna y tropezando a cada paso. Ella me decía: "¡Anrhem, no duerma! ¡Anrhem, ligero!"

Cyril exclamó de repente:

"¿Cuánto tarda su nieto, Anrhem!"

"Hasta que no quede chispa de luz en los campos trabajaré."

El anciano volvió a su historia:

"Por fin llegamos a un claro del bosque. Allí estaba nuestro capitán debidamente colgado de una rama, ya tieso, con un palmo de lengua fuera y los ojos saliéndose de las órbitas. Erika dijo: "Entre los dos lo descolgaremos", pero fue ella quien subió al árbol para cortar la cuerda. En seguida se fue monte arriba en busca de los muchachos. Aquella noche ¡qué jaleo en la aldea! Bajaron los guerrilleros con sus escopetas de caza y sus pistolas y libertaron a Rohe. Sí, señor. Hubo lucha, muchos heridos, nos mataron a Krefeld padre, pero los muchachos despacharon al sargento. Sí, señor, vaya, se lo merecía... Al capitán lo enterré yo... nadie sabe donde."

Baumann pensaba: "Tal vez Dios me considere indigno de entrar en su morada. Tal vez estos obstáculos que se presentan son obra Suya para castigar mi infidelidad". Bajando la vista que tenía fija en el cielo crepuscular cada vez más apagado y palideciente, dijo en voz alta:

"Cuando llegue su nieto será de noche".

"Mejor dejarlo para mañana", dijo Anrhem.

Levantáronse lentamente, volvieron a casa de los Ingrid. Baumann tosía a cada paso y Anrhem le decía:

"Hay que evitar el relente, padre Cyril". Sentía temblar el brazo del cura apoyado en el suyo.

"¿Tiene frío?"

"Tengo fiebre".

Llegaron al pie del declive.

"No le acompaño más allá porque subir me cuesta Dios y ayuda".

"Hasta mañana, pues", dijo Baumann.

Subía paso a paso buscando el equilibrio con los brazos separados del cuerpo.



A la mañana siguiente, temprano aún, los tres hombres se dirigieron a la iglesia. Hanes le dio vuelta a la llave sin ninguna dificultad y el abuelo reía satisfecho mirando de reojo al concentracionario. Este, empero, no se fijaba en estos detalles. No admiraba la hermosura de Hanes, su cabeza descubierta con la cabellera rubia y rizada, la tez rosada y tersa, la sonrisa de grandes dientes blancos.

Al empujar el pesado batiente de la puerta, gimieron los goznes y una oleada de humedad y de olor a florecido sumergió a Baumann y a los Anrhem. Algunas ratas asustadas huyeron refugiándose detrás del altar. Enormes telarañas se extendían y colgaban de las vigas del techo, de la lámpara central y del púlpito. Largos regueros de agua de lluvia se escurrían por las paredes. La humilde iglesia lugareña parecía ahora más pobre, más desmantelada, más inhóspita que años atrás cuando todo era normal en el país.

Con un helor que les penetraba hasta los huesos, los tres hombres se acercaron al altar. Cyril iba delante apoyado en el bastón, los Anrhem le seguían pegados a sus talones. Paráronse al pie del ara y a la débil claridad de los tragaluces, vieron a San Blas en su desnudo pedestal, sin manteles, sin flores, sin velas. Cyril no pudo menos de compararle a un prisionero de guerra reintegrándose a su pueblo natal, de pie en la plataforma del vagón. El rostro del Santo tenía una expresión lejana y melancólica así como un reflejo del sufrimiento de los campos disciplinarios.

Los Anrhem, abuelo y nieto, también miraban al patrón de Hernam, pero sus pensamientos eran distintos. Desde tiempos inmemoriales los campesinos acostumbraban ir a la iglesia cada domingo, aunque a ve-

ces no se dijera misa por falta de tiempo del cura. Le contaban al santo sus penas, le exponían sus dudas, le pedían ayuda y consejo. Pero la guerra y sobre todo la ocupación interrumpieron esos piadosos coloquios, y el fusilamiento de todos los hombres de la aldea dio al traste con los restos de devoción que les quedaban a las mujeres y a los dos viejos.

Hanes Anrhem había encendido dos cabos de vela que se hallaban aún en los candelabros y la caricia de las llamas pasó por la cara del santo modificando su expresión. De pronto estaba sonriendo, nada ofendido al parecer de aquel prolongado abandono. Su manto polvoriento, su figura decrepita, los pies roídos por las ratas, le daban un aspecto leproso. Pero estos detalles, lejos de perjudicar su prestigio le acercaban aún más al corazón de los campesinos. Los Anrhem, abuelo y nieto, empezaban a arrepentirse de haber mantenido la iglesia tanto tiempo cerrada y al santo abandonado.

"Dejadme un momento solo", les rogó Baumann.

Abuelo y nieto salieron afuera.

Cuando Cyril dejó de oír el toctoc del bastón en las losas, se agarró a un banco y se arrodilló. Primero fijó la mirada en San Blas como si fuera a dialogar con él. Pero pronto desapareció aquel rostro sencillo y bondadoso que le sonreía fraternalmente. Una gran luz resplandeciente y cegadora ocupó su lugar. Cyril Baumann ya no pensaba, sentía algo indefinible, algo vago pero profundo, una sensación que nacía en sus mismas entrañas, le subía hasta el pecho y se derramaba en calor, se extendía por todos los miembros, corría por las venas, llegaba hasta el cerebro donde se transformaba en luminosas y cálidas llamas.

Cyril Baumann veía un ancho camino de luz proyectado al infinito, oía un coro celestial que entonaba un himno sin palabras hecho de ma-

ravillosas notas sobrepuestas y yuxtapuestas. Armonizaban entre sí, convergían todas a un solo y único acorde: DIOS. El alma de Cyril se tendía hacia esa claridad y armonía. Tan pronto creía hallarse cerca, casi a tocarlas y a bañarse en su gracia como las veía alejarse mientras los ecos de la maravillosa música se apagaban. Nadaba en un mar de dudas, se abismaba en profundidades de horror. Volaba por un infinito de esperanzas elevándose hasta excelsas alturas para caer de pronto en un abismo vertical.

Recordaba una sola palabra: Señor y la suspiraba, la sollozaba, la rezaba con suspiros y llantos que estremecían todo su cuerpo y le sacudían el alma.

"Señor... Señor... Señor..."

Poco a poco volvió el sosiego. San Blas apareció de nuevo en su altar con el rostro iluminado por la trémula llama de los cirios y su expresión de mártir sonriente.

Cyril Baumann dejó resbalar la mirada por él. Sus ojos siguieron una trayectoria ascendente, tropezaron con las paredes agrietadas, la húmeda bóveda y los dos tragaluces por donde estraba un débil resplandor. Un gran enternecimiento se apoderó de todo su ser. Y de pronto halló las palabras que había estado buscando:

"Señor", dijo. "Sé que voy a morir y no vengo a rogarte que apartes de mí ese cáliz ni a pedirte una tregua al momento supremos sino a solicitar de Ti un renuevo de fe".

Dejó de mirar a ese punto imaginario por donde su pensamiento se exhalaba, cubrióse el rostro con las manos y la obsesión del pasado volvió a apoderarse de él. Vio miles y miles de prisioneros, en los cuales no quedaba ya nada del ser creado a la imagen de Dios: Habían sido hijos, amantes, padres dichosos rodeados y amados de una familia; profesores, médicos, pedagogos, escritores ilustres, piadosos sacerdotes respetados y admirados viviendo en una sociedad civiliza-

da, y de pronto convertidos en bestias destinadas al exterminio: martirizados por sádicos directores de campo, apaleados por los guardianes, azuzados por perros dogos, arrastrados finalmente a la cámara de gas o al crematorio. ¿Dónde estaba ese Dios al cual clamaban los desventurados en todas las lenguas del mundo? ¿Y por qué no acudía a sus clamores?

Cyril Baumann estaba blasfemando de rodillas ante el altar. Díose cuenta y se avergonzó de ello y al propio tiempo se apiadó de sí mismo y de todos los compañeros de cautividad, los de allí y los de otros lugares lejanos, los que hablaban la misma lengua y servían la misma causa; los que hablaban lenguas diferentes y luchaban por otros ideales. De pronto le abrasaba un amor inmenso hacia esos hombres y sintió que por encima de religiones e ideologías un lazo indestructible le uniría a ellos hasta la muerte y quizás más allá.

No quería blasfemar, la antigua llama de su fe no se había extinguido del todo en esas pruebas, sólo quería comprender. Levantó de nuevo la vista hacia lo alto, clamó:

"Dios mío, ten misericordia de la gran hermandad de los concentracionarios: los muertos, los moribundos, los incurables, los dementes, los desesperados y aunque no comprendamos por qué TU has permitido que nos martirizaran y nos aniquilasen en cantidades incalculables ¡sálvanos!

Y otra vez su alma entera se inclinó hacia sus compañeros de cautiverio y al pensar que él vivía aún, que unos buenos campesinos le albergaban y alimentaban con la complicidad del oficial de ocupación, el pecho se le llenó de sollozos y los ojos de lágrimas. Pasóse la mano por el rostro para detener el llanto que corría por él y al propio tiempo saboreaba el gozo de poder llorar como si la mirada de Dios se proyectara ya sobre su alma iluminándola, bañándola de esperanza.

"Señor, yo vuelvo a Ti; dame fuerzas para consagrarte las últimas exhalaciones de mi vida miserable y pecadora. Ayúdame a olvidar esta carne agonizante y permite que resista aún para que yo, a mi vez, ayude a estos desventurados campesinos".

Suspiró:

"No soy digno de que TU entres en mi morada. No, todavía no. Pero no me niegues la luz que ha de guiarme y mi alma se salvará".

Callóse y cerrando los párpados sintió un inefable bienestar.

"Veo mi camino, Señor", gritó lleno de gozo. "Pídate sólo que me mantengas firme en él".

Abundantes lagrimones continuaban deslizándose por sus mejillas, deteníanse en la comisuras de la boca, rodaban hasta sus manos plegadas.

"Así sea... Así sea..."

M
M M

Las tropas de ocupación se retiraban. Esta formidable noticia empezó a circular por la aldea sin que nadie pudiese precisar de donde venía ni en qué se fundaba. Pero todo el mundo la creyó porque la verdad estaba en el aire, se palpaba, se mascaba, se leía en el rostro receloso y hosco de los militares, en la relajación absoluta de la disciplina, en la actitud de abandono y de languidez con que erraban por los prados y las arboledas y en la manera como volvían la cabeza a cada paso temiendo ser atacados por la espalda.

No tardó en llegar la confirmación de la retirada y con ella los primeros ecos de la batalla liberadora. De cuando en cuando, a la distancia de treinta o cuarenta kilómetros, oíase retumbar el cañón. A gran altura pasaban aviones que ponían en el aire vibraciones dramáticas y dejaban a veces siniestras nubecillas en el espacio.

Era la primera vez en el transcurso de varios años de hostilidades que les era dado a aquellos campesinos el espectáculo de la guerra. Ahora pasaban cada día grupos extraviados de soldados enemigos camino de la frontera: unos a pie, otros en camiones. Iban pálidos, hirsutos, lacios, lodosos, algunos enfermos o heridos. No les quedaba nada de su antigua marcialidad, no se cuadraban delante de Greiz, con quien hablaban un momento en voz baja, no hacían chocar los tacones ni se llevaban la mano a la frente al despedirse. A veces pasaban unas horas en la aldea para reponerse de sus fatigas. Los aldeanos entregaban sin pesar el pan, los huevos y las aves que el teniente les requisaba, sabiendo que aquéllos eran los últimos sacrificios exigidos por el enemigo.

A unos cinco kilómetros de la aldea pasaba entre lomas boscosas, la carretera principal que unía Kirch a la retaguardia. La parte más importante de la retirada se efectuaba por allí. Día y noche roncaban

y trepidaban los motores cuyo eco repercutía de loma en loma hasta la misma aldea. En las frondosas arboledas que se extienden en ondas aterciopeladas alrededor de Meaully y de Hernam hasta el pie de los montes y de Kirch, ya no piaban ni gorgeaban las asustadas aves, ni croaban los renacuajos en los cañaverales del río, sino que triscaban y trepidaban tanques, camiones y motocicletas. Aquí y allá, en la lejanía, surgía de pronto una llamarada seguida de un gran estampido.

Los aldeanos no demostraban apereibirse de todo ese fragor bélico, seguían trabajando y callando.

El aire era tibio, abundantes y frecuentes lluvias empapaban la tierra, volvía a brillar el sol y su calor bañaba los sembrados, los huertos, los vergeles y las praderas como una bendición. Las mujeres, ayudadas por los dos viejos y los rapaces, no paraban de la madrugada al crepúsculo; ora en los tablares o en los pastos, ora en la huerta o en los corrales. El ganado y los labrantíos exigían en esta época del año mayores sacrificios. Labriegas y zagales llegaban a la noche rendidos, caían en el lecho y se dormían al instante oyendo el retumbo de los cañonazos y el zumbido de los aviones en lontananza. Un solo afán parecía animarles: la tierra. Tierra fértil, tierra nutriz, riqueza y herencia de los antepasados, lazo de unión entre hijos y padres, entre vivos y muertos.

Hanes, el nieto de Anrhem, iba ya familiarizándose con las faenas del campo. No tenía más que catorce años, pero era el mayor de la chiquillería de la aldea y le tocaba dar el ejemplo a los que seguían. El chico estaba orgulloso de dejarse arrastrar por el arado que tiraba una junta de bueyes. Gritaba con voz insegura, de niño que se está transformando en hombre:

"Aaarre... soo..."

El sonido de la voz no correspondía a sus deseos; en vez de sa-

lir viril y firme se estrangulaba a medio camino, producía gorgoteos y gorgorismos de cañería obstruída. Pero así mismo era una voz de mando a la que obedecían los animales.

Hanes oía también retumbar el cañón, pero ese siniestro retumbo no le amedrentaba, al contrario, le excitaba a trabajar, a hacerse hombre, a defender la tierra, no con las armas, que no en balde era labriego, sino con la fuerza de su voluntad y de sus brazos.

Toda su atención se concentraba en los terrones negruzcos que se extendían delante de él. Un surco zigzagante era una llamarada de vergüenza y unas fanegas bien labradas le procuraban satisfacción y orgullo.

Este sentimiento llenaba todo su ser de un agradable calor. Pronto, muy pronto las mujeres se fijarían en él, verían su pecho abombado, sus músculos tirantes debajo de la camisa de percal, su rizada cabellera y sus dientes blancos y bien plantados. Los otros hombres empezaban ya a considerarle como a un igual. Claro que sólo había en la aldea dos viejos y dos moribundos, pero eso mismo le permitía a Hanes afirmar su virilidad. La iglesia, limpia, con la cerradura bien engrasada, era obra suya y el mosén le había dicho que en cuanto se fueran los militares echarían la campana al vuelo, y él, Hanes, sería el encargado de agitar el badajo.

El joven labrador pensaba en todo esto sin levantar la mirada de los surcos que iba abriendo uno tras otro en la tierra grasa, mientras el cañón seguía repercutiendo a lo lejos y los aeroplanos pasaban ronroneando sobre su cabeza.

■

Reapareció Thoss el antiguo cartero que todo el mundo creía muerto. Como siempre, llevaba puestas las viejas polainas, más lodosas y destrozadas que antes, el gorro peludo hundido hasta los ojos y los

bigotes erizados. Traía noticias sensacionales: Mulstein y Glosters quedaron liberados; Meaully y Hernam lo iban a ser también. Era cuestión de días, tal vez de horas. Luego vendría Kirch. Los últimos destacamentos enemigos, que libraban aquellos días una batalla desesperada, pasarían la frontera, el país entero volvería a ser libre.

Los ojillos de Thoss, más pequeños e irritados aún que de costumbre, brillaban alegremente y su boca desdentada reía con risa socarrona.

Igual que en otros tiempos, cuando traía una que otra carta para los aldeanos, aceptó de Martín Rohe un vaso de sidra, pero se negó a tomar un bocadillo. Tenía prisa de marchar; le intranquilizaba el saber que Hernam estaba aún ocupada. Mientras daba la noticia y bebía, aguzaba el oído y volvía la cabeza sin cesar temiendo ver surgir a los militares.

El paso de Thoss por Hernam, aunque rápido y disimulado, produjo la natural sensación. La noticia pasó de boca en boca llegando en seguida a los campos donde se hallaban las labriegas y a las praderas donde pacían los rebaños vigilados por los zagales. Pronto lo supo la aldea entera. En cada pecho el corazón palpitó con más prisa y una fugaz llamarada de triunfo brilló en cada mirada. Nadie empero levantó la voz ni inició un gesto de gozo. Ese gozo no les era permitido a los aldeanos de Hernam. Porque al soñar en alegrarse la sombra de los fusilados abandonara el bonito cementerio campestre y surgiera en cada mota de tierra, en cada brizna de hierba, en cada recodo de camino a reprocharles esa alegría.

Marta supo la noticia a mediodía al volver de los labrantíos. Se la dio Martín:

"Mulstein y Glosters están ya liberados, pronto lo estarán también Hernam y Meaully. Dice Thoss..."

"¿Pero Thoss vive?", interrumpió Marta.

"Sí, vive y está tan campante. Dice que la liberación de Hernam es cuestión de días, tal vez de horas".

Marta palideció y se estremeció interiormente pero no se le contrajo un músculo del rostro, ni temblaron sus labios, ni brilló su mirada.

"Dios es justo", comentó Martín.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. En seguida ~~se~~ fue a ~~casa~~ refugiarse ~~en~~ al establo donde podía dar rienda suelta a sus emociones.

El vaho caliente del estiércol y el perfume dulzón del heno la envolvieron enteramente produciéndole como de costumbre, una sensación de intimidad. Por el tragaluz, abierto a ras de techo, vio Marta un cachito de vergel donde la luz del sol acariciaba la tierna hierba, y la mancha verde y luminosa decía: libertad, libertad.

Marta rodeó con los brazos el cuello de Paloma y principió a llorar. Evocó a Bastián, a Pedro y a Nicolás, consideró con emoción el gozo que hubieran sentido al anuncio de la victoria. Y quiso alegrarse con ellos. Pero no podía. Esos suaves fantasmas que tiempo atrás acompañaban consoladoramente las horas humillantes y dolorosas de la ocupación, habían perdido su fuerza. Ya no oían, ya no veían ya no podían alegrarse de lo que alegraba a los vivos como no podían entristecerse ni avergonzarse de lo que les avergonzaba y entristecía.

Todas esas manifestaciones, todo ese culto a los muertos eran pueriles ilusiones, un eterno llamar que nadie oía, un eterno mirar que nadie veía, un eterno amar sin ser amado. Vida estéril e inútil vuelta hacia el vacío, mientras la vida auténtica, todo lo que sentía y palpitaba, todo lo que conmovía y vibraba, se hallaba al lado opuesto: ojos vivos, manos vivas, labios vivos de hombre joven y hermoso... Recordaba el sueño de la otra noche. Un sufrimiento agudísimo penetraba todo su ser, invadía su alma entera, dándole la sensación de que la

respiración se le acababa, la vista se le oscurecía y el alma se le salía del cuerpo. Sentía dolor entremezcla de indignación y de protesta: una protesta de toda su carne y de su espíritu.

¡Pobre aldea que vivía únicamente del reflejo de los fusilados! Pobre de ella misma que, por sistema había odiado y vejado al único ser vivo, palpitante, digno de admiración y hasta de cariño, que tuvo cerca durante meses, habitando la misma morada, compartiendo el mismo techo, el calor del mismo hogar, la luz del mismo candil...

La cólera la ahogaba, una cólera llameante y universal en la cual se aniquilaba la idea de moral, de patria, de familia. Esa cólera era como un destructor oleaje que se llevara aldeas y labrantíos, rebaños y zagales, para dejar en la asolación de la tierra un solo hombre en pie, el hombre único sin nombre ni patria ni religión: el hombre que ella podía haber amado.

II

Cuando Erika oyó la noticia de la liberación de Mulstein y Glos- ters y la próxima de Meaully y de Hernam, dejó el bancal donde arran- caba la mala hierba, abandonó el hacinó y la coa y corrió a su casa sin saber exactamente lo que debía hacer ni como debía manifestar su gozo. Llenó de aceite la lámpara votiva que brillaba día y noche ante la fotografía de Mauricio, puso flores frescas en un búcaro y recogién- dose un momento como si fuera a rezar, dijo:

"¡Victoria, victoria, victoria!"

Pero de pronto recordó con una precisión casi alucinante el mo- mento en que los ~~asesinos~~^{soldados} empujaban a Mauricio con las culatas de sus fusiles. Veía la cabeza del muchacho vuelta hacia ella y la expresión de su mirada. Veía la patética sonrisa de aquel rostro infantil, tan blanco ya que un momento después, cuando había dejado de ser un joven- cito hermoso e inteligente para convertirse en un muñeco de cera ya-

cente y flácido, el color no había palidecido.

"No", dijo Erika cerrando los ojos y clavándose las uñas en las palmas de las manos. "No y no. En el mundo no hay sitio para bravatas ni alegrías, lo llena y lo rebasa el cadáver de mi hijo". Y se volvió a los campos más hosca y más sombría que nunca.

W

Marieta sintió también la excitación del triunfo e igualmente corrió a participárselo a aquel cuyo recuerdo llenaba aún su vida entera. Abrió con mano impaciente el cajón de la cómoda donde guardaba la fotografía de Gregorio enmarcada en felpa azul. Besó los labios de la imagen.

"Hemos ganado la guerra, Gregorio".

Le miraba con intensidad.

"¿Me oyes, amor mío?"

Pero el hombre parecía indiferente; sonreía con afectación y fatuidad. Sé que soy guapo y me están retratando, parecía decir. Marieta se sintió desolada. Apartó la mirada de la fotografía, quiso imaginarse la alegría de Gregorio al conocer la derrota del enemigo. Pero no le fue posible. No tenía bastante imaginación y por más que se obstinaba en representárselo en aquellas especiales circunstancias, sólo le veía en actitudes y expresiones sencillas y corrientes.

Volvió a mirar la fotografía con despecho: era espantoso verle sonreír tan fatuamente mientras ella vibraba de entusiasmo patrio.

"Querido mío, ¿no te alegras?"

Tiró violentamente el retrato, olvidando que Gregorio había muerto por esa liberación que ella podía presenciar y gozar en tanto que él se pudría bajo la tierra.

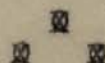
De súbito comprendió su injusticia, tomó de nuevo el retrato entre sus manos temblorosas y besó apasionadamente los labios del joven.

y le pidió perdón llorando.

Luego corrió al jardín, cortó las más hermosas flores, entró en la cocina buscando un jarro donde ponerlas. Gerah andaba por allí mirándola con ojos sombríos. Marieta no pudo contenerse, correspondió a esa mirada con otra de desafío y de triunfo. El cabo apretó las mandíbulas e, inconscientemente, palpó la culata de su revólver. Pero de pronto alzó los hombros y salió de la estancia.

La joven comprendió que ese hombre había deseado matarla y que podía haberlo hecho aunque después le pidieran cuentas. No era todavía el momento de alegrarse ni de florecer los retratos ni de cantar victoria. Por lo menos mientras retumbara el cañón y el enemigo ocupara aún la aldea.

Abandonando las hermosas flores ya inútiles, Marieta corrió a esconder la fotografía de Gregorio.



Alexis Greiz iba a abandonar Hernam. Sólo esperaba para ello las órdenes del Estado Mayor, órdenes que, de momento, le obligaban aún a permanecer.

Su cuerpo estaba allí pero su espíritu, como sucede en semejantes casos, se adelantaba al tiempo y al espacio, vivía en el futuro y ese futuro era incierto y nebuloso. Hernam, con sus viejas casas, hórreos y heniles ruinosos, su iglesia desconchada y las siluetas, el rostro, la voz de los labriegos, le parecían extranjeros como si les viera por vez primera. ¿Qué significaba esa lúgubre aldehuela y por qué había ido él a para allí? ¿Qué sentido oculto tenían esas figuras enlutadas con rostros cerrados y mirada huidiza? Durante algunos meses (a veces le parecían años), había vivido en medio de los campesinos observándolos, analizando cada una de sus reacciones con el anhelo de llegar al fondo de sus almas y conquistarlas. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles y ahora iba a dejarles para siempre sin haberlos comprendido ni logrado que le comprendieran.

Lo mismo sucedía con los soldados: antes le respetaban y le querían pero desde el fusilamiento de Mirtva le obedecían de mala gana, huían de su presencia, hasta evitaban sus miradas. Ese terrible caso de conciencia no había sido comprendido ni por los campesinos ni por los hombres de tropa. Aquellos lo aceptaron como una deuda pagada al ultraje de todo un pueblo, éstos como un abuso de autoridad.

Alexis Greiz iba pues a alejarse de aquella aldea perdida entre colinas boscosas con el triste convencimiento de la inutilidad de su labor. Y al soñar en ello se decía que unas horas después de su marcha los aldeanos le habrían olvidado y él les habría olvidado.

Sin embargo, si Hernam con sus casuchas ruinas

enlodada y sus huraños habitantes iban a desaparecer de su mente, no así la experiencia de la vida y de los hombres que allí había adquirido. Su concepto de la verdad, de la justicia, del amor y de la caridad había sido dolorosamente modificado. El balance moral de los años de guerra y de ocupación podía resumirse en un solo concepto: fracaso. Fracasó él personalmente como oficial y como particular. (No podía jactarse de haber resuelto el menor conflicto entre aldeanos y militares, aunque tal vez los evitó, y allí estaba el pobre Mirtva pesando en su conciencia como plomo). Pero lo que más le dolía no era su fracaso personal, ni aún el fracaso de su nación al perder la guerra. era algo más vasto, más profundo, más descorazonador: el fracaso de la humanidad entera, del cual estaba él convencido en aquel momento. Esa horrible acumulación de sufrimientos, de devastación y de muerte ¿qué beneficio material o moral aportaba a los hombres?

Recordaba perfectamente la vida difícil y miserable que llevaba en su casa después de la otra guerra y las angustias de su pobre madre para mantener y educar a sus tres hijos. Ahora, después de esta contienda monstruosa, todavía sería peor. Miles de madres, como entonces la suya, no sabrían de donde echar mano para mantener y educar a sus hijos, otras no sabrían siquiera donde cobijarlos. La lucha por la vida iba a ser aún más encarnizada que entonces, sobre todo para los vencidos. A los padecimientos físicos habría que añadir las vejaciones, la vergüenza.

Volvía a pensar en los labriegos de Hernam y no llegaba a imaginárselos en su papel de vencedores. Al intentar representarse su gozo a la hora de la victoria, sólo veía el Cementerio de fusilados y las solitarias mujeres enlutadas.

Tal vez no había penetrado el sentido profundo de esta guerra, tal vez dentro de algunos siglos un lector inteligente, político,

guerrero, contemplativo o místico, leyera y comprendiera la fatal necesidad de tanta destrucción y sufrimiento en beneficio de la humanidad futura. En la marcha del tiempo esta lucha que a Greiz le parecía tremebunda, figuraría como un simple episodio y él, Alexis Greiz, como un oficialillo anónimo. Pero ese oficialillo anónimo tenía un cuerpo joven y sano y un alma sensible y vibrante. Esos dos tesoros eran toda su esperanza, toda su fortuna y aquel preciso momento de su vida (aunque vida y momento fueran sólo átomos en el espacio y en la eternidad), un momento decisivo para él.

De pronto retumbaba el cañón o pasaba una escuadrilla de aviones ronroneando siniestramente en el espacio. El pensamiento de Alexis Greiz se desviaba. La guerra no había terminado aún, podían herirle, matarle o hacerle prisionero. Verdugos vengativos y crueles se ensañarían quizás con esa carne intacta. Las ruinas vivas de Miguel Ingrid y de Cyril Baumann demostraban los resultados de lo que puede la ceguera del odio y el mecanismo de la venganza en los campos de concentración. Pero tal vez podría escapar, no quería abandonarse a la desesperación, deseaba hallar una senda en el caos que le rodeaba, un hueco entre las ruinas del mundo por donde deslizar sus ilusiones.

Su vista se posaba en el verde tierno y brillante de las aterciopeladas praderas mientras escuchaba el bisbiseo de las hojas estremecidas y el susurro inalterable de los invisibles regajos. La voz del agua llenaba el espacio. Por todos lados saltaba y fraseaba, cantaba y reía. Se mostraba más viva y animada que cualquier ser humano, tenía un espíritu más amplio y generoso que el de los hombres. Parecía burlarse de ellos y al propio tiempo amarlos y mecerlos. Les invitaba a seguir su ejemplo y trataba de adormecer sus penas. Ese riachuelo claro y diligente que bajaba dando brincos de lo alto del monte, era sin duda uno de los múltiples hijos de un lejano glaciar, allende la frontera del país. Sin embargo se unía a ese manso arroyo me-

dio canal que corría a lo largo de los vergeles. Era agua extranjera y por lo tanto enemiga y se entregaba en cuerpo y en alma al agua que corría por las laderas del monte de Hernam sin dejar de cantar y reír. Juntaba su alegría y sus canciones a la voz sosegada del arroyo como el impetuoso torrente acomodaba su correr presuroso a la marcha lenta del río. Ese agua venía de un país donde los hombres hablaban un idioma diferente, obedecían a otra leyes, practicaban otras religiones. En las cimas altivas, entre los majestuosos abetos se levantaban hitos de piedra, barreras pintadas de blanco y alambradas ante las cuales el hombre detenía su marcha y fruncía el ceño. Pero el agua, desde el hilillo silencioso desprendido de la masa congelada hasta el canal o río que llena esclusas, mueve molinos, lleva barcos de un mar a otro, seguía su camino a través del mundo sin preocuparse de las fronteras políticas.

Llegaban oleadas de perfume del heno recién segado, que el teniente aspiraba deleitándose. Se detenía un momento, levantaba la vista, contemplaba el cielo primaveral, pálido y luminoso por el que circulaban grandes nubes blancas y grises. Las nubes también prescindían de las fronteras. Se formaban, se acumulaban, se deshacían... volvían a formarse, navegaban por el infinito, iban de un país a otro distribuyendo sus lloviznas y sus chubascos sin restricciones ni preferencias.

El estruendo de los cañonazos parecía alejarse. Pero el teniente no creía en el retroceso del enemigo. Era sin duda una ilusión acústica producida por la curva del sendero. En el bosque reinaba una luz suavísima, olía a resina y a hierbas aromáticas; infinidad de pájaros trinaban, gorgearon y chillaban amorosa y alegremente. Los insectos alados unían también sus zumbidos a la gran sinfonía forestal a la que se mezclaba de vez en cuando un estremecimiento selvático.

Alexis Greiz sentía de pronto una esperanza muy vaga, pero deliciosa. Las sucesivas de dulce calor acariciaban su cuerpo, mecían su ánimo como si en aquel caos que le sumergía, la paz y el amor fueran aún posibles. Amor y paz que había buscado entre los hombres, estaban, posiblemente, en aquellos bosques solitarios, cerca de los arroyos musicales y cristalinos, entre los inocentes animales y quizás también, ¿por qué no? entre la gente sencilla.

Alexis Greiz sentía de pronto la llamada imperiosa de la naturaleza. Invitábale a abandonar el mundo y la sociedad para siempre, a renunciar a la vida de las ciudades y al trato con ciudadanos, a rechazar las halagadoras perfecciones técnicas, el mecanismo y sus comodidades, la cultura libresca y las manifestaciones de arte. Le parecía que podía hallar el sosiego y una especie de dicha al lado de Martín y de Hanes o de otros Martines y otros Hanes, allí en Hernam o en otro país, en las lejanas regiones de América o de África. Olvidar la guerra y sus crímenes y la infame comedia de los civilizados, vivir humilde y sobriamente labrando la tierra, pescando...

El estrépito del cañón había cesado. Y de nuevo una gran esperanza, perfectamente vaga e imprecisa le sumergía de una dicha insensata. Pero de pronto levantábase en su alma como un vendaval destructor y toda esa dicha ilusoria se desvanecía en un instante. No veía ya los bosques majestuosos, las aterciopeladas colinas, las cumbres deslumbrantes de nieve, el cielo azul pálido alto e ideal. No aspiraba la fragancia del heno recién cortado, del musgo tierno y de las violetas. Era como si inesperadamente, en plena representación de maravillas, se levantara el telón de fondo y aparecieran a la vista del espectador, tramoyas, bastidores, decorados y bambalinas en desorden: polvo, herrumbre, mugre, telarañas... Detrás de aquellos montes boscosos con murmullos de agua, perfume de hierba tierna y trino de aves, estaba su país, su pobre país vencido, devastado, arruinado...

La imaginación de Greiz, como iluminada por una luz sobrenatural, vio la caída de todos los grandes, la disolución del derrotado ejército, el desbarajuste de la sociedad y la desorientación, las vejaciones y el dolor de todo un pueblo. Esta profética visión encerraba en ella tanto espanto que su primera idea fue huir, evitar su contribución personal a esa miseria y sufrimiento, refugiarse en cualquier país, lejos de la sociedad que cultiva y provoca guerras y revoluciones, vivir entre inocentes primitivos/ practicando la vida sencilla y natural. Pero en seguida una oleada de rubor invadió su rostro y una especie de mano de hierro le oprimió el corazón como si quisiera sacarle el resto del jugo o destrozarlo. Millares de desventurados nacidos bajo el mismo cielo, que hablaban su misma lengua, parecían decirle con clamores desesperados:

Tu sitio está entre nosotros

La naturaleza seguía invitándole pero el joven no la veía ni la escuchaba ya. Había dejado de gozar con las formas, los colores, la armonía de las flores y de los árboles, de los pájaros y del agua.

Volvió a mirar melancólicamente al cielo de Hernam, a las colinas verdeantes, a las praderas donde pacían los rebaños. Quedóse un momento sin pensar sintiendo una especie de espera palpitante, hasta que un aliento interior le susurró quedamente:

Trabaja, sufre y muere en tu país.

Pero ese país era un campo de ruinas poblado por despojos humanos. Y la hermosura y la dicha le atraían. ¿Cómo iba a poder vivir entre la fealdad de los escombros y el dolor de la muerte?

Esperó un momento más y aquella misma voz volvió a hablar y le dijo:

La fealdad, y el dolor poseen también su hermosura

Entonces una gran paz descendió sobre Alexis Greiz.